

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO



Serie Género, raza y Derechos Humanos

MEMORIAS E IDENTIDADES ALTERIDADES SEXUALES CENTROAMERICANAS EN EL BICENTENARIO

Amaral Arévalo
David Rocha
Juan Ríos Vega
Luis R. Herra
[Eds.]

 **CLACSO**

MEMORIAS E IDENTIDADES

Patricia Oliva, Universidad Estatal a Distancia de Costa Rica
Uriel Quesada, Loyola University New Orleans

Consejo científico

Marjorie Martínez

Revisión filológica

Memorias e identidades: alteridades sexuales centroamericanas en el bicentenario / Tania Pleitez Vela... [et al.]; editado por Arévalo Amaral... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2023.
Libro digital, PDF - (Grupos de trabajo de CLACSO)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-813-577-9

1. Identidad Sexual. 2. Memorias. 3. Poesía. I. Pleitez Vela, Tania. II. Amaral, Arévalo, ed.
CDD 306.76098

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Memorias / Identidades / Alteridades sexuales / Narrativas / Inclusión /
Arte / Literatura / Epistemologías periférica / Centroamérica / América
Latina

Los trabajos que integran este libro fueron sometidos a una evaluación por pares.

MEMORIAS E IDENTIDADES
ALTERIDADES SEXUALES
CENTROAMERICANAS EN EL
BICENTENARIO

Amaral Arévalo
David Rocha
Juan Ríos Vega
Luis R. Herra
(Eds.)

Grupo de Trabajo CLACSO
El Istmo Centroamericano: perspectivas epistemológicas periféricas



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Grupos de Trabajo

Pablo Vommaro - Director

Rodolfo Gómez - Coordinador

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Pablo Vommaro - Director de Investigación

CLACSO - Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

Área de investigación

Natalia Gianatelli - Coordinadora de Investigación

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres, Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik -
Equipo de Gestión Académica



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

1ª edición: *Memorias e identidades: Alteridades sexuales centroamericanas en el bicentenario* (Buenos Aires: CLACSO, septiembre de 2023).

ISBN 978-987-813-577-9



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

ÍNDICE

Tania Pleitez Vela Memorias desclosetadas: desmontar la “sombra privilegiada”		9
Amaral Arévalo, David Rocha, Juan Vega Ríos y Luis R. Herra Lo invisible emerge: narrativas, memorias, identidades LGBTI+ centroamericanas		15
PARTE 1: TRANS-EXISTENCIAS		23
Sharon di Escobar Transgre-Ser		25
Amaral Arévalo y Ricardo Menjívar <i>Ilustración:</i> Carlos Lara La Pedrina		31
Ernestina Tecú Aq’ab’al yey ri k’el		37
Juan Ríos Vega Omeggid		45
PARTE 2: NACIÓN Y SUJETXS QUEERS		49
Jesús Cárdenas <i>Ilustraciones:</i> Nani Nanu La Patria lo vale		51

Phera Divancci (Luis Alonso Rojas Herra)	
Manifiesto TransUrbanx	53
Amalia Darién Leiva	
Del por qué resulta más fácil odiarme que amarme	59
Jorge Campos	
Breve selección	61
Greivin Solano	
Como hule tostado al sol	65
PARTE 3: DESAFIANDO LA HOMONORMATIVIDAD	71
Lu Gilberto De La Rosa	
Acuarela de otoño	73
Ronald Gerardo Hernández Campos	
Otro perfume	81
Carlos Fuentes Velasco	
Lecciones literarias para el adolescente gay taciturno	93
Juan Ríos Vega	
Entrevista a Ricardo Beteta Bond (Asociación Hombres y Mujeres Nuevos de Panamá - AHMNP)	103
Joseph M. Pierce	
Traer vida a un proyecto	115
Elyla sinvergüenza	
Cochona Barro Mestiza	129
Sobre los editores	135

PRÓLOGO

MEMORIAS DESCLOSETADAS: DESMONTAR LA “SOMBRA PRIVILEGIADA”

Tania Pleitez Vela¹

EN SU POEMA “Mejor lesbiana que sombra privilegiada”, Marielos Olivo (1977), poeta y psicóloga salvadoreña, retrata a un yo poético que se autonombra *lesbiana*, al mismo tiempo que relata el proceso por el cual se apropia de su vida y su cuerpo. De manera paralela a este gesto político, aparecen los insultos recibidos. Es así como Olivo recupera, para la memoria, las vicisitudes de ese cuerpo y su desplazamiento: de estar en el centro de la hostilidad, pasa a la potencia de la vida y la palabra; se convierte en su propio relato. Antes que sombra silenciada, antes que elegir el privilegio otorgado por la institución obligatoria de la heterosexualidad (Rich), el yo poético se transforma en la desclosetada, disputa el estigma y se coloca en la trinchera colectiva.

El título de este breve prólogo deriva, precisamente, de la aspiración y la voluntad de traer a la luz ese proceso relatado por Olivo con lucidez encarnada: las estrategias políticas, artísticas y vitales a las que han recurrido las disidencias sexo-genéricas centroamericanas para desmontar esa sombra privilegiada que les discrimina, estigmatiza y exotiza. Consideremos, además, que la primera sombra por desmontar, desarticular y desmantelar (los términos con el prefijo “des”

1 Universidad degli Studi di Milano.

abundan ante la magnitud de esta labor), es aquella que habita en el espacio autobiográfico, paso indispensable para abordar y dilucidar los discursos que conforman la “heteronación”, en palabras de Ochy Curiel (2013), o el régimen político de la heterosexualidad, siguiendo a Monique Wittig (1992). De lo íntimo a lo público porque, como bien lo señaló Kate Millett, lo *personal es político*. Resulta urgente trazar una genealogía de estos procesos personales y políticos plasmados en las memorias orales, escritas y artísticas de nuestra región. Celebro el que se publique la presente compilación de textos creativos porque contribuye a corregir este largo y profundo borramiento.

Las esferas de las disidencias sexo-genéricas permanecieron invisibilizadas en la crítica literaria y los estudios culturales centroamericanos, durante gran parte del siglo XX. De hecho, la apertura de este campo de estudio adquirió propulsión a principios del presente siglo. Rafael Lara Martínez, Amaral Arévalo —quien también firma como Amaral Palevi Gómez Arévalo o Amaral Palevi—, Nicola Chávez Courtright, Uriel Quesada, Ronald Campos, Sergio Coto-Rivel, Albino Chacón, entre otros, han contribuido a abrirlo. En 2019, la Fundación Heinrich Böll para Centroamérica, con sede en El Salvador, publicó *DiscrimiNaciones*, libro editado por Mauricio Orellana Suárez, que reúne textos sobre *experiencias-otras* desde las disidencias centroamericanas. A lo anterior se agrega la publicación de estos dos volúmenes, que recopilan tanto textos académicos como creativos, pero que también cuenta con un enfoque regional: *Memorias e identidades: alteridades sexuales centroamericanas en el bicentenario*, editado por Amaral Arévalo, David Rocha, Juan Ríos y Luís R. Herra. Indudablemente, estos aportes son y serán de gran relevancia para futuros estudios sobre el tema.

En el presente volumen, se incluye una variedad de textos que abordan tanto (auto) ficciones como autorrepresentaciones. Estas formas comunican sentir-pensares de disidencias sexo-genéricas; lo cual nos recuerda que no es una experiencia universal y unívoca, sino que más bien responde a matices, experiencias situadas e interseccionales, como clase, raza, etc. Así, uno de los relatos —“Otro perfume” de Ronald Hernández Campos— habla sobre cuerpos y olores que, al perder su colorido y vivacidad en entornos urbanos, neoliberales y alienantes, descomponen la atracción carnal. En “Del por qué resulta más fácil odiarme que amarme”, de Amalia Darién Leiva —mujer transgénero, activista de derechos humanos y escritora—, una conmovedora carta a lxs lectorxs reivindica la escritura para trascender esos estereotipos que despiertan sentimientos de auto-odio. La breve carta, que en realidad es un paratexto, está seguida de un poema: “Anónimo romance ufano”. En la misma línea, en “Lecciones literarias para el adolescente

gay taciturno”, Carlos Fuentes Velasco nos ofrece un refinado ensayo autobiográfico sobre los discursos que se precipitaron sobre su cuerpo disidente, el descubrimiento de su sexualidad y cómo aprendió a gestionarla en un ambiente de clase media alta de El Salvador, país donde incluso la educación sexual heteronormada es prejuiciosa, limitada y moralista. Por su parte, el texto “Acuarela de otoño”, de Lu Gilberto de la Rosa, aborda la desolación que siente unx joven de clase trabajadora: “llevaba mucho tiempo desterrado de la familia, primero por marimacha y luego por salir del closet como transexual”; la abuela es la única figura que encarna los afectos. Asimismo, Jorge Campos en su “Breve selección” nos brinda las imágenes transgresoras de sus versos: enuncian el cuerpo violentado, que al mismo tiempo insiste en rebelarse y mostrarse tal cual es.

Además de textos creativos, el volumen contiene una reveladora entrevista a Ricardo Beteta Bond de la Asociación Hombres y Mujeres Nuevos de Panamá, realizada por Juan Ríos Vega, profesor en Bradley University (Illinois). En esta, se recuperan momentos cruciales de la historia del colectivo LGTBIQ+ de Panamá, sus prácticas de resistencia, el aspecto educativo del proceso, su contribución pública en la gestión y prevención del VIH, la organización de la primera marcha, entre otras actividades reivindicativas. La asociación es la madre de otras organizaciones que se conformaron años después en este país.

En “Traer vida a un proyecto”, Joseph M. Pierce documenta la conversación que tuvo lugar en el verano de 2021 entre Elyla, artista nicaragüense, y Sierra Pete, artista navajo. Allí se narra la colaboración y complicidad creativa que surgió entre ellxs para poner en escena el performance *San Pedro-Carrera de patos* y para confeccionar los trajes de la obra *Las dos barro mestizas*. Esta colaboración fue entendida como algo crucial para “deconstruir los regímenes coloniales del cuerpo, la estética y la cultura, pero también cómo la construcción de los futuros cuir utópicos comienza con un gesto simple: ¿podemos encontrarnos? ¿Cómo podemos avivar esto?”. El texto propone importantes reflexiones sobre la colonialidad y el mestizaje: descolonizar la historia, al tiempo que se descolonizan los afectos para establecer la colaboración. El resultado: una obra de arte relacional. El libro incluye fotografías de los trajes creados para escenificar una *reinvención*, con el fin de abordar críticamente el mestizaje, de la emblemática obra teatral del periodo colonial nicaragüense: *El Güegüense*. Asimismo, se presentan fotografías de otras obras de Elyla: “Otros goces son posibles” (instalación), “Torita-encuentada” (performance) y “Pelea de gallos” (instalación).

El ensayo “La Pedrina: una mujer trans en la historia de Santa Ana, El Salvador”, de Amaral Arévalo y Ricardo Menjívar, es un texto

que teje memoria. En este, se recupera la figura de una mujer trans nacida en 1928 y legalmente registrada como Pedro Sandoval. De trabajar en circos, pasó a ser nómada, hasta que finalmente se estableció en la ciudad de Santa Ana como lavandera y asumió de forma plena su identidad femenina. Conocida como La Pedrina, recibió insultos de parte de algunos, pero su buena reputación como lavandera le permitió tener un medio económico para sobrevivir el día a día. Murió sola a los 85 años en noviembre de 2013. El ensayo está acompañado de un dibujo de La Pedrina realizado por Carlos Lara.

El “Manifiesto TransUrbanx”, firmado por Pherra Divancci, representa una satírica y potente declaración de principios para contrarrestar la discriminación derivada de los discursos de la “heteronación” y de los estigmas socioculturales que violentan los cuerpos disidentes. El eje principal es el espacio urbano, es decir, cómo tales discursos hegemónicos también se reflejan en la conformación de las ciudades y sus historias. En las notas aclaratorias, autoría de Luis Alonso Rojas Herra, se afirma que la intención del manifiesto es “reconocer otros discursos que contribuyen a la producción de los espacios urbanos que han sido invisibilizados históricamente desde la injuria”.

Esta compilación también brinda espacio a las artes visuales. “Como hule tostado al sol”, de Greivin Solano, nos muestra una serie de dibujos donde destacan botas de hule y el acto de cortar racimos de plátano, símbolos del hombre trabajador, fuerte, pero al mismo tiempo explotado. Se trata de dibujos provocadores que abordan el significado de ser “playo” en América Latina, al considerar elementos de “la fantasía, la masculinidad y la ruralidad”: hombre, machete y botas resignificados.

“Transgre-Ser” es un proyecto fotográfico de Sharon di Escobar en el que aparecen cuerpxs: abrazadxs, acompañadxs, cómplices. Tres cuerpxs fundidxs en un *nosotrxs* sustentado en la desobediencia y la alegría: “Transgredimos la estética cis heteronormada. EXISTIMOS. Nuestra expresión es la que desobedece. Es la que rompe. [...] Ya no escondemos lo que somos, que sangramos, que reímos”.

La ilustración de Nani Nanu acompaña el texto “La patria lo vale”, de Jesús Cárdenas Durán, corresponde a un escrito irónico sobre la construcción de la patria desde valores heteropatriacales y la marca que deja en las subjetividades: “parece ser que el sentido patrio, el oído musical y el talento no eran suficientes para ser digno merecedor de interpretar la ‘Patriótica costarricense’ en el desfile del día de la independencia. La lira siempre había sido ejecutada por mujeres —a alguien se le había ocurrido esta norma— y cuando el joven talento le rindió tributo a la Patria, fue objeto de burlas y agresiones hasta el

día de su graduación. Tuvo suerte, la Patria no le quitó su título, solo le quitó la vida”.

Este breve recorrido por el contenido de la presente antología me interpela a reconocer que aún queda mucho por documentar en el espacio crítico y teórico dedicado específicamente a la autoconstrucción discursiva LGTBIO+ reflejada en las expresiones artísticas y literarias. En ese sentido, resulta necesario abordar de forma crítica la conformación de un “canon” dentro de estas escrituras u obras artísticas centroamericanas. Por ejemplo, al realizar una investigación sobre autoras lesbianas salvadoreñas, comprobé que no gozan de visibilidad, lo cual dificulta trazar una genealogía de poéticas lésbicas dentro de los estudios literarios, en general, y de las disidencias sexo-genéricas, en particular. Los ejemplos de escritos salvadoreños que invariablemente se mencionan en este campo son de Ricardo Lindo (1947-2016), René Chacón (1965-presente), Mauricio Orellana Suárez (1965-presente), Carlos Soriano (1970-2011), Alberto López Serrano (1983-presente), Luis Carlos Barrera (s.f.) o Alejandro Córdova (1993-presente). La crítica reciente dedicada al tema se ha dedicado a analizar algunas de las obras de estos autores representativos de la disidencia sexual, pero deja al margen la escritura de lesbianas y de otras disidencias salvadoreñas. Aún más escaso es el espacio dedicado a autoras lesbianas en toda la región centroamericana, como comprobamos con Mónica Albizúrez mientras preparábamos un dossier dedicado a la autoría y escritura de centroamericanas”, publicado en octubre de 2021. Quesada y Chacón sostienen que frecuentemente “la visión de lo lésbico” ha estado “mediatizada por una voz masculina” en los textos literarios. Al respecto, en 1987, la costarricense Nidia Barbosa (1954-presente) publicó *Hasta me da miedo decirlo*; además, resulta especialmente significativo que la también costarricense Carmen Naranjo (1928-2012), una de las escritoras más paradigmáticas de la región, haya plasmado el amor lésbico hasta en el año 2000, en su última novela, *Más allá del Parismina*, rasgo que no había aparecido en sus obras anteriores. Este fue su único “testimonio literario de su propia condición lesbiana”, afirma Albino Chacón. Todo lo anterior nos alerta de que todavía hay mucho por rastrear y documentar para abordar los diversos matices de estos borramientos.

Cierro este prólogo refiriéndome a mi propio lugar de enunciación, como feminista cisgénero heterosexual: durante la primera ola de la pandemia por Covid-19, en mayo de 2020, murió en San Salvador una amiga querida, violinista y compositora, quien durante toda su vida se enfrentó a la lesbofobia, sin embargo, ella resistió mediante el despliegue de una fuerza creativa que derivaba de su amor por la música y la poesía. En diversas ocasiones, me relató las violencias

simbólicas y verbales que sorteó, incluso pocos meses antes de morir, cuando, con un cáncer avanzado, vivía en una situación de gran precariedad material y económica. En memoria de ella, comencé a recopilar poesía de autoras lesbianas salvadoreñas y fue así que, como dije arriba, me encontré con un cuasi silencio crítico y académico en torno a sus poéticas. No pretendo hablar por ellxs, porque ellxs tienen su voz, alta, clara y hermosa. Solo deseo ser una interlocutora consciente: compañera.

BIBLIOGRAFÍA

- Albizúrez Gil, Mónica; Pleitez Vela, Tania (2021). Introducción. Dossier: Mujeres centroamericanas: autorías y escrituras dispersas en lo global. *Lectora*, 27, 9-45. <https://revistes.ub.edu/index.php/lectora/article/view/36697/35671>
- Arévalo, Amaral (2017). ¿El armario está abierto?: estudios sobre diversidad sexual en El Salvador. *Educação y Realidade*, 42(4), 1375-1397. <https://doi.org/10.1590/2175-623662013>
- Chacón, Albino (2016). Representaciones y elaboraciones de la homosexualidad en la literatura costarricense. *Ístmica* (19), 131-141.
- Curiel, Ochy (2013). *La nación heterosexual. Análisis del discurso jurídico y el régimen heterosexual desde la antropología de la dominación*. Bogotá: Impresol Ediciones.
- Millett, Kate (2017). *Política sexual*. Madrid: Cátedra.
- Olivo, Marielos (2019). Mejor lesbiana que sombra privilegiada. En Orellana Suárez, Mauricio (Ed.), *DiscrimiNaciones*. San Salvador: Fundación Heinrich Böll para Centroamérica.
- Pleitez Vela, Tania (2022). Trastocar la herida, gestionar el sufrimiento: Rebeldía en la poesía de autoras lesbianas salvadoreñas. *Whatever. A Transdisciplinary Journal of Queer Theories and Studies*, (5), 223-254. <http://dx.doi.org/10.13131/2611-657X.whatever.v5i1.178>
- Quesada, Uriel; Chacón, Hilda (2009). Introducción: Sexualidades en Centroamérica. *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, (19), 1-3. <http://istmo.denison.edu/n19/articulos/index.html>
- Wittig, Monique (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: Egales.

INTRODUCCIÓN

LO INVISIBLE EMERGE: NARRATIVAS, MEMORIAS, IDENTIDADES LGBTI+ CENTROAMERICANAS

Amaral Arévalo, David Rocha,
Juan Vega Ríos y Luis R. Herra

ADENTRARSE EN TEMÁTICAS sobre sexualidad, orientación sexual, cuerpo, identidad y expresión de género al interior del Istmo Centroamericano es un desafío para las Ciencias Sociales, Humanas e investigadores tanto en la región como fuera de esta. En el contexto centroamericano, siempre convulso, las temáticas referidas a personas Lesbianas, Gay, Bisexuales, Personas Trans, Intersexuales y otras identidades sexuales y de género (LGBTI+) son invisibilizadas por otras “urgencias” geopolíticas y sociales. Al mismo tiempo, existen mecanismos de presión cultural y política para censurar los cuerpos, subjetividades, identidades, placeres y sexualidades disidentes de los discursos públicos oficiales y académicos hegemónicos; el resultado es una reducida producción intelectual sobre estas temáticas. La situación anterior es el reflejo de un proceso de jerarquización sexual, en donde el binarismo heterosexual se vuelve el modelo hegemónico a seguir, en detrimento de otras posibilidades de existencia, de investigación y epistemologías que contravienen ese sistema opresor.

En la historia reciente de Centroamérica, los movimientos sociales y las organizaciones de jóvenes, feministas y activistas LGBTI+ generaron visibilidad política para promover ciudadanías plurales/inclusivas, los derechos humanos, y en especial los derechos sexuales para esos segmentos poblacionales. No obstante, en el Istmo hay po-

Líticas neoconservadoras y grupos beligerantes antiderechos que buscan silenciar las diferentes voces que reclaman más y mejores políticas públicas sin ningún tipo de discriminación. Como consecuencias, se dan prácticas sociales e institucionales que violentan los Derechos Humanos, como: el no reconocimiento de la identidad y expresión de género; la negación constitucional del acceso a las instituciones civiles del matrimonio y la adopción a parejas del mismo sexo; y la criminalización de la promoción de los Derechos Humanos de personas LGBTI+ por medio de leyes, que incluyen la deformación de la “objeción de conciencia”. El resultado de esto es que las personas LGBTI+ sigamos siendo tratados como ciudadanos de tercera categoría, lo cual genera vulnerabilidades sociales, políticas y jurídicas que se evidencian en múltiples formas de violencia, cuyo punto máximo es la ejecución de crímenes de odio.

En ese contexto, desde el año 2013, se articuló un grupo político-intelectual centroamericanista que asumió la labor de dar a conocer aspectos de la sociedad, cultura y coyunturas políticas de esta región en el contexto brasileño. Con ese objetivo nació el sitio web *O Istmo* (<https://oistmo.com/>), el cual empezó a nutrirse de debates, reflexiones y difusión de ideas que conjuntan tanto a activistas de movimientos sociales, como a gestores de políticas públicas y a representantes de los ámbitos académicos. En 2016, con el objetivo de extender sus procesos de reflexión y ante la convocatoria del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) para enviar propuestas de Grupos de Trabajo (GT), *O Istmo* propuso uno sobre Centroamérica. Entre 2016 a 2022 como Grupo de Trabajo “El Istmo Centroamericano: repensando los centros” y para el trienio 2023-2025 como “El Istmo Centroamericano: perspectivas epistemológicas periféricas” ha estado dedicado a la producción teórica plural y compleja sobre la región. Se articula en tres ejes 1) Territorios y Estados-nación; 2) Cuerpos y subjetividades; 3) Artes y culturas. Conseguir un equilibrio entre el abordaje de los ejes dos y tres se vuelve imperativo, toda vez que el foco suele estar puesto en las fuerzas geopolíticas que comprimen a Centroamérica, pero se olvida que el cuerpo, como territorio de las micropolíticas —como lo plantea Foucault—, es el origen y final de cualquier proceso tanto político como social de envergadura nacional o regional.

Las discusiones sobre orientación sexual, identidad y expresión de género estuvieron presentes al interior de *O Istmo* desde su surgimiento. Sin embargo, con la creación tanto del Grupo de Trabajo como de una línea específica sobre cuerpos y subjetividades, se abrió la posibilidad de articular estas discusiones a niveles epistémicos, teóricos, artísticos y de incidencia política por medio del acompañamiento

to y diálogo con movimientos sociales, intercambio con académicos y producción teórica. Los primeros años de trabajo del GT Clacso sobre estudios LGBTI+ en Centroamérica se pueden caracterizar como embrionarios. Entre 2016 y 2018, nuestro trabajo se caracterizó por la reflexión de posibles líneas de incidencia, pero sobre todo por la articulación de una red de investigadores, activistas y personas interesadas en la reflexión de estas temáticas.

En la segunda convocatoria para GT-Clacso 2019-2022, lo embrionario de la etapa anterior comenzó a eclosionar y la red se comenzó a mover. A inicio de 2020, este grupo se comprometió a ser coeditor y participar del proyecto editorial “Estudios de población LGBTI+ en El Salvador y Centroamérica”, al interior de la *Revista Identidades del Ministerio de Cultura de El Salvador*. Esta participación fue una excusa perfecta para que los integrantes de la red de investigadores sobre temáticas LGBTI+ en el Istmo Centroamericano se articularan e interactuaran. Pocos meses después, la pandemia COVID-19 potencializó este proceso de articulación. En medio de las restricciones de movilidad, se ejecutó el conversatorio virtual “*Estudios LGBTI+ en Centroamérica: pasado, presente y futuro*”, cuyo propósito fue reconstruir una historia de los procesos de investigación sobre personas LGBTI+ en Centroamérica, al discutir el presente de dichos estudios y analizar sus proyecciones para el futuro; se tomó en consideración el contexto convulso centroamericano. De este conversatorio, un pequeño núcleo se mantuvo en contacto, se intercambiaba información y participaba en congresos en 2020 y 2021 como colectivo interesado en visibilizar las temáticas LGBTI+ en el ámbito académico latinoamericano. El nombre bajo el cual nos identificamos fue “Epistemologías LGBTI+”.

En el 2021, los países de Centroamérica conmemoraron el Bicentenario de la Independencia de la corona española, sin embargo, las conmemoraciones oficiales excluyeron a identidades, subjetividades y cuerpos que no se apegaran al modelo de Estado-Nación Mestiza Patriarcal Heterosexual instituido en la fundación de las repúblicas centroamericanas. Por lo tanto, en el marco de la propuesta de “*Bicentenario desde abajo*”, impulsado por la articulación *O Istmo*, que pretendió visibilizar los márgenes sociales centroamericanos olvidados por la oficialidad y el trabajo continuado por el núcleo de “Epistemologías LGBTI+”, decidimos lanzar una convocatoria abierta —impulsada por Clacso— para textos académicos, narrativas de la memoria y antologías de imágenes que dieran cuenta de la complejidad de las personas LGBTI+ que habitamos y/o procedemos de esta región: “*Saberes, memorias e identidades: alteridades sexuales centroamericanas en el bicentenario desde abajo*”.

El objetivo general de la convocatoria hizo un llamado a reflexionar sobre la compleja realidad de las personas LGBTI+, en los diferentes contextos y momentos históricos de la Centroamérica que conmemoraba el Bicentenario. Esto por medio de intersecciones horizontales entre la academia, activistas de derechos humanos, literatos y artistas de diversas áreas que dialogarán sobre deseos, pasados, presentes, políticas de sujetos centroamericanos pertenecientes a las alteridades sexuales, y que incorporaran una o las tres categorías-guías que pretendimos discutir: saberes, memorias e identidades. La convocatoria fue abierta: cualquier persona, se identificara o no como LGBTI+, podría participar en cualquiera de las tres áreas. Esta apertura y la difusión de la convocatoria en diversos espacios hicieron que recibiéramos la cantidad suficiente de textos académicos, narrativas de la memoria y antologías de imágenes para generar dos tomos. En uno de ellos reunimos todos los textos académicos, al cual denominamos como *Saberes LGBTI+* (Clacso, 2022) y en el segundo, denominado *Memorias e Identidades*, todos los textos de corte narrativo y el registro de artes visuales enviados.

Los textos reunidos en este tomo de *Memorias e identidades* nos permitieron preguntarnos sobre el lugar que tienen nuestras memorias, así como sobre las formas en las cuales se anclan en espacios públicos y privados. Sabemos que las experiencias de nuestros pasados aún son un tema poco explorado en la región, no tenemos monumentos, placas conmemorativas ni espacios de memorias validados por quienes dominan. Nuestros pasados siguen siendo prohibidos en el espacio público, las narrativas de larga y corta duración continúan estando a la sombra y en la periferia de los discursos nacionales. A partir de esta conciencia, nace este tomo, el cual da cuenta de la diversidad de formas en las que nuestro pasado se cuenta en la región centroamericana.

Organizamos este tomo en tres grandes espacios discursivos. El primero, denominado “Trans-existencias”, está dedicado a identidades, cuerpos y subjetividades históricas y del presente que contravienen el biologismo determinista binario; así se muestra que las personas que se autoidentifican en una escala de lo trans son parte de nuestras naciones, siempre han estado ahí, pero la censura social, la injuria y la violencia han tratado de exterminar su presencia.

Abrimos este espacio con Transgre-Ser, trabajo fotográfico de Sharon Escobar. Este se posiciona desde dos vías: la primera, transgredir la representación de los cuerpos desde la mirada cis heteronormada; la segunda, como propuesta política para visibilizar la existencia de cuerpos y sensibilidades trans. Las fotografías nos muestran cuerpos encuadrados en relación consigo mismos y con otros cuerpos.

El trabajo de Sharon nos lleva a poner la mirada en la menstruación, el abrazo como figura de afecto, los rostros, las miradas que interpe-lan y el deseo. Este recorrido visual es el sustrato discursivo de la obra.

En “La Pedrina: una mujer trans en la historia de Santa Ana, El Salvador”, texto de Amaral Arévalo y Ricardo Menjívar, se devela una zona de las memorias de la disidencia sexual del territorio salvadoreño tomando como eje central a La Pedrina. Esto constituye un trabajo político con el pasado y desde este. Se desplaza no solo discursiva-mente, sino también de forma territorial, pues rompe con la dinámica de pensar desde las ciudades capitales. En este texto, se logra la re-construcción del personaje a partir de la evocación de lo vivido, se señalan algunas características distintivas y, sobre todo, se deja en claro que “La Pedrina” es una persona particular en la ciudad de Santa Ana, pues está ligada a la historia de la ciudad desde la cultura popular.

“*Aq’ab’al yey ri k’el*”, de Ernestina Tecú, retoma la figura del manantial como metáfora del fluir, de borde y desborde; a partir de esto, se posiciona como un cuerpo indígena y travestido que construye un relato de memorias de larga duración. A través de la narración en primera persona, leemos una serie de imágenes que conectan el presente con el pasado: el tiempo va y viene. Ernestina se posiciona desde una mirada decolonial y desde los feminismos comunitarios que, al mismo tiempo, se encuentran con una raíz indígena. A través del cuerpo y su transformación, seguimos el hilo de una identidad escurridiza, una identidad manantial que fluye y se desborda para constituirse desde los márgenes discursivos e históricos.

Para cerrar este bloque, Juan Ríos Vega, en su cuento “Omeggid”, visibiliza, primero, la existencia de identidades tanto sexuales como de género que escapan a las epistemologías de los nortes globales para nombrar y ser una persona LGBTI+. Sin embargo, su narrativa muestra cómo en la sociedad panameña las personas LGBTI+ sufren una triple discriminación: primero, al ser nombradas como Omeggid en vez de Wigunduguida; luego, a razón de su identidad de género; por último, por ser indígenas. Todo lo anterior trae como consecuencia el rechazo, la pobreza y una alta prevalencia del VIH en este grupo poblacional.

El segundo espacio discursivo se denomina “Nación y sujetos queers”. Por medio de diversas perspectivas activistas, ilustradores y artistas cuestionan las categorías de nación, ciudadanía, deseos y violencias tanto en sus narrativas como en sus registros audiovisuales.

En “La patria lo vale” convergen la ilustración de Adriana Sánchez y la minificción de Jesús Cárdenas. El texto se vale de la metáfora de la escuela y del desfile patrio para cuestionar, dentro de las narrativas de nación, el lugar que tienen las ciudadanías “diferentes”. La ilustración

propone una figura que interpela directamente al lector al superponer imágenes cuyo fondo es una mirada triste, cansada, quizás asustada. A partir de la síntesis y la fusión de imágenes fundamentales, se hace la narración completa de la historia, con lo cual se nos invita a comprender de otros modos las formas de contar.

Si el texto de Cárdenas cuestionaba el lugar de las “ciudadanías diferentes”, en la Nación Heterosexual, parafraseando a Ochy Curiel, Luí R. Herra no cuestiona, sino que dinamita la estructura hegemónica de la urbanidad en su texto “Manifiesto Trans Urbane”. Reclama territorio-espacio autónomo, para que las disidencias sexuales y de género puedan existir sin el temor constante a las violencias que los poderes normalizadores pueden ejercer sobre sus cuerpos, subjetividades, identidades, deseos y placeres.

Los dos textos de Amalia Darién develan las sensibilidades ante la imposibilidad de ser desde las experiencias de personas trans. El texto se revela como un canto al amor imposible, como un lugar de enunciación donde el locus colectivo encuentra eco. La impronta política del poema se manifiesta cuando la autora explica que su cuerpo ha sido encajonado para saciar el deseo patriarcal. Entonces, exponer las palabras desde el amor idílico, desde el desvinciarse en las pieles del amado, ponen en crisis del discurso público, pues se evidencian las emociones privadas.

Por otro lado, la selección de textos de Jorge Campos se construye a partir de la relación entre sexo, violencia y clandestinidad. Si Darién se posiciona desde lo romántico, Campos nos devela una letra descarnada que utiliza imágenes despojadas de todo lirismo. En sus letras, se exponen los cuerpos abyectos y múltiples penetraciones: fálicas, puñaladas, asesinatos, pecado, infamia, frío, misterio, clandestinidad. Una de las peculiaridades de estos poemas es que urden una línea muy fina entre placer y violencia. El escritor pasa los límites entre una situación y otra con delicadeza.

Los dibujos de Greivin Solano se reúnen bajo el título “Como huele tostado el sol”. Las imágenes pictóricas se relacionan de forma estrecha con las memorias y subjetividades del artista, pues son una representación de sus recuerdos e iconografías de la región donde creció. Solano propone el cuestionamiento de qué significa ser playo y rural, donde convergen dos ejes de la otredad de nuestros países. Los dibujos recurren a la sensualización del cuerpo masculino/campesino y utiliza algunos de sus símbolos como el racimo de plátanos, los machetes y las botas, los cuales son resignificados a partir de la composición y el diálogo con elementos de la cultura visual marica.

En el tercer espacio, “Desafiando la homonormatividad”, agrupamos narrativas que dialogan y cuestionan la homonormatividad y los

cuerpos. “Acuarela de otoño” de Lu Gilberto De La Rosa retoma la autoficción, el sueño y el surrealismo como elementos constitutivos. El personaje principal se diluye con el narrador de la historia: se posiciona desde el *flashback* para hacer emerger ante los lectores la historia de un adolescente con una vida en *stand by*. Es la misma figura lírica de la literatura LGBTI+ de inicios del siglo XX, en donde se muestra la imposibilidad del ser.

“Otro perfume” de Ronald Hernández se construye a partir del discurso de la homonormatividad, sobre todo encarnado en uno de los personajes que constantemente desea la figura de “su macho”. El cuento narra la relación, mediada por el deseo y la imposibilidad de amarse, entre dos hombres. Hay aquí un rejuego con las figuras de lo masculino y los espacios de encuentro: del gimnasio como escenario principal, se pasa a un cuarto de motel. El autor construye una relación entre el avance de la narración, el desnudar de los personajes, el espacio de la ficción y el diálogo como elemento retórico principal.

Por su parte, Carlos Fuentes Velasco, en “Lecciones literarias para el adolescente gay taciturno”, nos presenta un texto que discute las categorías de orientación sexual, clase social y memorias. Fuentes, desde sus experiencias, hace un breve itinerario de cómo se vive una orientación sexual disidente al interior de los privilegios de clase social en El Salvador. Las personas LGBTI+ que procedente de las burguesías y élites económicas de los países centroamericanos son prácticamente identidades ausentes en las estadísticas de crímenes de odio o casos de discriminación. Por lo cual, este texto es de sumo interés para ingresar en las subjetividades y las formas de ser “gay” en los círculos del privilegio económico.

Los cambios y algunas conquistas en materia de Derechos Humanos para las personas LGBTI+ en Centroamérica no han sido concesiones hechas por los Estados. Esas conquistas son fruto del trabajo, sudor, sufrimiento y muertes de activistas que han soñado con sociedades más inclusivas. En este sentido, la memoria resguardada por medio de una entrevista a Ricardo Beteta Bond de la Asociación Hombres y Mujeres Nuevos de Panamá (AHMNP), hecha por Juan Ríos Vega, nos narra y muestra las dificultades y pequeñas conquistas conseguidas en Panamá.

Elyla sinvergüenza nos muestra sus reflexiones éticas, estéticas y políticas desde el performance. Su trabajo está sustentado en el asumirse como una *cochona barro mestiza*, es decir, una persona que se siente interpelada por diversos discursos identitarios territorializados desde y en Nicaragua. Su trabajo devela algunas zonas de los procesos creativos de le artiste, además, pone en discusión las relaciones entre memorias colectivas/individuales, trauma/sanación, quedarse/exiliar-

se, colonialismo/identidades/ancestralidad. Se nos muestran diversos caminos procesuales que tienen como colofón las piezas *San Pedro-carrera de patos* y *Las dos barro mestizas*.

Queremos dejar explícito nuestro agradecimiento al trabajo realizado por cada una de las autoras y autores, por creer en este proyecto político-editorial y confiar sus producciones para ser publicadas. Sin su compromiso para abrir espacios en medio de sus actividades laborales que continúan triplicadas con el teletrabajo, la atención a sus familias, el luto en algunos casos, las luchas contra las arremetidas neoliberales en otros, esta publicación no hubiera sido posible.

El objetivo con estos textos, por parte del equipo editorial, es que funjan de espacio de memorias para otras personas de la región, de manera que las invite a seguir visibilizando nuestras experiencias. Luego de observar el resultado final, estamos convencidos de que este libro servirá como punta de lanza para que otros tengan un material de referencia, el cual sirva para continuar documentando, representando, materializando las memorias y discursos sobre poblaciones LGBTI+ en Centroamérica. Esperamos que, en un futuro próximo, otras voces puedan integrar la nueva edición de un libro dedicado a las alteridades sexuales y de género en Centroamérica, donde propongan nuevas miradas, nuevos encuadres de las memorias, nuevos referentes en nuestro devenir histórico, etc. Todo ello bajo la excusa de resguardar las memorias e identidades de personas LGBTI+.

Como investigadores y personas que nos identificamos como cuir, LGBTI+, disidentes o alteridades sexuales, queremos dejar claramente establecido que es de suma importancia que personas como nosotres, les autores participantes en el envío de textos, los revisores y los lectores a quienes llegue este libro, podamos/puedan documentar y publicar sus propias historias basadas en experiencias y testimonios. Esto con el fin de que los pasados LGBTI+ tengan una mayor expansión en la región, y, con ello, desafiar los estereotipos y prejuicios construidos contra nosotres.

Peoria / Rio de Janeiro / San José / San Salvador,
7 de febrero de 2022

PARTE 1

TRANS-EXISTENCIAS

TRANSGRE-SER

Sharon di Escobar¹

TRANSGREDIMOS la estética cis heteronormada, EXISTIMOS. Nuestra expresión es la que desobedece. Es la que rompe. Para mí, la fotografía funciona como una herramienta de manifestación política que visibiliza nuestra existencia.

Ya no escondemos lo que somos, que sangramos, que reímos.
Esta es nuestra lucha, esta es nuestra resistencia.

1 IG: [@sharondiescobar](https://www.instagram.com/sharondiescobar)



Foto #1: Una historia curiosa
¿Nuestras caras te dan curiosidad?
¿Nuestros vínculos te dan curiosidad?
¿Nos viste? Miranos una segunda vez
Esta es nuestra Resistencia.



Foto #2: Encontramos nuestro hogar, nuestra manada, nos cuidamos, nos amamos y nos acuerpamos.
Esta es nuestra Resistencia.



“Rio”



“Giuls”



“Moné”



Foto #3: Nos apropiamos de nuevas formas de expresión. **Esta es nuestra Resistencia.**



Foto #4. Esto es lo que somos y así transgredimos lo impuesto. **Esta es nuestra Resistencia.**



Foto #5: No nos escondemos más. Nosotres sangramos. **Esta es nuestra Resistencia.**

LA PEDRINA¹

Amaral Arévalo² y Ricardo Menjívar³

Ilustración: Carlos Lara⁴



1 La primera publicación de este texto fue en la revista electrónica *Gatoencerrado*, 2019. <https://gatoencerrado.news/2019/07/15/la-pedrina-una-mujer-trans-en-la-historia-de-santa-ana/>

2 Postdoctorado en Medicina Social/Universidade do Estado do Rio de Janeiro. amaral.palevi@gmail.com

3 Licenciado en Ciencias del Lenguaje y Literatura/Universidad de El Salvador. dr.mp@hotmail.com

4 Cantón San Antonio Silva, San Miguel-El Salvador. Activista gay afrodescendiente. Profesor de inglés y portugués; dibujante y pintor. IG: [@carloslara_dibujo](https://www.instagram.com/carloslara_dibujo), Facebook: [@carloslaradibujo](https://www.facebook.com/carloslaradibujo),

LA PEDRINA: UNA MUJER TRANS EN LA HISTORIA DE SANTA ANA, EL SALVADOR

En el proceso de investigar sobre disidencia sexual y de género en la historia salvadoreña, encontramos que el olvido de sujetos e identidades fuera del padrón binario heterosexual es una norma. El olvido, como política de la memoria, de manera simbólica se transforma en un asesino, que respaldado por el privilegio de la heterosexualidad que establece el qué recordar, ha intentado borrar la existencia de quienes escapan a dicho modelo en nuestro país, nuestras ciudades y nuestros territorios.

Esos procesos del exterminio de memorias e identidades se vuelven más letales cuando colocamos la mirada en territorios fuera del área metropolitana. Por tal razón, recuperar una identidad que intersecciona orientación sexual e identidad de género fuera de San Salvador es un enorme éxito. En este punto, transformamos la ciudad de Santa Ana en un territorio de la memoria de la disidencia sexual y de género, por medio del rescate del olvido de un mítico personaje ampliamente reconocido por más de 40 años en la ciudad morena: *La Pedrina*.

La Pedrina nació el 30 de enero de 1928, es originaria del Cantón Natividad, Santa Ana. Sus padres fueron Leoncio Escobar y María Olaya Sandoval, fue el sexto de nueve hermanos y legalmente fue registrado como Pedro Sandoval.

Existen pocos registros documentales de La Pedrina, no obstante, se sabe que a la edad de 14 años incursionó en las actividades circenses, donde cantaba y bailaba. Por esto, pudo conocer Honduras y Guatemala. Cuando esa etapa de vida nómada finalizó, decidió dedicarse a lavar ropa y asumir una identidad femenina permanentemente (Estrada y Valencia, 1996).

La Pedrina desempeñó el oficio de lavandera, su lugar de trabajo fueron las vertientes de El Molino, calle al Cantón Natividad. El Molino, donde La Pedrina y otras mujeres lavaban, se ubicaba en dirección al cementerio, por lo cual, las personas que acompañaban las carrozas fúnebres, cuando obligatoriamente pasaban por este lugar, observaban a las mujeres que lavaban, entre ellas destacaba La Pedrina, por su típico gorro rojo. Su principal clientela fueron las señoras del Mercado Colón.

No obstante, su “fama”, al parecer, no fue por asumir una identidad de género femenina, sino por el buen trabajo que realizaba lavando la ropa. Esto producía un efecto en cadena: más personas le entregaban ropa, y su fama por el buen trabajo se confirmaba y era expandida.

El lugar que utilizaba en El Molino para lavar, el cual era su puesto de trabajo, lo mantenía limpio. Muchas veces ella retiraba el zacate y otras hierbas donde tendía, pero si ella no podía, pagaba a otra persona para que lo hiciera. Esta situación en más de una ocasión le acarreó disgustos, pues otras personas que lavaban en el río querían ocupar el lugar que La Pedrina mantenía limpio, abusando del trabajo realizado por ella. No obstante, si una de las mujeres que estaban lavando en el río le pedía permiso para tender la ropa en parte del lugar que ella ocupaba, en muchas ocasiones accedía cortésmente a la petición.

La Pedrina solía usar maquillaje en las mejías, muchas veces de forma exagerada, y de vez en cuando vestido. Aunque era notoria su identidad femenina, según palabras de Alejandro Pineda, uno de nuestros entrevistados, ante cualquier injuria u ofensa promovida por su expresión e identidad de género, el agresor debía estar preparado para la respuesta que La Pedrina podría proporcionar utilizando sus puños y cuerpo, ya que podía pelear y defenderse a “puño limpio” contra sus agresores. Sin embargo, lo que más recuerdan los habitantes de Santa Ana es que La Pedrina, ante insultos que proferían tanto niños como adolescentes y hombres, agarraba piedras y las lanzaba contra sus injuriadores.

Las injurias y molestias que recibía La Pedrina eran variadas. Por ejemplo, desde un vehículo le podían gritar: “¡Pedro, te vas a mojar los huevos!”; en otro momento, adolescentes podían gritarle: “¡Te van a comer los *irayoles* los *chimbolos*!”. En ambas injurias se observa cómo el biologismo es interaccionado para disminuir la condición de ser humano de La Pedrina, por manifestar una expresión e identidad de género no congruente con el cuerpo biológico con el cual nació. Anudado a lo anterior, cada uno de esos insultos refieren de forma peyorativa al oficio de lavandera que desempeñaba La Pedrina. En la construcción de la masculinidad tradicional, no se puede concebir que un hombre desempeñe una función adjudicada tradicionalmente a las mujeres. Ambas injurias refuerzan esa concepción. La primera es más explícita: “¡Pedro, te vas a mojar los huevos!” y no requiere mayores comentarios. En cuanto a la segunda: “¡Te van a comer los *irayoles* los *chimbolos*!”, requiere algunas consideraciones por utilizar un lenguaje coloquial propio de El Salvador. Los *Irayoles* son el fruto del árbol *Genipa americana*, el cual se presenta de forma ovoide y es de coloración exterior parda; lo cual evoca la forma de los testículos masculinos. La palabra *chimbolos* refiere a minúsculos peces que habitan en los ríos y quebradas. Vemos como ambas injurias menoscaban su expresión e identidad de género autoasumida.

Entre las anécdotas del trabajo de lavandera, en la Monografía de Santa Ana, se recordó: “una vez tenía mucho trabajo, intentó lavar como a las doce de la noche, cuando llegó al río vio a una mujer de cabellos largos totalmente vestida de negro y salió corriendo despavorida porque había visto a la Siguanaba” (Estrada y Valencia, 1996). La Siguanaba es un personaje mitológico presente en diferentes países de Mesoamérica con diversos nombres. En El Salvador, este personaje se representa a primera impresión como una mujer atractiva a los hombres a quienes se mostraba. Después de establecer contacto, intercambiar palabras y, en algunas ocasiones, ser llevada a caballo por los hombres, la Siguanaba se transformaba en un ser horrible. Esta imagen causaba un fuerte impacto en la psique masculina, por lo que muchos de esos hombres quedaban enfermos y algunos hasta dementes.

Quien conoció a La Pedrina recuerda que su expresión e identidad de género no disminuían sus cualidades como ser humano. Quienes coincidieron con ella en la Ruta 50, ya sea cuando iba o regresaba de El Molino, mencionan que era muy amable, alegre y que disfrutaban de su conversación.

La Pedrina afirmaba que tenía un tío con el grado de coronel, sin embargo, no se sabía de visitas familiares en aquel cuarto donde residió la mayor parte de su vida. Vivió sola hasta el día de su muerte; se sabe que la comunidad le ayudaba a sobrevivir al llevarle comida, y prestarle la andadera y la silla de ruedas que usara hasta el día de su muerte. Por un amigo y vecino de La Pedrina, se sabe que la osteoporosis mermó su salud y la llevó al punto de no poder salir de su cuarto.

En noviembre de 2013, tras especulaciones de un paro cardíaco y sin asistencia médica muere La Pedrina a la edad de 85 años. Su muerte fue también un sinónimo de olvido, ya que la encontraron “embrocada” en su andadera con dos días de fallecida.

El estar integrada económica y socialmente en la ciudad de Santa Ana desarrollando el oficio de lavandera y sin la forzosa necesidad de recurrir al trabajo sexual como medio de sobrevivencia, puede ser el factor que le haya permitido a La Pedrina llegar a la edad de 85 años; a sabiendas de que el promedio de vida de una mujer trans en este momento es de 33 años al interior del país.

En definitiva, La Pedrina es un caso particular en la historia de Santa Ana, pues su existencia no es ajena a la mayor parte de la ciudadanía santaneca. Grandes y chicos saben de ella, unos por haberla conocido y otros por escuchar a los otros. De ahí la importancia de la tradición oral en la construcción de la memoria histórica de cualquier territorio.

BIBLIOGRAFÍA

Estrada, Gertrudis; Valencia, Mario (1996). *Monografía de Santa Ana* (inédita). Santa Ana: Casa de la Cultura.

AQ'AB'AL YEY RI K'EL

Ernestina Tecú¹

“Abrí ojos y miraba el cielo, despejado. El calor de sol se sentía en la piel. Un grupo de pericas verdes cantaba y volaba, danzando en el pleno del mediodía en Salvador. Descansaban en unas ramas igual de verdes, perdiéndose entre el follaje de las acacias. El calor de sol se sentía en la piel.”

EL EXTRACTO ANTERIOR corresponde a un sueño sentido en el cuerpo de una identidad centroamericana transfronteriza, radicada en el nordeste brasileño. Su nombre es Ernestina, y habita una corporalidad indígena y travestida. Identidad que construye en colectiva, identidad que resulta de la transformación tanto de las violencias como de las heridas sentidas en los territorios-cuerpos de ella y sus ancestras y ancestres. En las siguientes líneas, me invito a compartir con ustedes la historia de este territorio-cuerpo en sus transitar trans-identitarios y trans-fronterizos; al mismo tiempo que les invito a acompañarme en este re-transitar de la historia del territorio-cuerpo-Tierra que habito. Acompañé mi escritura con pequeñas reflexiones surgidas de la aproximación a teorías decoloniales, y feminismos co-

1 Indígena travestida migrante. Nacida en Guatemala, actualmente reside en Salvador, Brasil. Pertenece al pueblo Maya Achi, descendiente de subjetividades transfronterizas de Cubulco y Rabinal. Se desenvuelve en el espacio académico llevando a cabo investigaciones cualitativas en materia de cuerpos, géneros, derechos humanos, salud colectiva, y derechos de las comunidades y pueblos indígenas. Gusta de la expresión artística corporal y escrita. Busca tejer historias a través del encuentro con cuerpos plurales en territorios diversos, en ese ejercicio del reclamo de comunidad y lo comunal.

munitarios y marginales². Estas han causado en mí el abrazo de senti-saberes de hermanas, abuelas, madres, ancestras y guías en medio de los procesos de tránsito y transformación. Gracias a los cuales, hoy consigo nombrar las violencias y heridas desde el desborde erótico.

Voy a iniciar la narración ubicándome en uno de los inicios de la historia. Recorro a la figura del manantial. Ese cuerpo de agua, energía, que nace, brota y llega a los bordes para comenzar el desborde creativo de energía; la cual inaugura hilos que van a tomar su propio rumbo, con todas las fuerzas del manantial, al que se mantienen unidos en ese río energético que fluye, fluye y fluye. En esa fluidez, comenzamos.

EL PRIMER DESPOJO

Nací después de vivir 24 años una vida que no era mía. Una “vida” prefabricada e impuesta, sin ser yo consciente, sobre el territorio-cuerpo. Ahora entiendo que la ilusión mejor elaborada es creerse blanca y hetero-cis-sexual en cualquier territorio de Abya Yala. Entonces no lo veía tan claro y viví esa ilusión. Claro que la ilusión es más para una que para el cis-tema; una se remite a esa ilusión, inconscientemente, cada vez que se intenta explicar la propia existencia en el pleno de la constante negación del ser, racializade y marica. Pero la ilusión no es tan abstracta como aparenta. En realidad, supone lógicas violentas y racistas, capitalistas, mentalistas, automatistas e individualistas, que despojan a nuestros territorios-cuerpo-Tierra y la energía erótica que brota en y de ellos.

En esa “vida”, me alejé de estas conexiones, me desprendí de nuestras redes ancestrales, sociales y comunitarias, me volví un “Ser” individuo³. En esa lógica, mi trascendencia era alcanzable en el espacio personal del éxito capitalista. El triunfo de clase. Despreocupado por completo de la forma compleja en que se interrelacionaban nuestros sistemas. Pensando, pensando, produciendo, produciendo, dejando de sentir y dejando de sentir. Hasta entrar en automático en una cotidianidad moderna en la que dejé de ser territorio-cuerpo, para ser mente y máquina.

Este fue el primer despojo violento. El despojo del territorio-cuerpo como lugar de poder, como lugar político, de pugnas y resistencias, de erotismo y placeres, de senti-pensares y sociabilidades, de experiencias e intuiciones, de autorregulación y autosatisfacción, de

2 En particular, lecturas de Lorena Cabnal, Audrey Love, María Lugones y Karina Ochoa.

3 Nótese la singularidad redundante de un(uno), Ser, individual.

energías compartidas y conexiones cósmicas, de colectividades y redes intersubjetivas.

Ese despojo me deja desconectada. Ajena en mi propio cuerpo. Este ya no era mío, yo apenas lo habituaba a una cadena de producción de capital. Era como si hubiese tenido que despellejarme el cuerpo, quitarme toda la piel, para habitar una segunda piel que se esperaba de mí, porque mi piel, mi carne indígena y mi carne marica, no valía nada. Era vergonzosa, grotesca, despreciable y desnudable, descartable. Son múltiples y complejas las lógicas detrás de ese despojo, y terminan imbricándose en lógicas rizomáticas que dificultan el discernir de sus orígenes específicos. Mantener el pelo corto y “bien peinado” para evitar que se note lo grueso y negro que es, a la vez que respeta el corte varonil. Usar cremas, protectores solares y variedad de productos para cambiar el color café de mi piel y de la piel café de mis labios, cuidando que hacerlo no fuera muy evidente: tampoco quería parecer mujer por cuidar tanto de la piel. Y, claro, no hay mejor forma de esconder el cuerpo que con ropa. De preferencia de alguna marca esclavista, ecocida y polutista, para demostrar lo mucho que contribuyo a nuestra sociedad del consumo. Está de más decir que la mejor opción siempre será la usada por el hombre blanco que nos inspira. Es lo que se mira mejor.

Salí a la calle, viendo para todos lados como intentando reunir la mayor cantidad de detalles de mi entorno. Cualquiera que me hubiera visto pensaría que estaba perdida y no sabía a donde iba. En realidad, era una certeza el camino que quería y que iba a transitar. Me guiaba el cuerpo, que conoce mejor que nadie el camino a casa, al territorio-Tierra. Llegué, y junto a wati' escogimos mi paxa, mi uuq y mi po't. ¡Fue tan placentero ese intercambio! Esa sociabilidad que a nuestros cuerpos hace bien. De solidaridad entre nosotras.

EL SEGUNDO DESPOJO

Territorio-cuerpo y territorio-Tierra son dos partes de uno. No podía entender los despojos de mi cuerpo, sin entender que desde antes ya había sido despojada del territorio-Tierra al cual pertenezco, donde se encuentra mi origen. Este segundo despojo, que en el sistema cronológico occidental realmente ocurrió antes, fue el despojo al territorio-Tierra. Lo viví desde los cuerpos de mis ancestras y ancestres, quienes, durante las violencias de la colonia, las dictaduras de Manuel Estrada Cabrera, Jorge Ubico y los 36 años de conflicto armado, sufrieron innumerables violencias físicas, sexuales y a la vida en los territorio-Tierra Achi de Rabinal y Cubulco. Mis ancestras y ancestres fueron violentamente asesinados en las masacres de Río Negro, obligadas/es a migrar, algunas/es a asumir el mestizaje para sobrevivir. Así se

me despojó del territorio-Tierra Achi, y se me despoja del saber que, mi cuerpo, está en conexión tanto cósmica como ancestral con esta Tierra y su historia, nuestras historias.

Si bien esto aconteció antes, yo no lo entendí sino hasta que comencé a reclamar mi cuerpo. Cuando los deseos y las pulsiones de mi cuerpo fueron más fuertes que el temor al cis-tema. Y en esa búsqueda intuitiva de encontrar lo que al cuerpo le faltaba, lo que el cuerpo añoraba, según entiendo, ya habíamos sido despojadas/es de otro territorio. Pues, aunque pensaba que no lo habitaba, el cuerpo siempre es habitado, y reclama constantemente esa desconexión, ese despojo del territorio-Tierra; que me llevó al rescate de mi genealogía materna, abriéndome ojos para ver todos los arrebatos de nuestra historia. Así inicia un tránsito de reconexión y reencuentro con los territorios-cuerpo-Tierra indígenas y travesti; que culmina con la erótica emancipación del cuerpo.

Me reconocí como espectadora de aquel espectáculo que montaban las pericas. Estaba viendo, a una distancia prudente, cómo aquella horda de aves verdes volaba y cantaba. Si bien cada una lo hacía a su modo y a su ritmo, era posible entenderlas como un todo. Un solo cuerpo formado por múltiples cuerpos.

Algunas, más pequeñas, parecían más emocionadas en el vuelo. Llegaban un poco más allá de lo que las más grandes llegaban. Parecían curiosas sobre hasta dónde era permitido volar, hasta dónde era seguro ir y poder volver. Al otro lado, figura otro árbol. Un pequeño grupo de estas pericas más pequeñas comienzan a volar y aposentarse en este nuevo resguardo. Siempre cantando la misma canción que aquel grupo del cual ahora están más lejos. Si alguien llegara a contemplarlas ahora, podría pensar que se trata de dos grupos distintos, dos familias distintas. Desde mi posición, son una sola comunidad, tal vez distantes, pero se encuentran todas en una misma canción.

(RE)(DES)ENCUENTROS

Cuerpo, siempre habitado, reclama constantemente nuestros despojos. Así, siempre sentí en el cuerpo los despojos y las violencias de nuestros territorios. Y de una u otra forma conseguí volver al cuerpo. Detenerlo todo, tirarlo todo y correr de vuelta al cuerpo. Si yo estaba dentro de una cadena de destrucción/producción masiva, sometida a una ficción, fue como si hubiese conseguido pausar la ficción por un segundo, un breve instante. Suficiente para sentir el erotismo de habitar el cuerpo. Y no se me hacía lógico reanudar la ficción y seguir en la cadena. Era dar un paso atrás que no estaba más dispuesta a dar. Tiré ese casco envolvente de ficción que me enclaustraba en la cabeza, desconectándome de todas mis demás sensaciones corporales. Brinqué de esa banda mecánica que me llevaba al matadero y caí; libre.

De ahí, el tránsito operó bajo la misma lógica en los demás aspectos de mi vida. De pronto, todo me parecía con sentido, pues todo lo que en algún momento amé y me hice odiar ahora se entrelazaba para formar, en un mosaico, una figura hermosa. La de mi cuerpo indígena travestida. Y todo aquello que opacaba la figura, le borrara o le apagara, no tenía cabida en el mosaico. Así fuera el lugar en el que vivía, o más bien, las lógicas bajo las que vivía; aquellas sociabilidades verticales, desiguales e injustas, así como todas las sociabilidades que valoraban una “carne” que no era la mía; aquellas lógicas de consumo inconsciente e inconsecuente; toda violencia.

Todo el espacio dejado por esos desencuentros me permitía ahora ver los hilos de mi tejido. Dejaban fluir la energía sin obstáculos, sin represas. Y me dejaron transitar con libertad al reencuentro con la que siempre fui. Volver a habitar esa mi piel, a encontrarme con todo aquello que me llenaba del placer erótico que nos mueve en esta red de vida. Ese reencuentro comenzó de una forma muy discreta, pero pronto dejó de tener sentido mantenerlo en discreción, en lo privado, en el silencio. Y quería salir gritando lo erótico de habitarme y disfrutarme.

Claro que, si bien yo estaba lista para este reencuentro y goce del placer de habitarme en estos territorios-cuerpo-Tierra, me encontré con personas, espacios, instituciones y lógicas sociales que no estaban tan preparadas para ese habitar mío. Así fui buscando nuevas personas, espacios, lógicas institucionales y sociales abiertas a crear vínculos y tejer sociabilidades plurales. Esto, tanto en el espacio público, como en el privado y hasta en el espacio virtual de las redes sociales. Aprendí a gestionar mis formas de relacionarme como nunca antes hice. Siempre daba de mí por completo, era fiel servidora de la sociedad, sin pensar lo que me negaba y perdía. Ahora me autorregulaba en ese relacionarme. Esos nuevos encuentros significaron nuevos tejidos sociales en los que se me permitía hilarme y tejer entre todes.

Esas nuevas sociabilidades forman parte de la construcción de mi identidad, de la afirmación de mi subjetividad indígena y travesti. A través de las miradas de las demás, yo me iba afirmando. No porque yo esté definida por ojos ajenos, sino porque esos ojos veían lo que yo afirmo y presento en ese habitar los territorios, en esa actividad política de habitar el propio cuerpo, la propia piel, de la forma en la que una/e lo encuentre mejor y más placentero. Pues no somos individuos únicos y aislados, pequeñas unidades de destrucción/producción como el cis-tema nos dice. Somos seres en comunidad, somos seres que existen gracias a sus redes de sociabilidad. Nuestras identidades se afirman en nuestros habitares diarios, en mostrar el cuerpo a les demás, hablar, y comunicarnos con otros, sentirnos, abrazarnos, en-

tendernos y acompañarnos. Cada vez que alguien me recuerda o me menciona en otra conversación, me está nombrando y afirmando mi identidad. Así como ustedes ahora al leerme, escucharme en sus cabezas, sienten mis energías con ustedes.

No todas estas nuevas lógicas las encontré en Guatemala. De hecho, las primeras experiencias de estas sociabilidades me llevaron a encontrarme entre espacios que perpetuaban lógicas violentas y racistas. Es un lugar difícil, pero no pierdo la esperanza de poder encontrar y crear nuevas formas de encontrarnos en sociedad. Sin embargo, ese momento de tanta fragilidad por sentir de golpe todas las violencias que había ignorado me llevó a transitar hacia otros territorios-Tierra.

Llegué a Brasil un diciembre, sin ser consciente de que el viaje de un mes terminaría siendo un viaje solo de ida. Al principio parecía no creerme esta nueva realidad. A mi cuerpo le tomó tiempo adaptarse a otro territorio, también le tomó tiempo aceptar que no habría regreso. Es irónico, pues mi cuerpo tenía la certeza de que no volvería al terminar el mes. Se sentía seguro, se sentía en paz, en disposición de comenzar a germinar en esta nueva tierra. Y eso era suficiente para yo tomar la decisión y hacerle frente al nuevo entorno. Pasado ese tiempo en el que se me borraban las líneas entre los sueños y la realidad, inició ese manantial a llegar al borde. Todo este tiempo, sin saberlo, aquél manantial se estaba llenando de energía agua, y cuando me di permiso de habitarme, en este nuevo territorio-Tierra, comenzó a derramarse.

Las pericas verdes cantaban, todas en coro, pero cada una a su ritmo y timbre. Por momentos, llegaba a ser ensordecedor el canto en unísono. Totalmente envuelta en ese canto, me reconocí en el coro. Ya no era una mera espectadora de tremendo performance aviar. Ya no veía desde una distancia prudente, ahora estaba envuelta en una multitud de plumajes verdes. Del entremedio de todo ese plumaje verde de las pericas, que se movía como el follaje de los árboles, emerge otro plumaje. Este también parece verde, pero vislumbra tonalidades más claras. Al principio parece una perica más, un cuerpo de plumas más en ese cuerpo de plumas. Pero, poco a poco, de una forma muy discreta y agraciada, se destacan algunas plumas rojas y blancas. Y así, se distingue ahora un ave diferente. Esta tiene cola, y alas un poco más largas. Pero vuela con todas las pericas, convive con ellas. Aunque es diferente, estas la reciben como una de las mismas, cantando juntas. Y, poco a poco, se van acomodando en las ramas del resguardo para recibir la noche.

EL DESBORDE ERÓTICO

Este manantial se encuentra en lo más profundo y seguro de nuestros orígenes. Es el lugar reservado y resguardado del cual brotan las

energías más sinceras y transparentes. Energías en las que podemos ver y vernos simultáneamente, como agua de río. El desborde de esta energía inaugura hilos que van tomando fuerza en esa prolongación creativa del agua buscando su rumbo.

En mi vida, esa tremenda creatividad fue encontrada por una enorme represa, como la de Chixoy. Con esta, intentaron detener, frenar y matar esa energía creativa de la vida, buscaron reencauzarla en un recorrido hecho premeditadamente para no interrumpir ni incomodar al cis-tema. Ese cauce ficticio del heterocis-sexismo compulsorio racista y el sueño capitalista de la superación de clase. Ese “cauce” se veía reforzado en momentos en los que la energía creativa intentaba romperlo y continuar descubriendo sus rumbos. Estrategia ingenua, pues cada roca, cada represa, cada reencauce al que se somete esta energía aumenta exponencialmente la entropía para adentro del río. Así, lleva al punto en el que el cis-tema se rompe, colapsa y explota por la inmensa entropía de la energía creativa contenida.

Ocurre entonces ese desborde erótico de entender que el único cauce real es el no pensado. El que nadie más recorrió, que nadie diseñó. El que es descubierto por la energía creativa a cada momento, en su transitar por los hilos de esta red de las vidas. En el que las energías se nutren en el encuentro con otros hilos de energía que tomaron distintos rumbos. En esa confluencia de los ríos desbordados de aquel manantial.

Ese desborde erótico me permitió habitar territorio-cuerpo y territorio-Tierra. Al mismo tiempo, el desborde erótico surgió del habitar territorio-cuerpo y territorio-Tierra. Así, el habitar de mi cuerpo, mi experiencia de piel me conecta en directo con el manantial, y me llena de las fuerzas y energías de mis ancestras y ancestres. Me permite abrir ojos hacia adentro y encontrar los caminos que me llenan de placer, siguiendo al cuerpo.

Entender los despojos que sufrieron nuestros territorios hizo posible que yo entendiera hoy los territorios habitados, que comprendiera las potencialidades del cuerpo y los límites, cada vez más borrosos, de lo posible. Ese entendimiento fue la clave emancipadora de mi cuerpo racializado y travestido. Desde este punto, construyo mi identidad, inspirada por esa creatividad erótica que emana del cuerpo propio, pero que no tiene sentido si este se restringe. Mi identidad es como aquel dibujo en el tejido, aquella expresión hilada que se plasma a través de la experiencia vivida en la piel tejida en la red, que consigue hilarse por la existencia de esa red, cuya ausencia implicaría una experiencia plasmada en intentos de hilar en el aire. Así entendida, mi identidad adquiere sentido solamente cuando tomamos distancia

y vemos las demás experiencias hiladas en nuestros tejidos sociales. Ya no soy por “Ser”, sino que soy porque somos. Y somos, porque soy.

Esos hilos, que tomaron sus propios rumbos tras el desborde del manantial, ahora se van acercando cada vez más. Las energías que fluían, aparentemente distantes entre sí, ahora parece que siempre tuvieron una misma intención. Inclusive aquellos que estaban más lejanos, ahora llegan a este masivo cuerpo de agua. Un océano de energías que fluye, fluye y fluye. Desde la playa parece uno solo. Pero al tomar distancia entiendo que es el resultado de la confluencia de los ríos. Todos, con una misma intención: el encuentro.

Toda esa energía, en el fluir, vuelve a la tierra. Se transforma, transmuta y se traviste. Preparándose para reunir la suficiente energía para el desborde del manantial. Que va a inaugurar nuevos hilos que tomarán su propio rumbo, con todas las fuerzas del manantial, al que se mantendrán unidos en ese río energético que fluye, fluye y fluye.

Y en esa fluidez, comenzamos.

OMEGGID

Juan Ríos Vega¹



Yineth Layevzka Muñoz. Nació en la isla de Ukupseni, una de las tantas islas en el archipiélago de San Blas. Es presidenta de la Organización Wigudun Galu, mujeres trans Gunas de Panamá.

ES UN VIERNES de quincena en Ciudad de Panamá. Roy y Santos acuerdan dar una vuelta. Quedan a eso de la diez de la noche, una buena hora para iniciar el arranque. No estarán solos. Roy no le ha dicho a Santos que llevará a dos amigos más.

1 Doctor en Filosofía de la Educación con Énfasis en Estudios Culturales y Certificación en Estudios de la Mujer y Género. El Dr. Ríos Vega ha publicado ensayos en revistas académicas y capítulos de libros sobre estudios LGBTI en Panamá. En la actualidad, se desempeña como profesor para el Departamento de Educación, Liderazgo y Consejería en Bradley University en Peoria, Illinois. <https://www.jariosvega.com/>

—Se me había olvidado comentarte que tengo dos amigos esperando por nosotros. No son *gays*. ¿Te molesta si vienen?

—Para nada. ¿Ellos saben que tú eres *gay*?

—Creo que sí.

Roy tampoco había comentado que sus dos amigos eran *gunas*. Santos era muy presumido y selectivo con sus amistades. Le encantaba comprarse ropa de marca y comer en restaurantes finos.

Una vez en la parada donde aguardaban, Carlos y Pedro se suben al carro, animados por Roy. Carlos era bajito, delgado, poco atractivo, pero tenía una conversación muy interesante; estaba bien preparado; había estudiado por algún tiempo en el Perú. Pedro, por su parte, se veía más adulto, corpulento y con apariencia de tener esposa e hijos.

Al principio, Santos no podía disimular lo incómodo que se sentía al compartir el mismo espacio con ellos. Tanto Carlos como Pedro trataron de ser amigables, pero eso no redujo su incomodidad.

Después de elegir dónde tomarse unas cervezas, terminaron en la Avenida Central. Santos, al borde del colapso, tiene su primer encuentro con la otra cara de la ciudad.

—Tengo que admitir que la Avenida Central se convierte por las noches en un lugar desconocido para mí —comenta con desprecio.

—Aquí la gente deambula por las calles como perdida y a lo que venga. Borrachos, prostitutas, vagabundos, niños solos y hasta locas —dice Carlos.

Luego de caminar unas cuantas cuadras, dan con en aquel extraño sitio. En la puerta principal hay un hombre pequeño, delgado, con acento colombiano, quien les pide sus identificaciones. El lugar tiene poca luz. Al fondo, una barra apenas alumbrada con bombillos azules y rojos. El cantinero es un hombre desdentado, de cara dura. A la derecha de la barra, está el orinal de donde proviene un tufo a alcanfor más fuerte y nauseabundo que la orina de los clientes.

Entre salsa, bachata y típico, empieza a llegar más gente al oscuro lugar.

—¡Pero quita esa cara de susto! —le grita Roy a Santos.

—Es que aquí todos son *gunas*. ¡¿A dónde me has traído?!

—Quiero que veas la otra cara de Panamá, la que poca gente conoce —lo ataja Roy ante su amago de irse.

Santos había caído en estado de *shock* al ver a tantos *gunas* amontonados en un solo lugar. A sus ojos, ese espacio parecía ser su punto encuentro, un tugurio de mala muerte en el que aquellos se saludaban de beso y abrazo a medida que entraban.

—¿Qué te parece el sitio? —le pregunta Carlos a Santos con cara muy alegre, como para probarlo.

—Es curioso ver tanto indio en un solo hueco —contesta como con asco—. Supongo que esos tres que están cerca de la barra son hombres, ¿no?

—En primer lugar, no seas tan comemierda, que son gente como tú y como yo, y has dicho indio como si fueran poca cosa. Y no, esos no son hombres. En la cultura occidental se les dice transgénero a ellas, pero en la cultura guna, ellas son *omeggid*, lo cual traducido al español sería “como mujer”.

—Es la primera vez que escucho esa vaina. Siempre pensé que eran hombres vestidos de mujer o, como vulgarmente se les conoce en Panamá, travestis.

—Un *omeggid* nace con genitales masculinos, pero tiene una orientación sexual femenina.

—Mira tú. Ahora sí que la arreglaron.

—Pues sí. Ocupan roles femeninos, son reconocidas por la confección de las molas y se encargan de los quehaceres del hogar. Pero la pobreza, el rechazo, la baja estima, la depresión y el racismo hacen que sean más vulnerables a sufrir una terrible doble discriminación: por ser indígenas y por tener una orientación sexual diferente. Tienen poco acceso a la educación sexual, de lo que resultan altos índices de VIH. Muchas tienen el virus sin saberlo.

— ¡Qué lástima! —termina diciendo Santos, fingiendo un poco de empatía. —Todos los días se aprende algo. Jamás imaginé verme aquí aprendiendo sobre las *omeggid*.

Después de un par de tragos, a Santos se le nota más relajado. Pedro, por su parte, saca a bailar a una de las *omeggid*. Como si fueran bailarines profesionales, bailan una bachata ante la mirada absorta de los presentes.

Esa noche Santos comprendió que los gunas eran auténticos en su propio espacio, donde nadie, salvo él, los juzgaba ni miraba como seres inferiores.

Mareado por el alcohol, Pedro tropieza con una botella de cerveza que se quiebra y cuyo contenido salpica a una de las *omeggid* que estaba en otra mesa con su pareja, un guna bien masculino y apuesto, quien, enfurecido, le lanza a Pedro una mirada de disgusto.

—*An akar. Imaisakussuli kusa* (Perdón. No fue mi intención hacerlo) —le dice Pedro.

—*Mer buggin binsao guenad, dodar gud suli. Boo Carlos be sigue* (Oye, hermano, no te preocupes, solo fue un accidente. Tranquilo, dice Carlos).

El gesto de Carlos no fue suficiente, pero vuelve a lo suyo. En tanto, Roy le ordena un cubetazo de cervezas a la pareja como para hacer las paces. Para su sorpresa, el hombre, aún más enfurecido, le

dice que él tiene dinero suficiente para pagarse las cervezas que le dé la gana.

Roy trató de explicarle calmadamente que su intención no era ofenderlo y le dijo que por favor aceptara las cervezas en señal de disculpas, lo cual agravó la situación.

—Es mejor que nos vayamos. La cosa se va a poner peor —dijo Santos.

—Tienes razón —secundó Roy. —Déjame avisarles a Carlos y Pedro que nos vamos ya.

—¿Y dónde están? —pregunta Santos.

—Los acabo de dejar con dos *omeggid* en la barra.

Roy les hace una seña urgente: ¡Es hora de irse! Todos salen del lugar y se dirigen al auto en completo silencio.

Una vez dentro, Carlos y Pedro empiezan a hablar de lo sucedido.

—No tenías por qué meterte. Yo podía arreglar ese problema solo —reclama Pedro.

—Tú eres más chico que ese *man*. Un solo puñetazo y pa'l suelo.

—¡Qué exagerado eres!

Carlos se bajó enojado. Caminando rumbo a la parada, se pierde entre unos arbustos.

—Estoy más que seguro de que regresó al bar —dice Santos.

—Yo también creo lo mismo —secundó Roy.

—Bueno, yo solo traté de ayudarlo —añade Pedro. —Espero que regrese a su casa sano y salvo. —A propósito, Roy, nos habías prometido ayudarnos con el pasaje. Parece que a Carlos se le olvidó.

Antes de que se bajara, Roy le dio el dinero a Pedro, quien, como Carlos, no gastó un solo centavo de su bolsillo en el bar.

—Cuando pasan estas vainas yo me cuestiono lo de ser hombres en Panamá —dice Santos.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Roy.

—Muchos saben que andan con locas, pero les vale verga siempre y cuando les paguen las cervezas, los tragos y hasta el *push*. Y después se siguen llamando hombres.

—No te hagas la bruta ahora. En qué planeta vives, niña, si esta mierda siempre ha sido así. A mí me gustan los hombres machos y no soy tortillera. O sea, que me toca pagar por el servicio —reconoce Roy.

—Como decía mi abuela, pues: “Al son que me tocan bailo”.

—Así es, manis, de verdad que tu abuela era bien sabia.

Roy lleva a Santos a su apartamento en Los Libertadores. Aproximadamente una hora después, le textea para decirle que Carlos lo había llamado desde el cuartel: se lo habían llevado preso por escándalo público en un bar de la Avenida Central.

PARTE 2

NACIÓN Y SUJETXS QUEERS

LA PATRIA LO VALE

Jesús Cárdenas¹

Ilustraciones: Nani Nanu²



1 Profesor de Castellano y Literatura, Cultura y pensamiento latinoamericano, Historia y literatura de Costa Rica. Observador asiduo de propuestas escénicas. Cinéfilo en formación. Bailarín e intérprete aficionado. Escritor, de vez en cuando. IG: [@jesuscduran](https://www.instagram.com/jesuscduran)

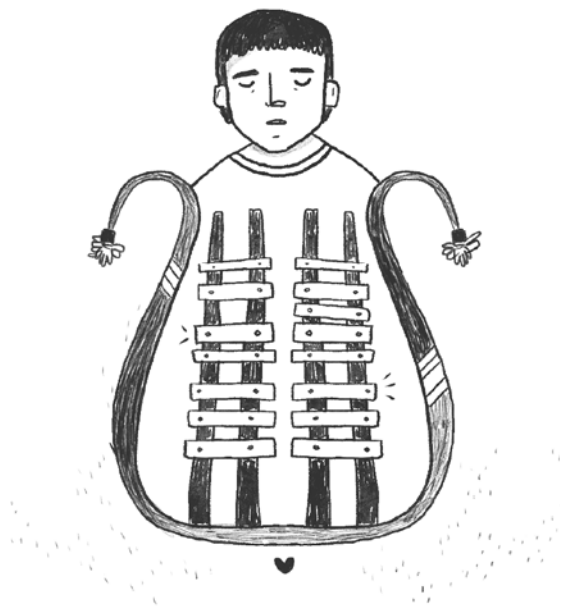
2 Ilustradora y diseñadora gráfica. Encuentra satisfacción leyendo cuentos y llenando su cabeza de imágenes que, de vez en cuando, decide traer al plano físico. Su afán en ilustrar se basa en recordar y que la recuerden. IG: [@nani.nanu](https://www.instagram.com/nani.nanu)

TENÍA UN OÍDO PRODIGIOSO, unas manos hábiles y muchas ganas de hacer música. Además, tenía un sentido patriótico envidiable y, cuando tenía 15 años, en noveno año del cole, decidió participar en el desfile del 15 de setiembre; quería tocar la lira.

Me detengo. La lira es un instrumento originalmente de cuerda, con forma de ábaco que se interpreta a dos manos y que, en la antigua Grecia, era símbolo de la unificación del estado ciudadano. También es el símbolo de la poesía lírica.

La lira que el músico prodigio de mi colegio interpretaba no era de cuerdas. Era una estructura en forma convexa que contenía pequeñas láminas de metal configuradas de manera estratégica y que eran golpeadas suave, pero determinadamente, por quien la ejecutase.

Ahora, parece ser que el sentido patrio, el oído musical y el talento no eran suficientes para ser digno merecedor de interpretar “la Patriótica costarricense” en el desfile del Día de la Independencia. La lira siempre había sido ejecutada por mujeres —a alguien se le había ocurrido esta norma— y cuando el joven talento le rindió tributo a la Patria fue objeto de burlas y agresiones hasta el día de su graduación. Tuvo suerte, la Patria no le quitó su título, solo le quitó vida.



MANIFIESTO TRANSURBANX¹

Pherra Divancci (Luis Alonso Rojas Herra)²

ESTE MANIFIESTO es una declaración pública de principios e intenciones anti-naturales para un devenir de una política nacional de des-culonización. Escrito en un lenguaje soez por que la violencia y

1 *Notas aclaratorias:* Quinto componente de un manifiesto trans-urbane: este texto es un conato de esfuerzo por des-articular discursos hegemónicos producidos desde la academia en la disciplina de la arquitectura y el urbanismo. Es una propuesta intertextual pensada desde las distintas experiencias de vida personal que me interpelaron durante el proceso de investigación urbana con personas que se enuncian desde la disidencia por identidad y orientación sexual no hegemónica, que he llevado en los últimos cinco años de mi vida profesional.

La intensión principal del texto es colocar y descolocar posturas privilegiadas que se reproducen desde los espacios de la hegemonía, con el fin de interpelar y reconocer otros discursos que contribuyen a la producción de los espacios urbanos que han sido invisibilizados históricamente desde la injuria.

Lo “trans” se concibe como una palabra que tiene gran potencial en términos del derecho a la ciudad. Se entiende como la capacidad de todes les ciudadanes de transformar (hasta transitar de manera fluida) nuestras ciudades en espacios más representativos y accesibles para todas las personas construidas como la otredad. Sin que esto implique un proceso de homo-hetero-normalización del cuerpo y los afectos de la disidencia sexo-género hegemónico.

2 Labora como profesional independiente en consultoría de diseño arquitectónico e investigación del paisaje social en LARH, donde ha publicado varios artículos sobre teoría cuir y urbanismo, trabaja como Investigador del Centro de Investigación Cultura y Desarrollo (Cicde) de la Universidad Estatal a Distancia (UNED) Costa Rica. Es licenciado en Arquitectura de Universidad Veritas, cursa actualmente el posgrado en Paisajismo y Diseño de Sitio de la Universidad de Costa Rica (UCR). También, labora como docente universitario en varios centros educativos privados del país desde hace más de cinco años. Ganador del segundo lugar en la categoría investigación de la Bienal Centroamericana de Paisaje. Reside en San José, Costa Rica. Irojash@uned.ac.cr / IG: @pherra.divancci

la discriminación que ustedes heteronormados capitalistas privilegiados ejercen sobre nuestras cuerpos no es políticamente correcta. No vamos a permitir que privaticen nuestras injurias. Así que léalo fuerte y claro neo-progre-facho: “No nos interesa su superficial orden capitalista que rige su aburrida existencia heterosexualizada”.

Nuestro posicionamiento es claro, los playos, las tortilleras, l@s travestis, las weisas y cuanto subnormal abyecto más que no tenga cabida en sus sistemas de representación hegemónica no tenemos respeto ni afecto por sus formas indecentes de producir, y generar “respetabilidad” y “Honor”, basados en la deslealtad y el engaño de lo que ustedes llaman principios.

Para nosotras, reapropiamos del culo implica extender los límites de nuestra corporalidad territorial más allá de los bordes impuestos por la hegemonía. Para ustedes, el orto opera como un lector de banda magnética para almacenar una cantidad ilimitada de actos de corrupción que se pasan por el culo.

Su sentido de lealtad viene con obsolescencia programada incluida, y su vida útil depende de la demanda y oferta de sus propios intereses individualistas. Su sentido de integridad dura lo mismo que el sonido del chip de la tarjeta de crédito pasando por el datáfono. Misma tarjeta que utilizan para comprar dignidad, porque esa es la única forma que encuentran para enfrentar conflictos y comprar estima, mercantilizando el respeto.

No debemos seguir permitiendo que el valor de los playos, las tortilleras, los travestis y cuanta weisa más que no tenga espacio en sus sistemas de orden heteronormativo se siga midiendo bajo parámetros de bergómetros patriarcales y capitalistas. No ocupamos los desechos de sus vidas heterosexualizadas disfrazada s de caridad.

No queremos estar dentro de su sistema misógino y machista de mierda. No deseamos tener representatividad dentro de sus juntas vecinales compuestas por faches heteronormados. No nos interesa sentarnos en la misma mesa con acosadores, violadores, pedófilos, agresores, ladrones, machistas y fascistas, no vaya a ser y se nos contagie su corrupción.

No esperamos que personas transgénero VIH migrantes en condición de calle sean representantes de la Junta Directiva del Banco Mundial (BM) o el Fondo Mundial Internacional (FMI). Nos urge que el Banco Mundial y el FMI dejen de existir. Para lo único que queremos utilizar sus consensos es para limpiarnos el culo, porque nos valen mierda. Nosotres tenemos nuestros propios consensos. No vamos a permitir que más lesbianas y homosexuales progres, que se ven y viven como heterosexuales, sigan lucrando con nuestra miseria, liderando y promoviendo todas esas pendejadas que llaman iniciativas

ciudadanxs para gente bien, desde el privilegio. Ustedes no son dignos de llamarse playos, tortilleras, travestis ni weisas. Debemos detener el beneficio que le generamos a la hegemonía haciéndole entender que su orden de vida no es digno de nosotrxs.

PRÁCTICAS ANTI-CIUDADANXS (LA ECONOMÍA CUIR)

No queremos acceder a los bienes y servicios de una ciudad heterosexualizada, si para eso tenemos que anular nuestras existencias y seguir complaciendo las suyas. Vamos a resignificar sobre cada uno de los espacios que nos han negado.

Podemos liderar y autogestionar nuestro propio territoriANO. De manera colectiva, les vamos a enseñar, a ustedes heteronormados, como variar la operación, porque esa es la mayor capacidad corporal que tenemos la: Trans-formación.

Por eso, debemos seguir construyendo una red fractal lubricada de cientos de cuerpos multicolores, multifuncionales, que evidencien la diversidad de un devenir trans-revelador que permita potencializar nuestros afectos hacia un urbanismo Torti-trans-playisino.

Nosotres configuramos y distribuimos el espacio bajo una dialéctica geo-espacial des-territorializa de la corporal anti-estética propia. No ocupamos paisajistas ni urbanistas privilegiados que vengan a decirnos cómo embellecer y homogenizar lo máspreciado que poseemos: nuestra ecléctica diferencia.

No vamos a permitir que nos expulsen más de nuestros espacios, de nuestro territorio: El cuerpo. Ustedes son los que van a querer huir cuando oigan el estruendo generado por nuestros ortos megadilatados succionando cuanta basura patriarcal se nos atravesase en la calle. La emancipación es nuestra y la vamos a re-direccionar hacia donde nos dé la gana.

Vamos a tomar la periferia, ese no lugar donde ustedes creen que somos infelices. Vamos a dominar desde el borde, vamos a construir colectivamente un muro contención de glandes y vulvas ciborg-metamórficos para que ustedes no entren.

Nuestra mayor participación ciudadana será continuar cogiendo en espacios públicos, usarlos y abusarlos. Nuestro mayor emprendimiento será seguir llenando de semen las aceras donde ustedes mismos nos acosan, violentan y matan.

Nuestra mayor utilidad es la capacidad de dilatación corporal que nos permite aprovechar cada uno de los hoyos de nuestras cuerpos para producir distintas formas de placer no heteronormadas. Nuestra unidad de medida de satisfacción no es dicotómica ni estandarizada. Ni se expresa en binarismo aburridos.

Vamos a consumir líquido pre-eyaculatorio donde y cuando nos dé la gana, en esta y en todas las ciudades que nuestro culo visite. Vamos a fertilizar sus huertas urbanas con nuestros fluidos corporales. Y vamos a autogestionar el placer con papayas, plátanos, mango y cuanto vegetal más se nos ponga por delante.

Tenemos nuestras propias formas de generar anti-capital y amamos que no estén avaladas por ustedes ortodoxos heteronormativos. Generamos nuestra propia economía cuir de manera autogestionada, nuestra moneda son los fluidos seminales, nuestra transacción es corporal y nuestra mayor plusvalía es el afecto.

Tenemos nuestras propias formas de generar y acumular vínculos sentimentales horizontales. Nuestros bienes y servicios son patrimonio intangible del gran Estado Nación de la vulva liberadora, que le concede autonomía y representatividad a nuestros cuerpos y afectos.

La economía cuir permitirá seguir produciendo más prácticas anti-ciudadanas que atentan contra los regímenes fundadores del mito del Estado Soberano heteronormativo neoliberal. Nuestro capital es la acumulación de una diversidad de prácticas de resistencia anti-heteronormativa:

- No queremos ordenamiento territorial, queremos desorden des-territorializado.
- No queremos planificación urbana, queremos desprogramación sistémica civil urbano-rural.
- Mientras hablan de movilidad urbana, nosotras nacemos en desplazamientos constante de nuestro cuerpo y del territorio.
- Ustedes descubren lo nómada, nosotras nacimos sin sentido de lugar.
- Ustedes proponen integración modal, nosotras proponemos desintegración del modelo falo centrista urbano neoliberal.
- Ustedes hablan de conectividad urbana, nosotras les proponemos un *sounding* uretral y anal masivo de desviades, deprava-des y adyectes.
- Mientras ustedes se re-apropian del espacio público, para nosotras es nuestro espacio de trabajo.
- Ustedes dicen rescate de los espacios residuales, para nosotras es hogar.
- Para ustedes cada esquina, debajo de un árbol, un lote vacío y cualquier espacio sin uso es un potencial parqueo, para nosotras es potencial hotel trans-migrante-ecológico.

- Mientras ustedes empoderan comunidades marginales, nosotras vamos a organizar *flashmob* de flagelaciones masivas en iglesias y en la academia.
- Ustedes hablan de procesos comunitarios participativos, nosotras proponemos gang bang urbano de retardadas y marginales a pelo.
- Mientras ustedes diseñan dispositivos para intervenir el espacio público, nosotras vamos a organizar *fisting* masivos por años multicolor bio-mecanizados y bien sucios, en los parques de moda de los barrios gentrificados.
- Ustedes llaman laboratorio urbano experimental a sus talleritos verticales de diseño en las escuelas de arquitectura, nosotras le llamamos chinchorro marginal anti-innovador en tierra dominicana, en la Zona Roja, y está constituido por cualquier cuerpa divergente del sistema sexo-género hegemónico
- Mientras ustedes gestionan sitios de reunión para la cohesión social, nosotras construimos redes de dispersión y repulsión anti-capitalista, interconectadas por espacios cyber-trans-fluidos.
- Ustedes responden con indignidad hacia nuestras dinámicas sociales, nosotras les recordamos que su papá, su jefe y el sacerdote de su comunidad nos pagan por estimularle el culo con nuestros dedos vibradores antes de penetrarlos.
- Ustedes responden con violencia sobre nuestros cuerpos, nosotros les vamos a ofrecer fuentes de recursos inagotables de estimulación anti-patriarcal, para producir placer en miles de maneras que ni siquiera imaginan.

DEL POR QUÉ RESULTA MÁS FÁCIL ODIARME QUE AMARME

Amalia Darién Leiva¹

“Querido lector, quizás esta sea una de las primeras veces y de muchas otras tantas que faltan en las que sabrás de una mujer trans hundida en las letras, permíteme que esta vez sea yo. A lo largo de la vida construyendo nuestra identidad resulta más fácil morir que vivir o a veces llorar que sonreír, aquí te explico del por qué las letras son el mejor refugio para mis emociones. La mayoría de las sociedades en América latina me han encajonado en ser un cuerpo de consumo para el goce y placer masculino heteronormativo, marginada en un salón de belleza o simplemente siendo una soberana de la calle. Por alguna razón más allá de la evidente a nosotras se nos ha prohibido amar o ser amadas, existe más sentimientos radicales en odiarnos que en amarnos y justo en este punto te dejare uno de los poemas que escribí mientras comprendí el precio de mi realidad y condición.”
Anónimo romance ufano a D.P.

¿QUIÉN DE INMENSAS gracias conoce?

La labor de tu inmenso sentido; atrapada contra la pared de tu entendimiento, tú que le quitas el sonido a las palabras, que cuando hablas me das vida y callado me das muerte.

Guardo con loco fervor los favores de mi razón a los pedidos de tus deseos, acorazada en mis manos es tu vida un holocausto, una quimera, utopía sin fin a lo largo de mi camino. ¡Quiera esta vida coronarme entre tus dedos el laurel divino de victoria!

1 Mujer transgénero, activista de derechos humanos y escritora.

Dame la vida con un suspiro, dame existencia, pulso y sentido a todo esto que se va volviendo piedra en mis silencios.

Tú, guardián de corazones, expresión afable de mis nobles versos, tú, heredero de mi amor; déjame ser un latido sobre tu pecho, una mueca sigilosa de ternura, una noche entera mecida en una cuna.

Canción anunciada que se derrama sobre un manto iluminado de esferas,

Reflejo de mis penas,

Profundo abismo donde ceden mis impulsos,

Escondite de lluvias, relámpagos y truenos

Ojo de huracán en el interminable océano

chispa y llama de mi consciencia

Fortaleza inexpugnable de cadenas

Último suspiro, ramito de esperanzas

Latido sobre tu pecho, ¡oh noble arcángel amado! Forjare la promesa en medio de mis preces y ensalmos, que por ti el vivir es verbo y el existir sustantivo.

BREVE SELECCIÓN

Jorge Campos¹

CONDENACIÓN

Me dijeron que no existe un Dios
que abrace a hombres que se entregan a otro hombre,
que no he hecho más que enterrar el puñal
de la mentira en mi pecho hueco
donde habitan mil plegarias anónimas;
la voz del pecado no reverbera
en este templo de columnas agrietadas.

¹ Managua, Nicaragua 1987. Poeta, narrador y economista. Co-creador del espacio virtual *BreveMente* minificciones. Autor de *El muro abierto* (Casasola, 2021) y *Ruinas del Árbol* (Managua: 400 Elefantes, 2017). Director y editor de *Vórtice* (2012-2015). Ha publicado en revistas electrónicas e impresas latinoamericanas y europeas. Seleccionado para aparecer en antología del IV concurso de microrrelatos eróticos (Ediciones de Letras, España, 2016), en la V Antología de relatos eróticos (Ediciones Con Talento, España, 2016), en *Tierra breve: Antología centroamericana de minificación* (INDOLE Editores, El Salvador, 2017), y en *Las huellas de las hormigas: muestra colectiva de minificación contemporánea nicaragüense* (Parafernalia Ediciones Digitales, Nicaragua, 2020). Sus poemas han sido traducidos al italiano y griego. Actualmente, escribe desde su blog personal “manual del desasosiego”. www.manualdeldesasosiego.wordpress.com

Me dijeron que el Verbo no da tregua
a quienes estallan actos
de amor, y abrazan su reflejo en las llamas
del reino sin nombre.

Me dijeron que el pene es envuelto por el Diablo
bajo el manto de la bruma del engaño,
como títere de madera gruesa y dura
que se arrastra y succionan
demonios en un teatro antiguo.

Dijeron que soy solo una infame presa
empañada de pensamientos confusos
hasta reducirla a muerte;
muerte del madero de brazos abiertos
que se erige en el patíbulo de los tres acusados,
muerte de las aves acorraladas en un campo de minas,
muerte en las llamas de la hoguera de la blasfemia,
muerte de la vida sedienta de amor mutilado,
muerte de la farsa de un cuerpo débil del oprobio,
muerte desde el centro de las olas que rompen en mi boca contenida
por besar.

No existe alma, no existe
la voz sempiterna que habite el hueco del pecho.

Un golpe frío en el misterio de la noche
me despertó y acorraló en una esquina de mi cama,
y como despojo temeroso de una epifanía
el relámpago de una voz de fuerza insondable me dijo:
“Yo no soy de este mundo”.

Agosto 2014

RESURRECCIÓN

Soy marica.

Me gusta lamer vergas y culos medio dormido
cuando el frío besa mis pies
con el morbo de los muertos

Me gusta coger en lugares públicos
sobre la grama bajo la sombra de un madroño olvidado
al borde del gemido de una avenida atascada

y retar al azote de la justicia
que venga demonios extintos en mi espalda

¡Marica!
Me gustan las patadas
en el pavimento ardiente
y los “acompañeme a la salida”
después de un beso con lenguas erectas
deseosas de diversos bultos

Soy blanco anónimo de balas
que lanzan uniformados y me penetran
oculto en la niebla opresora de gargantas

Soy puta amanecida con el sexo desgarrado
y la cara partida
después de un trago en el infierno del poder

Un marica degenerado
flotando en la cuenca de un río
brotando del maíz con el culo empalado
para ahuyentar a los cuervos del odio

Un mismo marica sobre la mesa
con la verga cercenada escupiendo veneno
colgado de un puente que nadie transita
o en el altar engendrando hijos
a punto del ultraje y abandono

Un marica
sin flores en su tumba de exilio
ruega el desprecio de sus oraciones
y un féretro abierto e inadvertido
donde un canto de victoria se eleve
el día de su resurrección
por encima de estas piedras.

Noviembre 2017

FOLKLORE

También soy otro anónimo en stop-motion
cuyo tórax carga un blanco de tiro
que alcanzan paramilitares en el campo

y perforan su espalda cuando teme voltear
para no convertirse en otra mujer de Lot.

Soy un puto lanzado a un cauce
con el culo desflorado, el cuello atado y la boca ahogada
después del sueño de la liberación.

El grito fue nada porque a nadie alcanzó;
la noche y tiniebla somos todos.

Noviembre 2017

LA CIUDAD ESCONDIDA

*“Las distancias apartan las ciudades,
las ciudades destruyen las costumbres.”*

J. A. J

Una ciudad se esconde. Si no fuera por los saltapiñuelas que buscan asilo allá al otro lado del volcán Momotombo que protege al lago, se enfrentaría al apacible abandono. Llegaban amantes, ahí, alejados del ruido, detrás del cerro, a explorar sus manos y amasar sus cuerpos en el suelo cubierto de flor de malinche, lugar donde se es más fácil amar. Ahí se esperaba una palabra que alimentara la esperanza en secreto de un amor inagotable, aunque por caprichos de la vida jamás sucediera. De pronto, desde la lejanía, se escuchaba el murmullo del lago mientras se penetraban y hacían de sus cuerpos nuevas colonias; la conquista donde su bandera se izaba imponente entre gemidos. El hálito de brisa y el trino alegre de una bandada de saltapiñuelas develaban la tarde y pintaban olas tenues en el cielo. Ambos reconocían sus cuerpos desnudos con labios húmedos, como si el cuerpo fuera lago. Nadie más encontraba esta ciudad si no era por error de camino. No existía el temor a ser vistos, eran pocos los que entraban y reconocían en ella el campo de victoria donde la tierra calla ante la vida que sucede de pronto, salvo los pájaros cantores que regresaban a sus casas. La lista de los nuevos amantes que llevaba a la ciudad escondida se ampliaba como árbol de muchas ramas, sin que uno se diera cuenta del otro. Se entregaban en silencio donde se oculta la tarde del lago, donde sus nombres permanecen en exilio, y la libre existencia vence al miedo.

Septiembre 2014

COMO HULE TOSTADO AL SOL

Greivin Solano¹

DESDE LOS CINCO que recuerdo, me encaramaron las botas, por obligación y no por deseo; para aprender a ser humilde y valorar. Siempre se sintieron toscas, pesadas; aún no teniendo vida, parecía que hacían mucho mejor el trabajo de lo que yo algún día pudiera, supongo que habían nacido para eso. Pobres ellas, no quien las llevaba.

1, 2, 3, 117.... ¿Cuántos racimos más de plátano faltan cargar en la espalda para poder correr a quitarme esa fastidiosa mancha?, la que mami no pudo quitar con cloro, porque no se podía y que recuerda constantemente que se debe ser humilde y hay que aprender a valorar. Por dicha de la piel y las uñas, con paciencia y una fuerte restregada, se volvían invisibles. Invisible no quiere decir que no exista. Ya van 28 años.

Se volvieron un hule tostado al sol.

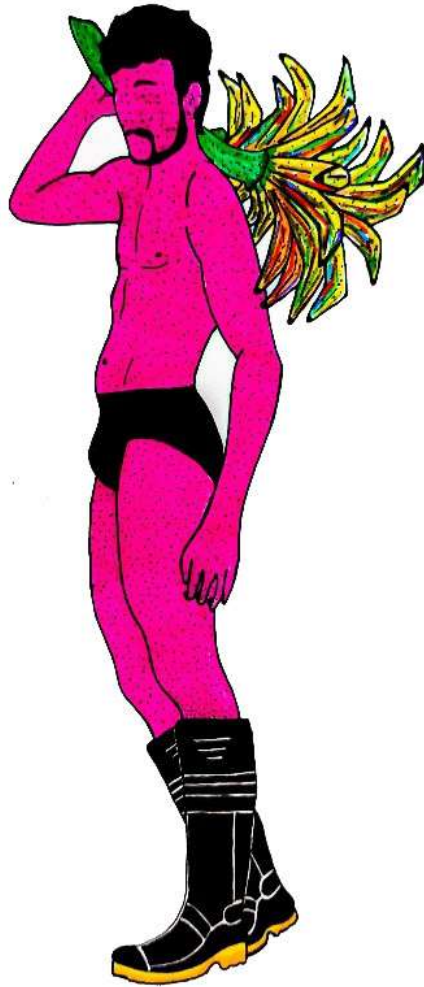
Ya no cubren dos piernas criollas con marcas de granos por el piquete de las hormigas. Ya no hay que lavarles el barro en la pila de afuera. Ya no hay que apretar los dedos y embarrarse manteca de chancho en los talones para que resbalen en ellas.

Ser humilde y valorar. Entiendo que se me meta tierra en las uñas, pero no quiero que se ensucie mi comida. La merezco deliciosa.

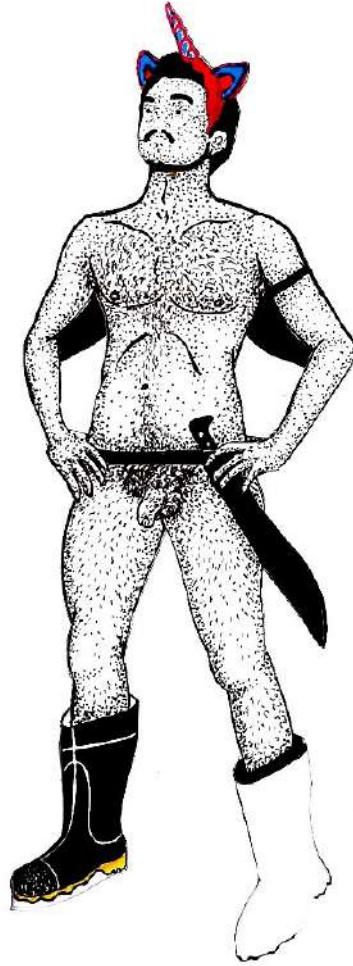
¹ Costa Rica. Psicólogo por profesión, artista por convicción. gsolano311@gmail.com / IG: [@Playorural](https://www.instagram.com/Playorural) (arte de playo, hecha a mano).

Más allá del erotismo, un reflejo de ideas de lo que significa ser playo en América Latina, tomando elementos de la fantasía, la masculinidad y la ruralidad.









PARTE 3

**DESAFIANDO LA
HOMONORMATIVIDAD**

ACUARELA DE OTOÑO

Lu Gilberto De La Rosa

LAS HOJAS SECAS de cálidos colores que se van desprendiendo de las ramas y adornan el suelo de aquel vigoroso árbol, me traen la brisa fresca de otoño. Las montañas se abrazan al mar en infinita lejanía y dos siluetas aladas surcan el cielo. Acaricio con el pensamiento la hierba a medio secar, mientras las gotas de rocío me besan la sien.

Contemplo la imagen mientras estoy acostado en la parte superior del camarote que me acompañó durante los sofocantes días de mi juventud.

Alguna vez he intentado pintarlo sobre un lienzo, pero el desgaste del recuerdo con el pasar de los años me lo impide.

En la misma posición sobre la cama, cuatro paredes me envuelven, mientras ese pedazo de zinc pela'ó me mira impasible.

Pegado al metal, se encuentra el póster de una de las tantas revistas que recogía mi abuela en casa de los patronos, cuando ya no las querían.

Como dulce recuerdo de infancia, los cálidos tonos de la imagen otoñal se quedaron atrapados en mi memoria. La vida y la muerte se tropezaban por los rincones vacíos de mi mente, como si no tuviera ningún dominio sobre ella.

Mientras la disputa por colonizar mis pensamientos se da, el cuerpo, que se observa inmóvil desde afuera, contempla el paisaje de colores.

El reloj marca las doce y media de la noche. Afuera, los vecinos, que habitan las madrugadas con su equipo de sonido a todo dar, danzan bajo el sereno, al compás de:

*“Los caminos de la vida
no son como yo pensaba
como los imaginaba
no son como yo creía”*

Pesan sobre mi espina dorsal las letras de ese ballenato lastimero y desgastado.

Un grito con sorna se levanta sobre el estruendo de las cuatro bocinas que estremecen sin compasión los techos metálicos de las casas apiñadas en la calle Cuarta de Nuevo Tocumen.

“¡Al que no le guste, que se mude!”.

—Ella cree que tiene a Dios agarrá’o por los huevos porque vende chance clandestino. —decía mi madre cada vez que la escuchaba impregnar el ambiente con su chacalería.

Un viento frío acecha la madrugada mientras la bulla sigue.

Las horas se arrastran entre pasos de baile tambaleantes, incitados por tragos de seco con leche¹.

Sintiendo el peso de la vida en los ojos, pienso: “Tengo que pararme a las 4 a. m. para ir a la escuela.”

La música desciende lenta a medida que avanza la noche, mientras las últimas notas se cuelan en el cuarto lleno de vida que ronca a pecho abierto.

La polifonía penetra la madrugada, mientras vierto mi resignada frustración en un suspiro.

Un llanto de hambre irrumpe en el congestionado cuarto.

—¡Metete la teta a ese chiquillo! —pronuncia la voz de mi hermano.

—¡Callate cuequito! —responde mi hermana mayor.

—¿Quién te mandó abrir las piernas, zorra?

El recién nacido succiona desesperado la teta.

1 Seco es un licor nacional de Panamá que las personas mayores mezclan con leche de vaca y hielo.

La discusión viaja rápidamente por entre las hojas del cielo raso, y llegan hasta el cuarto de nuestros padres, que no tardarán en venir con la correa.

Suspiro. Normalmente me hago inexistente. Hablo poco, duermo mucho. Nadie escucha. Ahora la situación es ineludible, no es conmigo, pero no tengo a donde escapar.

Entre todo el bullicio que me rodea, una voz cálida me susurra:

—No te rindas, mi amor. Todo mejorará.

—Ay, abuelita Bere. —Respondo con el desánimo propio de quien aprecia la amabilidad de las palabras de aliento, pero no tiene un marco de referencia que le permita pensar en que esa posibilidad es real.

En la cocina, el trasteo se enciende a las 3:45 a. m.

Los números rojos y brillantes resaltan en la oscuridad, parecen rocodearse: quince minutos para que suene el despertador.

No he podido dormir nada; tal vez, algún puñado de minutos entre estruendos y sobresaltos.

La abuela Berenice, que está en casa estos días, prepara con ahínco el desayuno. Me precipito animado a su encuentro por tener un rostro amable y sumergirme entre los olores que acompañan su cocina, el olor del café recién hecho me acaricia la nariz.

Aroma que estará permanentemente unido a su recuerdo.

El café y la incitante fragancia a falda frita que acompaña a una hojaldre crujiente.

El cielo de la boca se me hace agua por comer ese sabroso desayuno que enciende el placer y revive la esperanza, y porque me estreche contra su pecho perfumado de culantro, cebolla y miel.

Sé que cuando vuelva de mi somnoliento día de escuela, ella ya se habrá ido. Probablemente pasarán meses antes de que vuelva a tener el consuelo de su presencia.

Esa tarde. Regreso de clases confundido y atontado por el sueño, pero animado por comer un rico almuerzo preparado por mi abuela: tal vez un arroz blanquito con lentejas, ese pollo guisado que solo ella sabe hacer y tajaditas maduras o, quizás, si tengo mucha suerte, una de sus increíbles lasañas de pollo o de carne.

Al cruzar el umbral, recuerdo que ya se ha ido.

Decepcionado y aturdido de sueño, me recrimino por ingenuo.

Restriego mis ojos con ambos puños, empiezo a sollozar y me duermo sobre el sofá.

Muchos años después, cuando mi abuela ya ha partido a las profundidades de la tierra a descansar de su dura vida, la encuentro en sueños, a veces, debajo del palo'e mango, junto a la quebra'.

Mujer de figura inquebrantable, mirada fresca, pura como su recuerdo en mi subconsciente, que me permite volver a ella algunas noches.

Entre ademanes y una tangible seriedad, parece hablarle a la hileira de tallos de plátano, que la escuchan con asombro y atención.

Me acerco a cierta distancia a escuchar:

—Aquella tarde, mientras iba de la parada de buses del Puente Rojo hasta la casa, acelerando el paso, me dispuse a caminar, pues se me hacía tarde para llegar a cocinarle a los pelao's, venía un ramo de flores negras volando a toda velocidad, sostenidas por una mano que pasó rozando mi oreja. El roce de ese bulto flotante me espelucó to 'el cuerpo.

La angustia y la vereda se hacían eternas. A medida que avanzaba, observaba a lo lejos que la casa frente a la escuela República de Corea estaba encendida en llamas. El fuego alcanzaba varios metros de altura y ardía con una intensidad que me tostaba la piel, lo raro fue que al acercarme la candela perdía fuerza hasta desaparecer.

La angustia me apretaba los intestinos —relata mi abuela—, cuando más adelante justo antes de llegar a la casa de Xiomara la tetona, como le decían en el barrio, súbitamente el cielo se oscureció y quedó dominado por la absoluta oscuridad.

Hubiese creído que todas esas cosas habían sido producto de mi imaginación —continuaba relatándome mi abuela, ahora sentada a mi lado en el pequeño sofá de su casa, como si le pareciera lo más natural esa extraña forma de teletransportarse que solamente nos ocurre en los sueños— de no ser porque al llegar a casa, tu madre, chiquita, de unos cinco años, salió ahogada en sollozos y mocos a decirme que a Mireya, mi hija mayor, la había arrastrado una ola arrancándole la vida, llevándosela para siempre de nuestro lado y acarreando también la culpa de ser la única confidente que tuvo Mireya antes de irse sin permiso a la playa. Comprendí de mala manera, ese día de oscuridad forzada, que la vida es fugaz. Tuve que armarme de valor para no dejar que mi cuerpo se extinguiera, pues tenía que terminar de criar sola a mis otros hijos.

Podía, a pesar del dolor, darme el lujo de perder a una hija, pero no a los seis que aún vivían.

Cuando no ocupaba mis pensamientos en amasar una libra de harina de trigo, dos cucharaditas de sal, dos de azúcar, dos de levadura y dos tazas de agua tibia para estirar los pedazos de masa lo máximo

posible antes de echarlos a la paila de aceite caliente —dice mirándome a los ojos con tristeza—, para que los seis hijos que me quedaban vivos pudieran desayunar, aunque fuera unas hojaldres calientes antes de irse a la escuela, la muerte se paseaba por los rincones de mi mente.

Despierto de mi extraño sueño cuando la radio se enciende sin que nadie la toque; el dial empieza a moverse hasta sintonizar una canción de Daniel Santos, alardeando de su majestuosa voz, al mismo tiempo que escucho a Bere entonar junto con el receptor:

*“Perdón
vida de mi vida
Perdón
si es que te he faltado
Perdón
cariñito amado
ángel adorado
dame tu perdón.”*

El espectro le canta a su niña ahogada con melancólica pasión frente a mí, aunque mis ojos no la ven, la escucho.

—No existe ni existirá jamás algo más efectivo para curar la tristeza que un buen sancocho de gallina —declara aquella voz con su maravillosa e invisible presencia, que empieza a dar instrucciones que yo obedezco, sin reparar en lo insólito de la situación.

Enciende el fogón. Limpia el pollo. Llena la olla sopera hasta la mitad de agua.

Cuando el primer hervor de agua se da, añade sal, el pollo en trozos y sin piel.

En el momento en que la textura pasa de rosado a una apariencia blancuzca por la cocción, limpia el caldo pasando suavemente el cucharón por donde se concentran las impurezas y agregas: ñame, oteo y orégano hasta que los tubérculos se ablanden.

La cebolla, el culantro, el perejil, el apio —y las muchas gotas de amor que nunca faltan en sus recetas— se dejan hasta los últimos cinco minutos antes de apagar la sopa.

El olor de aquel sancocho a la leña me transporta a los días en que íbamos de visita a su casa. Esa casa sin repello, sin cielo raso, sin pintar, refrescada, en cambio, por los palos de mango calidad que la rodeaban y donde todos los que llegaban recibían un buen plato de comida.

Me paseo entre las gallinas, que apuradas se atragantan de bichos a la vez que todo lo cagan.

También criaba palomas, decía que en ciertos casos y bajo extremo cuidado, una sopa de paloma tenía el poder de levantar a un muerto de su cama.

Entonces, mi abuela que fue bendecida por la sabiduría de las tierras de Carabalí. Arriba, en las montañas de Veraguas, me sienta a su mesa, me alimenta y me sana.

Cuando doy el primer sorbo a la sopa, aparece frente a mis ojos aquel rostro dulce, intacto ante el tiempo que ya no pasa para ella.

Brotan lágrimas de felicidad, el calor de la sopa y su sonrisa hacen que el amor se encienda en mi pecho, como una llama que no ha de morir ni siquiera con el frío de la muerte.

El día de su muerte, recibí una llamada para acompañar a la familia en las honras fúnebres. Llevaba mucho tiempo desterrado de la familia, primero por marimacha y luego por salir del closet como hombre trans.

Mi madre nunca soportó la vergüenza ni el qué dirán de los vecinos.

Ese día intenté llorar tras recibir la noticia, pero no pude, me sentía culpable de no haber estado junto a ella en sus últimos años.

¿Cómo era posible no derramar ni una lagrima por mi abuela querida?, me sentí malvado, me castigué por ello y cansado de dolor, me dormí.

El vaho del perfume que usaba cada vez que iba a un entierro; el perfume de la muerte, lo llamaba yo.

Está aquí invadiéndome, lo tengo impregnado en la piel. Es un olor que reconozco aún dormido.

La calidez de la imagen me alerta, entorno los ojos y ahí está ella. Sonríe ahora de cerca.

Revisa entre su sostén derecho, que usaba como bolsillo secreto, y saca un pañuelo lindamente bordado.

Me seca los mares y me calma con su candidez.

Nunca la había visto tan bien arreglada. El único atuendo que le conocí era un delantal.

Hojas con los colores del fuego adornan su cabeza como la copa de un gran árbol en otoño, extiende su mano repleta de pensamientos amarillos que parecieran crecer de su palma, sopla, se desvanecen las flores y aparecen en mi mente palabras que no son mías: Pasé gran

parte de mi vida pensando en la muerte, apenas ahora que descanso, me doy cuenta de que perdí el camino, que no te pase a ti, mi amor; ahora es tiempo de vivir —aseveraba en inmensa paz mientras se desvanecía su imagen—.

Despierta mijo.

Debajo de un gran almendro se cuelan los rayos de sol entre las hojas amarillas y rojas, pero mayormente verdes, frente a mí el gran mar de Las Lajas se entrega por completo.

Atardece en el Pacífico.

Hoy, las tardes, sobre todo esas en las que el cielo de colores acuarelados, me trae los recuerdos como un *déjà-vu*, salvo que esta vez traigo impregnado en las entrañas un deseo incontrolable de: respirar, resistir y vivir.

OTRO PERFUME¹

Ronald Gerardo Hernández Campos²

JULIO RECORDÓ que el olor de la piel de Diego había sido dulce en otro tiempo, de una manera que le parecía incomprendible, ya que su pobre olfato poco desarrollado siempre lo hizo sentirse en desventaja con respecto a quienes lograban distinguir a su pareja por su olor. No es que Diego fuera su pareja, ni mucho menos algo parecido, sin embargo, de algún modo, cuando lo besaba, o se encontraban sus cuerpos piel con piel, había un cierto aroma, una fragancia dulce que despedía el sudor de Diego y que encantaba a Julio de una forma inexplicable, por lo cual jamás había podido resistir la tentación de compartir un rato de placer con él: ni antes, cuando Julio estaba enredado con un señor acomodado que le resolvía la vida, ni ahora, con el agravante de morir con solo estar en el lugar equivocado con el asintomático

1 El cuento "Otro perfume" pertenece al cuentario titulado *Sauna*, publicado en 2023 por Uruk Editores. <https://urukeditores.com/libros/sauna/>

2 Escritor costarricense. Nació en San José, en 1989. Graduado en Enseñanza del Castellano y Literatura y Filología Española, ambas carreras en la Universidad de Costa Rica. Ha publicado textos de narrativa y poesía en diferentes revistas literarias en México, Argentina, Venezuela y Costa Rica. Es autor de los libros de relatos *Libre(ta) de cargas* (Editorial Eva, 2017), *La aldea: cuentos y memorias de Tontilandia* (Mariposa de Vidrio, 2018). Participó con dos textos en la antología *DiscrimiNaciones LGBTI+* (Ediciones Böll, 2019). ronhc3110@gmail.com

equivocado... Julio siempre trató de cumplirle a Diego, porque en el fondo era quien mejor lo conocía debajo de ese montón de capas de cebolla que él mismo había diseñado para que nadie entrara, excepto su “macho” acostumbrado a ignorar sus barreras.

Nunca tuvieron la costumbre de escribirse tan seguido, como las parejas convencionales; sus mensajes generalmente llegaban una o dos veces al año, cuando la nostalgia del cuerpo les pedía a gritos saber del otro y querer darle un beso, o simplemente tener el contacto que llevara a un orgasmo. Se escribieron después de un año de no hacerlo. Tal vez para ambos era hora de volver a revivir la pasión que habían dejado en pausa y que compartieron en otro tiempo ya marchito, cuando se encontraron por primera vez en el mismo gimnasio. También podía significar el fin de una era de satisfacción, deleite, complicidad. No lo sabrían hasta intentarlo.

—¿Dónde querés que nos veamos, guapo? —le escribió Diego.

—¿Vos conocés un motel que queda frente a Jardines del Recuerdo, en La Valencia, rumbo a la Uruca? No tengo inconveniente en esperarte ahí. Llegás con el carro y entramos. ¿Te parece?

—Me parece excelente. Ya quiero tenerte adentro, rico, que volváis a ser mío como antes... —respondió Diego y finalizaron los planes de la conversación.

Para los dos no era necesario decirse más nada: ambos sabían que el desearse, el decírselo, podía esconder un signo de haber superado la distancia y el silencio prolongado por las ocupaciones de cada uno, o los divertimentos que hubiesen encontrado en el interludio previo al feliz reencuentro; Diego y Julio habían compartido, seis años antes, algo más que el gusto por hacer ejercicio: coincidieron en febrero y marzo, cuando la gente no va a sudar porque ya ha ido en enero para cumplir la meta del año nuevo. La primera vez que se vieron, Diego recién salía de la oficina de medición, donde el entrenador recibe a las personas para ayudarlas a torturar su cuerpo cada mes y medio. A Julio le tocaba medirse y ver los avances. Notó en la cara de Diego, al verlo caminar hacia las máquinas de calentamiento, una sonrisa lasciva, una mirada que se dirigía a él y solo a él. Ese muchacho un poquito más bajo de estatura, con unos brazos gruesos y piernas fuertes, adornadas más arriba por un torneado durazno, punto de fuga, vértice del ángulo más pronunciado en su cuerpo, velado por una pantaloneta insuficiente, que invitaba a quien quisiera perderse en él a hacerlo, como un triángulo de las Bermudas guiando a navíos sin brújula: Julio quería averiguar, al menos, cómo se llamaba o que surgiera el deseo de ambos de tomarse ahí mismo delante de todo el mundo, en una especie de show porno que cualquier bar con instinto empresarial

habría deseado contratar. Por su parte, Luis, el entrenador, lo llamó y de inmediato lo sacó de su concentración en el cuerpo de Diego:

—¿Cómo vas, mae? ¿Sos el siguiente de la lista? ¿Traés la rutina vieja? Pasá... —para Julio, todas fueron preguntas hechas al aire, ya que él estaba visiblemente atontado por la presencia del “macho”.

—Sí, aquí la ando.

Mientras Luis le actualizaba el plan de ejercicio, pudo observar que en la pantalla de la computadora donde se digitaban las rutinas estaban aún los datos delpreciado “macho”; poco le costó sacar su celular y anotar el número de teléfono: Julio estaba decidido a hablar con Diego, fuera del modo que fuera. ¿Cómo empezaría a hablarle sin parecer un acosador? No había una manera elegante, según el pensamiento de Julio, así que procedió a escribirle un saludo y a decirle que se veía muy guapo en ropa de gimnasio; desde luego, la respuesta no se hizo esperar, las rayitas azules de la aplicación le indicaron que su “macho” había visto el mensaje:

—Muchas gracias, vos también te ves muy bien. ¿De dónde tenés mi número?

—Si te digo, no me vas a creer... —le respondió Julio.

—¿No te parece un poco raro? A mí me parece que sos un *stalker*... —le insistió Diego— no te había visto antes, salvo aquí en el gimnasio, y creo que nunca hemos hablado más que para pedirnos el turno siguiente en la máquina que estamos usando; mucho menos creo que te haya dado mi número...

—Antes de que me bloqueés, pensá en lo siguiente: ¿te perderías de un hombre desconocido al que le atraés un montón y que te desea con locura, como se desea un mango en patio ajeno, como se esconden las ganas de arrancarte la ropa ya mismo en la máquina de remo? —Julio intentaba ganar la atención de Diego y tiempo para que no lo bloqueara.

—¿Y qué te hace suponer que quiero que me arranqués la ropa, así todos sudados como vamos a estar al terminar la rutina? —Diego estaba poniendo en jaque a Julio quien no sabía qué escribir o qué podría salvarlo del ridículo de ser bloqueado, por lo tanto, le contestó lo primero que se le ocurrió, pues a fin de cuentas no tenía mucho que perder.

—Porque hasta este momento no me has bloqueado y te fijás constantemente en la oficina de los entrenadores, asumo que te hago gracia o te llama la atención saber qué podría ocurrir después en las duchas, si coincidimos... —Julio le mandó una foto de cuerpo entero, no tenía nada que esconder y esa fue su carta final.

Al parecer, Julio había dado en el clavo, pues al dirigir su mirada al lugar donde se encontraba Diego, cerca de la oficina de medición,

pudo verlo reírse, lo cual le permitió inferir que no sería bloqueado, además, pudo ver cómo el rubio lo observaba directamente. Una notificación con un “está bien, pero solo porque me hiciste reír y me encantan los morenos velludos” no se hizo esperar. El tiempo compartido después, o al menos antes de que Diego y él cambiaran de rumbos, fue lo más similar a un enamoramiento de colegiales que vivirían. Se veían a través de los espejos, uno era un reflejo infinito del anhelo del otro y viceversa; a veces, compartían máquinas, se las turnaban y las limpiaban. Julio siempre quiso alcanzar los pesos que levantaba Diego, pero en ese tiempo no le era posible, ni lo sería en bastante más tiempo.

—Mae, póngale, usted puede, siga la técnica, dele bien, duro, despacio, siéntalo... —eran generalmente las palabras del “macho” hacia Julio. Él lo llamaba así porque por un tiempo utilizó el cabello decolorado, que le terminó en un rubio bastante extravagante que a Julio le parecía muy bonito. Los lentes de pasta; el arete en el labio; los tatuajes, un lienzo cubierto de flores, palabras con letras llamativas, animales de poder; y el vello en las piernas, hacían a Julio imaginárselo encima suyo, desnudo, cabalgándolo como un jinete experto en domar garañones en celo.

Diego disfrutaba ver a su “compañero de ejercicio” sudar como un caballo y hacer los movimientos con sus indicaciones, con las inclinaciones y giros correctos.

—Es que sos un experto y me querés matar; yo sé que te divierte verme sufrir...—, le respondía un jadeante Julio al terminar su turno.

—No, es que vos fumás todavía y te falta aire, guapo. Aunque sí, me gusta verte sufrir, pero me gustaría más verte hacer estos ejercicios sin ropa. Te he visto en las duchas y me encantás: moreno y velludo, alto, grueso, tenés un bonito cuerpo...

Algunos días coincidían en las duchas sin que nadie los interrumpiera y podían darse gusto, por iniciativa de ambos, de verse mientras se cambiaban, de tocarse cuando nadie más estaba ahí, o esconderse en uno de los baños para recorrerse con la lengua, saborearse, ya fuera antes o después del entrenamiento, con el sabor a sudor, con el peligro de ser descubiertos... Los juegos generalmente eran sugeridos por Diego, a través de mensajes muy sutiles, con emoticones específicos, con palabras que compartieron desde las primeras semanas de entregarse a la aventura; o cuando Julio llegaba tarde y Diego iba yéndose, lo tomaba de los hombros y lo arrinconaba a la pared o a una esquina donde pudiera llevarse, aunque fuese un beso para no extrañar tanto su piel. Julio le sugirió ir a un motel, cosa que fue una idea genial para el macho y así dar rienda suelta a la imaginación.

Diego siempre cargaba en su carro todo tipo de juguetes, lencería, condones, lubricantes, marihuana y las ganas de probar todo con alguien complaciente, con actitud dominante y sumisa al mismo tiempo; alguien que le preguntara y él, como un libro de clarividencia, revelara los secretos del buen amante que disfruta en la cama la carne de su compañero de turno. Julio, por su parte, se sorprendió siempre de la versatilidad de su rubio libertino, de su forma de llevarlo al clímax, con muestras de ser un sádico entrenado en sacar lo más apetitoso de su miembro. Él se limitaba a obedecer los designios de Diego, al mismo tiempo que recorría con su lengua el cuerpo voluptuoso, dulce, rebosante de un hipnótico perfume, recipiente purificado de lascivia y sensualidad. Jamás se cansó de descubrir en él un nuevo lunar, de sentir su piel, sus vellos, de establecer las coordenadas de sus gemidos, sus temblores orgásmicos y su forma silenciosa de conquistar el cuerpo que se le ofrecía y le parecía cada vez más hipnótico. Julio, cada vez que terminaba sus labores amorosas, no dejaba de admirar a Diego; este detalle llamaba la atención del macho por sentirse observado, acariciado, incluso olfateado, pues el moreno que le devolvía a veces duplicados los movimientos pélvicos respiraba muy fuerte. Pasaron unos meses antes de que Diego lo hablara con Julio.

—He notado que no dejás de verme, de darme besos, de abrazarme después de que te regás y quedamos los dos cansados. No me molesta, pero siempre he notado eso y que me metés en tu pecho, te gusta tenerme encima de vos o a tu lado; luego de tratarme como una perra te portás súper tierno. Por lo menos de un tiempo para acá lo noto.

—No es nada raro; simplemente me gusta sentirte, olerte, acariciarte, saborearte, eso es todo... —respondió Julio y la sonrisa del que consideraba “su macho” le permitió agregar— tenemos ya rato de coger, de vernos en el gym... ¿no te parece que podríamos intentar algo más? —el silencio incómodo, la mirada y la expresión de Diego que desaprobaban la idea por inoportuna.

—¿Y eso como por qué? ¿A qué se debe esa petición?

—Pues pensé que a lo mejor querías intentar llevar a otro nivel lo que sea que tenemos.

—Bueno, yo no sé qué idea sea la que vos tengás, guapo, pero yo no quiero un novio en este momento. Ya tuve una pareja. Vos estás riquísimo y me siento muy cómodo cuando estamos juntos, pero es todo lo que puedo ofrecerte.

Julio asintió y dijo que estaba de acuerdo, que no pasaba nada. Diego notó en el espejo de la habitación un pequeño signo de tristeza en la mirada de su amante, una sutil confirmación de que algo había empezado a romperse y no tardaría en explotarles en la cara. Asumió una posición de huida. Se vistieron, se dieron un último beso, Diego

llevó a Julio cerca de su apartamento en su carro y se despidió. Con el tiempo, empezaron a distanciarse y a dejar de verse. El macho empezó a llegar al gimnasio en otros turnos, Julio lo notó y decidió no escribirle para no incomodar; poco tiempo después, cambió de trabajo: el triángulo de las Bermudas que estaba entre las piernas de Diego ya no llevaba el navío del moreno a su puerto ominoso. El perfume hipnótico, de la noche a la mañana, se disipó, o por lo menos ya no estaba al alcance de Julio.

No hablaron por más de un año y, para entonces, el moreno sentimental pelo en pecho salía en fotografías con un señor bastante mayor. El macho jamás borró su contacto ni Julio tampoco, razón por la que podía ver sus estados de WhatsApp. Ambos habían cambiado de gimnasio, de domicilio, pero jamás de número: la costumbre de no perder contactos parecía ser compartida.

—Hola, perdido, ¿cómo estás? —le escribió Diego a Julio.

—¿Todo bien, guapo? Hace rato que no sé de vos... ¿y ese milagro a qué se debe?

—Los milagros se presentan cuando las ocasiones lo requieren...

—O cuando los “seres milagrosos” disponen que se den... —respondió Julio.

—Perdón, pero tal vez podríamos retomar lo que teníamos, aunque veo que cambiaste de profesión...

—¿Cómo así? Que yo sepa, sigo siendo profesor...

—Pues no parece, guapo, porque más bien ahora te he visto como cuidador de pacientes de geriátrico, porque te veo con un *sugar* o eso me da la impresión de que es...

—Pues ya ves, tenés razón: tengo a mi viejito acomodado que me resuelve el tema de vivir sin preocupaciones, además me da cariño, compañía, paseos, etc.

—Se me hace demasiado curioso que no hayás mencionado de primero “la cama” ...

—No es necesario mencionarlo...

—Claro, uno dice lo que primero lo consuela de lo que no vive a diario. Porque uno no dice lo que no ocurre, guapo —el comentario de Diego hizo que Julio mandara emoticones de risa, el macho arremetió de nuevo— mejor sería que un día de estos nos perdiéramos del viejito y agarráramos rumbo por ahí...

— Ese rumbo yo me lo conozco, señorito...

—¿Y me vas a hacer rogarte?

—Debería, por los años de abandono; debería castigarte y nalguearte bien duro para que aprendás a no despreciarme... —Diego interrumpió con unos emoticones de diablillo, por lo tanto, Julio, mientras era ignorado por su viejito acomodado, quien veía una película

por ser viernes en la tarde, ya cuando el trabajo había concluido, se rio para sí y prosiguió escribiendo— pero vos sabés que no me gusta hacerme el difícil. Démosle, decime cuándo. ¿Te serviría que nos viéramos el domingo cerca del redondel de Zapote?

—Por supuesto, me queda genial. De fijo nos vemos. Quiero que me arranqués la ropa como la última vez, que me des bien duro — acotó Diego: habían vuelto a sus juegos, ahora un poco más salvajes al parecer.

Esa vez y en las sucesivas, porque el señor acaudalado confiaba en su acompañante de turno, quien religiosamente salía los fines de semana para la casa de sus hermanas a visitarlas y llevarles dinero o algún encargo, Julio se veía a las dos cuadras de su residencia actual, también de manera “religiosa”, con Diego. Los domingos en la mañana. Ambos se encontraban en el carro del macho, con la sensación de estar cometiendo una locura, pues “Don Señor” —Julio jamás quiso revelar su nombre a su amante— podría verlo en algún momento montarse en el auto del macho y seguirlos hasta dar con el paradero.

Por su parte, Diego se limitaba a excitar al moreno velludo que lo acompañaba en la aventura de los domingos, extasiado de tener un juego donde había un desconocido que no era una competencia en los terrenos del amor carnal... *Por fin nos habíamos reencontrado, luego de un tiempo muerto en el que solo estuve con inexpertos que no conseguían llevarme adonde Julio lo logra... supongo que no saber del señor que lo mantiene, de robármelo, son formas de avivar el gusto por ese cuerpo peludo y grande que me cubría. Nos soltamos después de tanto tiempo...* Mientras que Julio se sumaba a los besos de Diego en terreno conocido, abonaba la comarca conquistada con sus besos, caricias, mordiscos; sin embargo, algo había cambiado... *sentirlo de nuevo es revivir un volcán que se creía extinto; pero en su mirada se dibuja algo diferente, lo siento distinto, a pesar de que no se ve tan cambiado, el pelo ya no es tan rubio, ha ganado algo de peso, pero no es un tema que quiera tratar, a menos que él lo saque a colación; no es tanto su peso lo que me tiene inquieto, es otra cosa...*

Ni por la mente les pasó que los de entonces ya no eran los mismos. El perfume se había vuelto escaso, como una estela casi imperceptible en el cuerpo de Diego, y Julio no era capaz de interiorizar que estaba ligeramente ausente. Ahí detectó el primero de varios incidentes: le costó ponerse erecto, cuestión que pasó casi desapercibida por el macho, quien se enfocó en reavivar al fogoso moreno que lo hacía vibrar con su cuerpo más allá de lo que el yoga le prometía alcanzar. Así estuvieron un par de ocasiones más, mientras los meses pasaron, hasta que Julio dejó de vivir en Zapote: el “romance” con Don Señor se terminó y debió partir de la casa que le había puesto a su disposición.

Para Julio, Diego no habría sido un apoyo, aunque nunca quiso comprobarlo: jamás le pidió ayuda para pasarse a su nuevo apartamento, sino que nuevamente dejó que los encuentros se enfriaran. Pensó en la ausencia de la fragancia cautivadora que al principio le provocaban los arrebatos furtivos hacia Diego. El moreno no se transformaba físicamente, por lo menos su figura se mantenía, aun cuando el cabello lo había abandonado por causa de la genética; sin embargo, Diego sí iba cambiando, Julio lo había notado: los kilos de más, la barba, la luz que había abandonado los ojos claros acompañados por lentes. En ambos, los hábitos y los mensajes seguían siendo los mismos.

Conforme pasó el tiempo, las lluvias y los meses áridos, los cambios de apartamento de cada uno, en una de sus visitas a Diego, el cuerpo de Julio hizo evidente que no podía mantenerse duro con su antiguo macho en una de las esporádicas veces que se vieron. En una ocasión, incluso tuvieron que llegar al clímax a punta de palabras sucias, marihuana, ensoñaciones canábicas que afloraban las palabras...

—Hoy no estuve al cien como me tenías acostumbrado...

—Es que has cambiado mucho... —contestó Julio.

—¿Lo decís porque he aumentado de peso? Yo lo sé, Julio, no tenés que decírmelo, ¡ya lo sé! Pero no sabés lo estresante que es mi trabajo, lo que he sacrificado por mantenerme en la posición en la que estoy, además, estoy sacando otra carrera más relacionada con mi trabajo...

—¿Dejaste el gimnasio?

—¿Por qué me salís con eso si sabés la respuesta? Claro que lo dejé, ¡no puedo ir! Estoy sacando de nuevo la universidad porque nunca logré ejercer nunca como terapeuta físico, porque lo único que me dio trabajo fue el inglés y la administración de empresas; decime qué querías que hiciera, mi trabajo me quita demasiado tiempo.

—Bueno, yo no esperaba que me regañaras tanto por una simple pregunta...

—Es que no fue una pregunta tan simple, Julio... Ya sé que te molesta el que esté tan gordo y ya no te excito como antes...

—Eso no es cierto —respondió rápidamente el moreno—, vos siempre has sido el único que ha podido sacar lo más sádico de mí. Siempre disfruto cuando me chupás, cuando me recorrés con tu lengua, me mordés, me decís cosas sucias, me encanta que me ordenés cosas, me fascina sentirte sobre mí, comerme tu durazno velludo y rosadito por dentro...

—Pero ya no te mantenés como una piedra ni me ponés a cabalgarte como antes... —interrumpió Diego—. Se nos rompió la magia de tanto usarla, supongo...

—No es eso, bello, tal vez es que he estado un poco distraído, estresado por todo lo que debo hacer en mi trabajo...

—Mirá, dejalo así; vos siempre te has conservado hermoso y me encanta, pero creo que no me servís de nada si no podemos coger como antes...

—Bueno, no pensé que únicamente me consideraras como un consolador con patas, prácticamente... —ambos se habían herido en lo más profundo sin darse cuenta; Julio retomó: —hagamos algo, precioso: dejemos que el tiempo nos diga hacia dónde vamos...

—No es lo que quiera el tiempo, guapo, es lo que nuestros cuerpos digan y el tuyo me dice que algo no está en sintonía conmigo... ¿Qué más querés que hagamos? Vos no querés admitir que ya no funcionamos...

—Podríamos tener otro tipo de relación y recuperar la magia que decís que se nos rompió...

—Vos siempre has querido que nosotros tengamos algo y en serio me encantaría, guapo, pero yo quedé tan mal de la última relación hace tantísimos años que he preferido siempre mantener mi libertad. Vos me gustás, me fascina tu cuerpo, nos tenemos toda la confianza del mundo; jamás me has molestado y siempre me has dado placer, pero si me pedís ser novios y no estamos bien en la cama, ¿qué nos espera de viejos?

Julio entendió que la semilla seguía cayendo en tierra infértil: por más que insistió, a lo largo de los años, Diego nunca aceptó que podrían verse de otra forma que no fuera como amigos con derechos. Decidió aceptar que no habría nada más entre ellos, por lo cual convino en asentir, darle por su lado a su macho a quien ya empezaba a ver un poco ajado por el tiempo, la mala alimentación y la falta de ejercicio, cuestión que en otro tiempo los unía y al menos Julio continuaba practicando, haciendo mil maromas con el tiempo para asistir a sus trabajos y universidad. No podía comprender cómo alguien como Diego no alcanzaba a seguir cuidándose como antes. La pena de no poder disfrutar más de perderse en los mares del placer con su macho hizo que Julio reviviera sus cacerías en los cuartos de vapor, las cuales había dejado de lado por seguir alimentando la ilusión de que su triángulo de las Bermudas lo llevaría a buen puerto, pero los buques perdidos naufragan igual que las ilusiones.

Nuevamente dejaron que el tiempo pasara. Llegó el año de la pandemia: bares, al igual que el sauna, cerrados; gente confinada por miedo a los contagios, como si una peste azolara el mundo. Nadie la vio venir, ni siquiera Diego, que se moría de ganas por sentir una piel ajena. Se acordó de escribirle a Julio porque el encierro era insoportable,

además de que, por alguna razón extraña, los moteles se encontraban abiertos.

—Hola, guapo perdido, me tenés en el abandono...

—Hola, bello, no estoy perdido, sino encerrado como todos —respondió Julio—. ¿Vos cómo vas?

—Con unas ganas de vos... —los emoticones, las fotos desnudo, Diego y su durazno volvían a tentar al moreno —me puse a pensar en lo de la magia rota y creo que el problema que nos venía pasando es el espacio. ¿Te acordás de lo mucho que disfrutábamos en los moteles?

—Pasábamos delicioso, gemías como loco, me dabas unos sentonazos tan ricos, las fotos que nos tomamos en los espejos, la ropa interior que usábamos... ¡Uf! La pasamos tan rico, mi macho...

—Entonces ya tenemos plan: recuperemos la magia. Vayamos a algún motel que nos quede cerca, solo que no podría pasar por vos a tu casa...

Julio aceptó y cuadró el encuentro. Quedaron de verse en un motel frente a un cementerio, curiosa ubicación para el placer: a un paso de la muerte. Julio llegaría por su cuenta, con su mascarilla puesta y sombrilla porque era uno de esos meses con lloviznas nocturnas. Luego de unos minutos de espera, apareció Diego en su carro. El moreno se montó y, al darle un beso a su macho, se dio cuenta de que el perfume dulce había desaparecido por completo.

Entraron a una de las habitaciones y acordaron pagarla a medias. “Quiero que me hagás tuyo, guapo, que me des bien duro”, fueron las palabras de Diego, mientras le quitaba la ropa y construía fuera del envoltorio el cuerpo de su acompañante de piel canela: recorrió con su lengua su cuello, sus pezones, sus ingles, la pelvis, llegó hasta su mástil firme con el fin de provocar una subida de sangre al punto exacto donde deseaba sentarse con locura el macho perverso, que brindaba órdenes muy claras para Julio, con su pinta de cuero y dominador, pero al fin y al cabo palabras. Después varios intentos, no hubo respuesta por parte del moreno instrumento de lujuria, seguía inútil como una oruga incapaz de metamorfosearse. El silencio y su peso en la habitación no tardó en sentirse. Las miradas de ambos, perdidas en un inicio, se encontraron luego de los múltiples intentos de reavivar la magia perdida para siempre. Se habían topado con que las caricias de hace años, los besos, las nalgadas, nada hacía efecto. Diego inició el ritual canábico para disipar la frustración de su mente, mientras el moreno se bañaba.

Julio recordó el tiempo en el que la piel de su amante más amado despedía un olor dulce que lo hacía querer arrancarle la ropa en donde fuera que lo viera. Añoró la época en la que sus curvas, sus muslos, sus piernas, todo el ángulo más llamativo de su cuerpo, lo mantenían

como una astabandera siempre en alto; cuando salió del baño del motel, Diego ya se había vestido y estaba listo para irlo a dejar a su casa. Esta sería la última vez, aunque ninguno lo hubiese admitido. No es necesario decir lo que los cuerpos en su lenguaje ya se han indicado. Julio aceptó; sin embargo, lo que más lamentó era su incapacidad de percibir un perfume conocido, la esencia inconfundible que lo hacía vibrar de pasión por Diego y se preguntó cómo era posible que ahora, incluso la escasa barba que tenía el macho en comparación a la suya le oliera a mierda...

LECCIONES LITERARIAS PARA EL ADOLESCENTE GAY TACITURNO

Carlos Fuentes Velasco¹

LA ESCRITORA NIGERIANA Chimamanda Ngozi Adichie una vez observó que antes de mudarse a los Estados Unidos nunca se había identificado como negra. Ella recalcó que en África Occidental la raza no es una categoría prominente, pues la inmensa mayoría de la población es negra. La discriminación no deja de ser un problema, ya que sigue existiendo bajo criterios no raciales. De manera similar y drásticamente diferente a la vez, yo tuve que salir de El Salvador para percatarme que soy blanco, o al menos de piel clara. Como constructo social, ser blanco incluye privilegios más allá de la pigmentación, como el propio nombre y ciertas distinciones de clase social que son percibidas y valoradas de acuerdo a valores hegemónicos. Mi aprendizaje en estos temas continúa siendo una labor incompleta, y permanezco abierto a otras ideas acerca del papel que mi piel juega en un sistema de opresión al que denuncio, pero del cual no puedo extirparme por completo; renunciar a mi color de piel no es posible.

Empecé a abordar mi complicidad en este sistema al mudarme a Canadá, ese bastión de liberalismo multirracial al que llegué para estudiar. Cursar las humanidades a nivel universitario implica hoy en día invertir casi la misma cantidad de tiempo en interseccionalidad

1 carlos.a.fuentes88@gmail.com

y teoría crítica de raza que en Chaucer o Rabelais; lecturas sobre estudios de género complementan los chistes sobre penes y el sexismo casual de la literatura renacentista. Sin embargo, libros y simposios terminaron revelando menos sobre cuestiones de raza que las interacciones ordinarias y los breves momentos de lucidez que yacen enterrados bajo la vida diaria.

La cortesía canadiense es uno de esos clichés basados en la realidad. Las personas son generalmente agradables y complacientes, incluso (o especialmente) cuando un conflicto, sin importar su trivialidad, amenaza su afabilidad. Alguien que viaja en el tren emitirá un “lo siento” de manera pasiva-agresiva a pesar de ser uno quien ha pisoteado su zapato al moverse en un concurrido vagón. Los buenos modales logran muchas cosas, pero no hacen que el tema de la raza desaparezca. Por el contrario, esta urbanidad acentúa lo tajante de nuestros más reacios prejuicios.

Con el tiempo aprendí a interpretar esos códigos, a emplearlos y hacer mi parte para mantener la ilusión de armonía en ese país de salud gratuita y coexistencia multicultural. Nunca me demoré en devolver libros de la biblioteca, siempre me cercioré de dejar secando mis botas de invierno en el vestíbulo y me obsesioné con aprender hasta el más ínfimo detalle de las instrucciones para el reciclaje. Al cabo de poco todo se volvió hábito, despojando de esfuerzo las acciones que luego hice en piloto automático.

Una vez en una fiesta, después de medianoche y con las inhibiciones sumergidas en alcohol, una mujer a quien acababa de conocer me preguntó algo.

“Sí naciste en El Salvador, ¿no deberías ser de piel morena?” ella me dijo, sin la más mínima sombra de malicia.

Y si la pregunta fue incómoda, mi falta de respuestas convincentes fue incluso más bochornosa. Mis hombros alzados y el ceño fruncido de mi entonces compañera de piso la llevaron a hacer a un lado el tema, no sin antes proferir sus muy canadienses disculpas por la falta de tacto.

Este breve incidente permaneció conmigo, haciéndome realizar algunas cosas: primero, que mi entendimiento de la historia salvadoreña era tenue; segundo, que crecí en un ambiente homogéneo y resguardado; y que la pregunta de esta mujer me había hecho sentir algo parecido a culpabilidad, una sensación de haber pasado años sin interrogar ciertos aspectos de mi vida y crianza.

En El Salvador, cuando un bebé nace en la familia o entre amigos la gente comenta libremente acerca de su lácteo color de piel o los cabellos brillantes como espigas de trigo al sol. Ojos verdes o azules son particularmente atesorados en los recién nacidos, más aún si dicho

gen recesivo conecta al infante con algún pariente de extracción europea. Pero si el bebé nace con piel morena y ojos y cabellos oscuros, los visitantes en el ala de maternidad elogiarán su sonrisa o la manera en la que tenazmente sostiene un dedo adulto entre sus diminutas manos. Lenguaje florido describiendo bucles azabaches o iris color miel está ausente; todos los bebés son lindos, pero no todos los bebés son blancos.

En mi familia, hablar sobre nuestro tono de piel siempre fue raro. Esto no fue por un actuar políticamente correcto, que en cualquier caso continúa siendo un concepto foráneo en el discurso salvadoreño—plagado por ásperas nociones del pasado (y presente) autoritario del país. Yo supongo que mis padres no hablaban de nuestra piel clara y sus privilegios porque sabían lo bueno que esto había sido para nosotros. Hasta este día, al reflexionar sobre mi vida familiar, no sé con seguridad si la deferencia que disfrutábamos a diario se debía más a la clase social o al color de piel. La mía es una familia de clase media alta con un tono de piel claro, al menos para los estándares locales, y ahora puedo discernir como, por ejemplo, en una visita al centro comercial con mis padres, los encargados de las tiendas nos trataban de manera obsequiosa, incluso al estar claro que nada más mirábamos los escaparates.

Una vez, después de un día de playa con la familia, mi madre comentó como nosotros, sus hijos, no éramos tan pálidos como los niños que vivían a dos casas de la nuestra. Nosotros sí podíamos jugar bajo el sol sin constantes aplicaciones de protección solar, y al final del día nuestras espaldas y brazos no habían terminado al rojo vivo y urgidos de aloe vera.

“La verdad es que ahora terminaste con un buen bronceado” me dijo ella, despertando algo de la incipiente vanidad en un niño de trece años cada vez más alerta de como otros lo percibían.

Ahora me pregunto si mi madre estaba restándole importancia al hecho que no contábamos con el distintivo cumbre de las jerarquías salvadoreñas: un apellido extranjero, con sus insinuaciones de dominación neo-colonial, alusiones a enormes fincas cafetaleras y el indiscutible derecho a recibir homenaje en un país que ama arrastrarse detrás de lo extranjero. Tales apellidos usualmente son acompañados por la piel de porcelana y cabellos dorados que incluso hoy en día dominan la publicidad salvadoreña, volviendo más codiciados los productos—desde el yogurt hasta las lavadoras—promovidos por modelos caucásicos.

Mientras que un tono de piel diferente provoca la actitud opuesta. En la primaria, mi salón, como todos en El Salvador, contaba con niños apodados “chino” y “negro”, resaltando de manera cordial rasgos

diferentes, una muestra de estima y familiaridad, para nada denigrante. Al menos no flagrantemente. Los chistes podían escalar fácilmente; dos niños de piel oscura en mi salón eran llamados “mono” y “macaco”. No me corresponde a mí decir si ellos lo encontraron hiriente, mucho menos cuando yo participé también, en parte para compensar por el *bullying* dirigido en mi contra.

Mi tono de piel me permitió disfrutar ciertos privilegios, pero algo que no pudo hacer fue disimular el naciente pero seguro aire a homosexualidad. Antes que mis padres, los niños del colegio supieron que algo estaba raro. Aunque solo éramos niños, sintieron la necesidad de señalar mi comportamiento no aprobado—falta de interés en el fútbol, mucha cercanía a mi madre, no bajar mi voz una octava al gritarle a los amigos que estaban por darme la espalda. Teníamos nada más once años, pero no era demasiado temprano para castigar el incumplimiento de las leyes de la masculinidad.

El autor gay Garth Greenwell una vez describió el escribir poesía como esculpir lenguaje a partir del silencio. Él se esmeró en apartar las palabras de su relación con el tiempo, en separar sus versos de sus limitaciones temporales. Con apenas trece años de edad, yo no tenía martillo y cincel para darle forma al lenguaje que necesitaba para interpretar mi sexualidad. Y en cuanto al tiempo, éste me parecía un abismo sin principio y fin, una infinita falta de movimiento. El lexicón para zanjear el abismo, para echar a andar el reloj, lo empezaría a recolectar lentamente y no de mis seres más allegados.

Si bien esos años de *bullying* en el colegio fueron horribles, esa época marcó el punto más bajo en cuanto a los ataques homofóbicos que he recibido durante mi vida. A partir de la secundaria logré mantener una especie de equilibrio táctico con respecto a mi sexualidad; empecé el lento proceso de admitirme a mí mismo ciertas cosas y de revelar incluso menos a los pocos escogidos con menor posibilidad de denunciarme. La tarea de compartir mis sentimientos fue difícil no solo por la alta probabilidad de ser incomprendido, sino también por la aguda escasez de un vocabulario útil para ese propósito.

Al ser un lector precoz que se convertiría en alguien irasciblemente quisquilloso con las palabras, comprendí que ni yo ni mi familia y amigos teníamos disponible el lenguaje para hablar de en quién me estaba convirtiendo. En el colegio solamente había insultos. Desde el relativamente suave “maricón” hasta el más ofensivo “culero”, no existía el espacio para hablar de una sexualidad divergente sin que ésta fuese objeto de chistes o agravios. En este contexto, los homosexuales no somos personas reales y tridimensionales; somos personajes sospechosos que viven vidas miserables fuera de la sociedad debido a sus

incomprensibles decisiones. Peor aún, somos los idiotas apoyando al equipo de fútbol rival, así que estaba bien propinarnos golpizas, lanzarnos bolsas con orina y entonar el icónico canto salvadoreño de los estadios: “¡Culeros, culeros, culeros!”

Y las cosas no eran mucho mejor en casa. Al recibir a sus amigos, a mi padre le gustaba contar la historia de cuando él y mi madre visitaron California para su luna de miel, pasando un par de días en el área de San Francisco, un lugar hermoso pero mancillado por la lamentable presencia de “tanto afeminado”. Y como esto fue a finales de los ochenta, durante lo peor de la epidemia del SIDA, mis padres tuvieron que ser cautelosos al moverse en tan insalubre territorio. Afortunadamente, mi padre sabía que lo mejor era no usar los cubiertos en restaurantes y guardar la respiración al entrar en un espacio cerrado. Según él la enfermedad, seguro atributo de los “pipianes”, podía ser contraída a través de la comida o el aire—incluso tal vez mediante las lascivas miradas de esos hombres que deliberadamente buscaban esparcir su peste. Para mi padre, las palabras relacionadas a su vileza moral y decadencia física eran las únicas apropiadas para hablar de la homosexualidad.

En cuanto a mi madre, ella hasta este día insiste en equiparar ser gay con una falta de hombría—una mujer penalizando la feminidad y afirmando el valor intrínseco de la frágil construcción que conocemos por masculinidad. Sé que no es realista pedirle discernimiento sobre las finas gradaciones de género a ella, una mujer criada bajo la tradición patriarcal y enfrascada en sus propios prejuicios. Pero su renuencia a siquiera contemplar dichas complejidades es más extraña al venir de una mujer que siempre resintió las limitaciones impuestas por el machismo. Ella es una exitosa mujer de negocios y una esposa dominante, pero nadie la acusa a ella de no actuar como mujer. Pues incluso en El Salvador los roles femeninos se han ampliado en años recientes—al menos mucho más que los de los hombres, a quienes todavía no puede confiárseles ni que se encarguen de lavar su propia ropa. Y si los hombres heterosexuales continúan viviendo en el pasado machista, los hombres gays ni siquiera somos permitidos dentro del imaginario colectivo.

La religión ha jugado buena parte en moldear estos paradigmas, por lo que no fue sorpresa que el pseudo-conocimiento bíblico haya sido una de las muletas que usó mi madre para cojear hacia una mayor incomprensión. En su mayoría proveniente del Antiguo Testamento, su fraseología fue al menos libre de referencias a Sodoma—el castigo de fuego y azufre siendo quizás un destino muy duro de contemplar para su propio hijo. Sin embargo, el constante uso de “abominación” y “antinatural” no fue lo mejor para entablar un intercambio productivo.

Sigo ignorando hasta este día como inciden los preceptos sacerdotales del Levítico en con quien escojo acostarme, aunque el uso de su lenguaje condenatorio no solo me hizo perder la fe en la religión organizada, sino que también, para tomar prestado un adagio de las escrituras, ató una piedra de molino de asno a mi relación con mi madre.

El internet fue el único lugar con una abundancia de lenguaje para hablar de la homosexualidad. Hubo una época, previa a la fotografía digital masiva y al ancho de banda, en la que el internet consistía principalmente de texto. (Aunque no me malentiendan; como cualquiera, yo usaba el internet para ver porno, sobre todo porque era muy difícil conseguir mi tipo de revistas en el ambiente tradicional de mis años adolescentes.) Pero con la misma cantidad de velocidad y datos requeridos para bajar un corto video—alguna escena, de baja resolución y cargando constantemente, con dos atletas, de piel bronceada y como esculturas en todo menos el tamaño de sus genitales—yo tenía acceso al más complicado e ilustrador mundo de los foros, salas de chat y blogs, el abrumador tesoro del ciberespacio confesional.

En un país acérrimamente opuesto a la educación sexual incluso para heterosexuales el internet fue mi escuela. Aprendí que el mundo gay estaba compuesto por activos y pasivos—imitando la rígida mecánica heterosexual—y no por hombres que prefieren uno o lo otro, y casi sin mención de la aberración que es la versatilidad. El internet también me hizo saber que hay que evitar a los hombres femeninos y con sobrepeso, pues no cumplen con estándares concebidos a partir de la masculinidad heterosexual. A ellos hay que ignorarlos o usarlos como objeto de fetiches deshumanizantes. *Verse y actuar como hetero, cuerpo atlético, no interesado en femeninos*. Estos y otros requerimientos fueron y siguen siendo el pan de cada día en el ciberespacio gay y el mundo del que es reflejo. Años después yo descubriría, luego de haber tenido experiencias lejos del teclado, que mucha de esta malicia es producto de nuestro desesperado deseo por apiñarnos dentro del estrecho molde heterosexual. Como si desquitarnos con otros homosexuales nos conseguiría la aceptación de nuestras familias y libertad de los bravucones.

La principal lección que aprendí después de pasar tanto tiempo en línea usando la computadora familiar es la de siempre borrar el historial de navegación. Eso, pero también que no estaba solo, que un sinfín de adolescentes atravesaban el mismo proceso. Aunque a veces me parecía abrumador, la verdad es que moría por dejar a un lado a la computadora. Yo tenía aún muchas cosas por definir, pero no quería esperar a que todas las piezas cayeran en su lugar para poder estar con otro hombre por primera vez.

Cuando una vez le preguntaron sobre su arte, Justin Torres, el novelista de descendencia puertorriqueña, dijo que escribir una novela es como entrenar para una maratón. La única manera de entrenar para una maratón es corriéndola. Todas esas reflexiones sobre diversas identidades y ser gay son valiosas, pero llega un momento en el que hay que tomar acción. Si escribir y correr maratones son proezas solitarias, el sexo es una cuyas formas pueden ser descubiertas en la compañía de otros; yo tenía que salir y conocer a alguien.

La adolescencia podría fácilmente ser sinónimo de cachondez. Más o menos a partir de los doce años, el sexo se vuelve un interés primordial, aunque a esta edad es más una abstracción que algo que uno hace con alguien más. Esta falta de forma es lo que hace al sexo tan poderoso a esa edad; la mente adolescente imagina esa agitante presencia en todos lados. Hasta al acompañar a tu mamá al supermercado, en los musculosos torsos de las revistas de fisicoculturismo hasta las formas fálicas de algunos productos en el pasillo de las frutas y verduras.

Esas fueron solamente algunas de mis desesperadas proyecciones. Pues en mi entorno hasta el sexo heterosexual parecía estar fuera de alcance. Mis amigos del colegio estaban tan faltos de acción como yo. Las chicas de verdad exigían sus mejores esfuerzos. Ellos aprendieron a tocar guitarra, invirtieron cada vez más tiempo en el gimnasio e incluso compusieron una que otra carta de amor. Pero todo en vano. Y mis probabilidades eran más bajas que las suyas; ellos al menos sabían a quien enfocar sus esfuerzos amorosos, mientras que yo no tenía a nadie a quien dirigir tales energías.

Años más tarde, algún tiempo después del colegio, llegó hasta mis oídos confirmación que ciertos chicos de segundo y tercero de secundaria ocasionalmente se masturbaban unos a otros en los baños al extremo final de la cancha de fútbol. Mi yo de dieciséis años veía espejismos sexuales en todas partes, pero no se percató del único lugar en donde alguien pudo haberle echado una mano. Lo que sí sabía es que intentar algo con alguien del colegio, con un chico al que tendría que ver regularmente, era muy riesgoso. Es difícil exagerar la angustia que sentía al pensar que alguien podría descubrirme.

Por fin logré dar el paso durante un viaje familiar al vecino país de Guatemala. Viajábamos seguido a ese país en esa época, pues mi padre hacía negocios ahí y a mi madre le gustaba visitar a sus parientes. Ella quería mucho a sus primas, tres hermanas que durante los dorados años de juventud y rebeldía la convencían de ir a fiestas y discotecas, en donde, según cuentan ellas, mi madre lo pasaba mal cuando pasaba la hora límite impuesta por mi abuela.

Y para continuar esa tradición, fue acordado que yo saldría por la noche con mi primo de Guatemala. Yo no compartía los escrúpulos de mi madre con respecto a trasnochar, pero sí cierta inseguridad a causa de mis deseos ocultos. Aun así, me obligué a pasar tiempo con él. A pesar de todo, yo era un adolescente insensato que no pasaría la oportunidad de irse de fiesta.

Una de esas veces, mi primo me invito a salir, pero yo no había empacado ropa apropiada porque los planes cambiaron a última hora. Él dijo que me prestaría algo, pues, aunque él es dos años mayor que yo teníamos la misma estatura. Recuerdo vívidamente lo que tomé de su closet: una camiseta con cuello en v, que, aunque no era tan escotada, si era más estilizada que las camisetas en mi guardarropa. Ligeramente brillante, la tela era muy diferente a la de las polos y camisas de botones que yo prefería. Pasarían algunos años de prueba y error antes de desarrollar una relación de gusto y confianza con la ropa. Pero esa noche, al verme en el espejo, viví un breve anticipo. A pesar de haber cambiado nada más mi camiseta, sentí un aumento de confianza en mí mismo con la tela ajustada apretando mis brazos y el cuello pronunciado revelando un indicio de clavícula.

Esa noche fuimos a un bar con un grupo de amigos de mi primo, entre quienes había un chico que enseguida me pareció apuesto. Sus ojos color avellana descansaban sobre una nariz grande pero bien formada y debajo de cejas encantadoramente espesas. Los labios sonreían casualmente, y sentí que él entro en calor conmigo al instante—aunque quizás lo contrario fue más cierto, pues de una vez decidí sentarme a la par suya. Como mi primo, él tenía dieciocho años y acababa de empezar la universidad. Luego de mi primer trago casi no sentí timidez al confirmar que aún estaba en el colegio, al admitir que estaba de viaje con mis padres. La conversación fluyó fácilmente, pues él no era muy diferente a todas las personas que yo conocía en aquella época: interesado en videojuegos y en toda la programación de MTV.

Nos quedamos en el bar solo para una ronda más. Federico—pues ese era su nombre—dijo que un amigo suyo daba una fiesta en casa, pues sus padres estaban de viaje. En el camino tuve el placer de apretujarme contra él en el asiento trasero del carro, nuestras rodillas y muslos frotándose mientras la brisa cálida de su aliento flotaba cerca de mi rostro. Él me preguntó si tenía novia. Le dije que no y devolví la pregunta. Él también estaba soltero. ¿Me gustaba alguien al menos? Le dije que aún no había conocido a nadie interesante. Él de seguro encontraría pronto a alguien en la universidad. Me dijo que aún estaba conociendo a la gente, pero que sí era probable.

Llegamos a una casa enorme, localizada en uno de los prósperos complejos en las afueras de la ciudad. Era un edificio rechoncho, de

dos plantas, cuya fachada era dominada por ventanas altas. La puerta principal estaba abierta, con gente joven juntada en la entrada mientras el estruendo de los últimos hits de música pop palpitaba desde las entrañas de la casa. Al entrar, me alejé de mi primo para seguir a Federico. El me presentó al anfitrión y su grupo, sirviéndome una copa del vodka que bebían. Empecé a sentirme un poco ebrio, una sensación aún novedosa—calidez y resplandor interior—dada mi corta familiaridad con el alcohol. Federico también la pasaba bien; él me sonreía marcadamente. Me sirvió otro trago y al brindar puso su mano sobre mi hombro. Lo sentí como algo más que un gesto amistoso. Luego, dos chicas se acercaron para saludarlo. Empezaron a hablar y reír, prácticamente sin reconocer mi presencia. Me sentí como de sobra, algo que ya había experimentado en ocasiones similares. Pero de repente él regresó su atención hacia mí, de manera casi brusca, y las dos chicas siguieron su camino.

Nos miramos a los ojos por un segundo y de inmediato supe que no estaba imaginando cosas. Lo que no sabía era como actuar al respecto.

“Vamos arriba,” me dijo, en un tono conspirativo, señalando con la cabeza las escaleras.

Había menos gente en la segunda plana, casi todos ellos en el balcón salvo unas pocas parejas tomando ventaja de la luz tenue. Federico conocía bien la casa. Cruzamos la amplia sala de estar para entrar en un espacio más pequeño con una televisión enorme. Estábamos solos.

“Por aquí.”

Me condujo a una de las habitaciones. Era el cuarto de un niño, con una prodigiosa cantidad de carros de juguete sobre casi todas las superficies. Estaba terminando de admirarlos cuando sentí la puerta cerrarse. Escuché también el clic de la cerradura. Federico se acercó y de inmediato sonrojé. Me besó; mi boca no se inmutó. Tuvo que presionar nuevamente sus labios contra los míos para provocar una respuesta, una tímida apertura que apenas dio por bueno su interés.

Aún recuerdo el esfuerzo requerido para salir de mi cabeza y caer absorto en el momento. Ahí estaba yo, por fin con una oportunidad de experimentar y confirmar lo que ya sabía de mí. Me dije que nadie en Guatemala me conocía, y fue ese sentido de impunidad en un país extranjero que me hizo besarlo con intención, casi dándole una mordida, mientras nuestros cuerpos se acercaban más.

Esa noche me permití ser guiado por alguien más experimentado. No fuimos más lejos que tercera base—y sé que este término juvenil varía según el contexto—pero eso fue más que suficiente para mí. El sexo penetrativo, con primacía incluso en dormitorios de la disidencia

sexual, no ocurriría por algún tiempo. De hecho, luego de este único encuentro con Federico, me tomaría un par de años conocer a alguien más. Intenté juntarme con él durante posteriores visitas, pero nunca coincidimos. Nuestros chats esporádicos no llevaron a nada más. Como el niño impresionable, tal vez mi entusiasmo le pareció muy intenso.

No llegue a resentirlo. Claro que me hubiese gustado seguirlo viendo, incluso sin tener que entablar una relación—en aquel entonces no podía imaginar cómo dos hombres podrían compartir un vínculo igual de válido y complejo que el de una pareja heterosexual. Pero me hubiese gustado seguirnos enrollando. Y aprender en el proceso una o dos cosas de él. ¿Cómo se dio cuenta que yo estaba interesado? ¿Fue algo que aprendió gracias a su experiencia o se las estaba jugando como yo? ¿Estaba alguien más enseñándole esto o se trataba de un aprendizaje propio paso a paso?

Rememorar estos momentos cruciales de mi adolescencia es reconocer que atravesé dos despertares entrelazados. El primero, meramente sexual, fue aceptar que soy un hombre atraído hacia otros hombres. De mayor complejidad y tomando algunos años más, la segunda realización me mostró que, al menos para mí, ser gay es más que una orientación sexual. Es una identidad política—no se trata de votar por algún partido o tal candidato, sino una serie de creencias y posturas basadas en el progreso y la equidad.

Lamentablemente, estas aspiraciones continúan fuera de alcance en El Salvador, donde la obstinada incompreensión y el odio restringen el florecimiento de la población LGBTQ. Peor aún, la falta de protecciones legales amenaza la seguridad de sus miembros más vulnerables. A la vez, personas muy valientes, de mi generación e incluso más jóvenes, han luchado por la visibilidad en contra de las voces que nos quieren de regreso en el armario. Espero con mucho interés poder leer, dentro de unos años, las memorias y conocer las impresiones de la juventud LGBTQ salvadoreña de ahora, sabiendo que su travesía, aunque no fácil, ha sido una de afirmación y resistencia.

ENTREVISTA A RICARDO BETETA BOND

(ASOCIACIÓN HOMBRES Y MUJERES NUEVOS
DE PANAMÁ - AHMNP)

Juan Ríos Vega¹

EL 30 DE MAYO DEL 2020 tuve el honor de entrevistar a Ricardo Beteta Bond, quien es considerado el pionero de los derechos LGBTIQ+ de Panamá y la región centroamericana. Desde 1996, Beteta Bond ha sido la cara y la voz de las minorías sexuales en Panamá a través de la Asociación de Hombres y Mujeres Nuevos de Panamá (AHMNP). Su legado e incansable activismo lo han llevado a recibir reconocimiento por su labor tanto dentro como fuera de Panamá. Sabemos que su camino no ha sido fácil, por lo que a través de esta entrevista queremos dejar documentadas las luchas y trayectorias de un gran líder visionario y resiliente.

Juan (J): ¿Cómo te defines dentro de la diversidad sexual?

Ricardo (R): Si tú me preguntas cómo yo me defino, te diría que yo soy maricón. Por el contexto histórico, es un término despectivo porque viene inclusive de la Edad Media. Siento que es un tema social, cultural muy definido, y eso de ser *gay* tiene otros contextos que enreda y no aplican a mí. Claro que cuando estoy dando una charla,

1 Profesor asociado del Departamento de Educación, Consultoría y Liderazgo, Bradley University, Peoria, Illinois. <https://www.jariosvega.com/>

sí tengo que definir que soy un hombre *gay*, porque soy aparte de los Hombres que Tienen Sexo con Hombres (HSH), porque tengo la capacidad de ver a otro hombre no solamente desde una perspectiva sexual, sino afectiva, amorosa; no como un HSH, a quien la gente lo busca por pasar el rato o por lucrar económicamente o por cualquier otra razón.

J: ¿Cuándo y cómo se fundó la AHMNP?

R: La organización se fundó el 29 de noviembre de 1996, primero como Asociación Hombres Nuevos de Panamá. Fuimos la primera iniciativa de organización gay de Panamá, conformada enteramente por hombres homosexuales y bisexuales. Luego, en noviembre de 1997, se modifica este movimiento y se conforma lo que hoy se conoce como Asociación Hombres y Mujeres Nuevos de Panamá (AHMNP), para darle cabida a mujeres homosexuales, bisexuales y a la población trans; así se convirtió en la primera organización no gubernamental de Centroamérica en ser abiertamente LGBTIQ+. Dentro de los objetivos de AHMNP está impulsar el tema del reconocimiento por parte del Estado. Mostrar otra visión de la población LGBTIQ+ por medio de ferias, muestras de arte, festivales de cine; donde evidenciamos los aportes de la comunidad al país. La incidencia política tiene un papel muy importante al hacer marchas, plantones de protesta y al capacitar a muchos jóvenes para hablar en los medios de comunicación.

J: ¿Cómo lograste convocar a los primeros miembros y quiénes eran? ¿Dónde y cómo hacían para reunirse? ¿Qué cosas hablaban durante las reuniones?

R: En septiembre de 1996, la AHMNP empezó como un grupo social de profesionales cuyo fin era conocer gente, lo cual estaba muy en boga en ese momento. Yo conocí a varios de ellos en el campo de juego de Gamboa, en un supuesto partido de voleibol gay convocado por un gerente de discoteca muy conocido, llamado Pablo Robles. Nadie llegó, ni los organizadores. Los hombres que estábamos en el campo de juego esperando el partido decidimos reencontrarnos y hacer actividades educativas, debido a que todos éramos docentes, yo como bibliotecario, tres profesores y dos maestros, todos hombres. Acordamos reunirnos como grupo y analizar la situación de la población LGBTIQ+ en Panamá. Recuerdo que, en octubre de ese mismo año, la primera charla que dimos fue en un apartamento en Transístmica, llamado los Reyes Magos, y el tema fue la historia de la homosexualidad. Hubo una participación de 10 personas. Con nuestras charlas, nos estuvimos reuniendo una vez

al mes. Inclusive por la alta asistencia empezamos a tener nuestras charlas en el Hotel Roma. Llegaban muchos jóvenes ávidos de información. Todo era un ambiente de ligue, de conocer hombres de cierto estatus económico y educativo, de hacer fiestas, paseos; todo muy discreto.

A principios de 1997, recuerdo que unos actores que estaban participando de nuestras reuniones quisieron hacer una actividad lúdica en un restaurante donde se vendieron unos boletos para recaudar algo de dinero para el grupo. La asistencia era abierta para todo público. Se quería hacer una representación referente a la orientación sexual. No recuerdo mucho de la obra, lo que sí me quedó en la memoria era la regla de que no podíamos bailar entre nosotros, que debíamos sacar a bailar a las mujeres y así disimular, como reglas de respeto. Había un tema de la homosexualidad y la decencia fue creciendo y haciéndose insoportable, por lo menos para mí.

Luego en 1997, cuando el grupo tuvo su primer aniversario y ya teníamos nuestro logo, el Ministerio de Salud supo sobre nuestras actividades, y empezaron a buscarnos para ayudar en la respuesta del VIH. Muchos, sino todos, no estábamos preparados para dar la cara, mucho menos ante una entidad pública. Esto creó un estigma en el grupo y muchos se fueron. Este involucramiento con el Ministerio de Salud trajo un trabajo que se convertiría en nuestra fortaleza y medio para subsistir como organización: era la prevención del VIH en hombres gay y HSH, y la oferta de la prueba gratuita.

J: Me gustaría que me hicieras un resumen de la primera marcha gay: ¿cómo y cuándo sucedió?, ¿cuántas personas asistieron?, ¿cuál fue la reacción de la población hétero?

R: Previo a las marchas, la comunidad LGBTIQ+ se reunía en una fiesta llamada De Colores, se llevaba a cabo en seis fines de semana hasta el 28 de junio. Lleno total en todas las discotecas, pero un closet al fin. Yo veía las noticias de las marchas y decidí que Panamá debía salir del closet, que la comunidad tenía que salir a la luz y dar la cara, y esa cara la daría la AHMNP. En el 2004, anuncié en la oficina que marcharíamos en junio y les dije que nos prepararíamos. Hubo mucho miedo, pero también mucha emoción. Decidí que sería en Vía Argentina, por razones de seguridad y evitar agresiones del público. Como El Cangrejo es un área de clase media, quería evitar el lanzamiento de botellas y latas, y basura hacia los participantes como había visto en años anteriores. Decidimos que aquellos que necesitaban mantener su anonimato usarían máscaras. Yo no.

Nos reunimos en la intersección de Vía Argentina con Vía España, donde hicimos un volanteo de folletos, los chicos se metían en los buses para distribuirlos, la gente pitaba, había mucha energía. Muchos llevaban sus antifaces, pero ahí estaban. Me sorprendió la cantidad de mujeres congregadas. Pero había más periodistas que participantes. Unos llegaron para censurar, otros para burlarse, pero iniciamos una corta caminata hacia el parque Andrés Bello, de unos doscientos metros. Estaba consciente de que no habría mucha gente. Era un ensayo para ver qué pasaría. Muchas personas caminaron con los pocos manifestantes, pero una vez que se fueron los medios de comunicación el parque se llenó con unas cien personas. Como muchas de nuestras actividades eran para ser objeto de burla, el que los maricones estaban pidiendo derechos era fuente de burla. No se nos quería tomar en serio.

J: La AHMNP ha servido de paraguas para la creación de otras organizaciones, ¿me puedes hablar al respecto?

R: Efectivamente, AHMNP ha sido la madre de varias organizaciones. En 2008, la Asociación Panameña de Personas Trans (APPT) fue un proyecto con la Red LatTrans. Marcela Romero, directora de Red LatTrans, vino a Panamá desde Argentina a pedirme ayuda para conformar un grupo. Lo estuve gestionando por un año hasta que hubo elecciones y Venus Tejada fue elegida como su presidenta.

Entre 2008 y 2009, Mujeres con Dignidad y Derecho de Panamá (MDDP) fue creado por AHMNP, gracias a la gestión de Juana Torres (Dulce Ana), una hondureña que me pidió apoyo para sacar adelante a un grupo que ayudaba a las trabajadoras sexuales. La primera reunión se llevó a cabo con el apoyo de Onusida, y se vio la gran necesidad de una organización que abordara los problemas de este grupo. Desafortunadamente, por problemas de falta de asesoramiento y comunicación, esta organización dejó de funcionar. Luego, entre 2012 y 2013, se funda otra organización, liderada de nuevo por Dulce Ana, llamada Mujeres Independientes Luchando por sus Derechos (MILD), la cual desafortunadamente desapareció una vez que ella falleció.

Desde 2007 y casi por más de diez años, apoyamos a la Asociación Viviendo Positivamente, se le brindó espacio en nuestras oficinas y ellos colaboraban con nuestro trabajo. En 2009, la Asociación Nuevos Horizontes (AHMNP Panamá Oeste) fue un grupo focal de AHMNP en La Chorrera, que después de nueve años se independizó de nosotros, como resultado de los proyectos del Fondo Mundial.

J: ¿A qué otras organizaciones a nivel regional e internacional pertenece la AHMNP?

R: Fuimos el referente para Panamá de la Asociación Regional Centroamericana de Gays y Lesbianas (ARCEGAL), fuimos miembros de la Coalición Centroamericana de Organizaciones de la Diversidad Sexual (CONGA), fui su Secretario General en una ocasión. Ahora tenemos la presidencia de la Integración Sexo Genérica Identitaria de Centroamérica (ISCA), para formar parte del ente consultivo ante el Sistema de Integración Centroamericano (SICA) en temas de diversidad sexual. También somos miembros de la International Lesbian, Gay, Bisexual, Trans and Intersex Association (ILGA) y tenemos la representación lésbica ante el ente consultivo.

J: ¿Qué hechos ocurrían durante esos años en nuestra población sexo-diversa?

R: Recuerdo que, en aquel entonces, durante la pandemia del VIH, se estaba planteando, en las redadas en la calle, privar de libertad tanto a homosexuales como a trabajadoras sexuales, y obligarlos a hacerse la prueba de VIH y a tomar un curso de prevención del VIH y las enfermedades de transmisión sexual (ETS); para poderles entregar un cartón amarillo que evitara que la policía los volviera a detener como manera de prevenir el VIH. Obviamente, en aquel entonces, esto se consideraba una violación a los derechos humanos desde toda perspectiva y es cuando nace el interés de la asociación. Esta era necesaria, porque cuando empezamos a trabajar, el Ministerio de Salud empezó a buscarnos y a hablar con nosotros porque había un elemento dentro del MINSA (Ministerio de Salud) que quería aliados para luchar contra la pandemia del VIH.

En aquel entonces, hace 25 años atrás, había una alta resistencia a trabajar con personas positivas de VIH, lo que se veía en las altas tasas de suicidio y muertes. Así que una de las primeras acciones fue ir a actividades del Ministerio de Salud, presentarnos como un colectivo LGTBIQ+ y dar nuestra opinión sobre posibles estrategias en nuestra población de prevención contra el VIH. Fue entonces cuando empezamos a darnos a conocernos, a fortalecernos y hacer el trabajo que hoy por hoy estamos haciendo.

Recuerdo que al final de la administración de la Mireya Moscoso (1999-2004), el Ministro de Salud tuvo un acto con los medios de comunicación para celebrar los logros del Ministerio de Salud en cuanto al VIH: de alguna manera sorpresiva, mágica, las cifras del VIH se habían desplomado en el país. No me voy a cansar de denunciarlo, de decirlo, habían fallecido más de 5 500 hombres que tienen sexo con hombres por falta de medicamentos y de tratamientos; en-

tonces, como había habido tal mortalidad, ellos no lo vieron como un fracaso sanitario, sino como un logro, porque como la gente se había muerto, ya los índices habían bajado. Recuerdo que la gente lo aplaudió, lo celebró, brindó por eso como un logro y siento que este es un tema que a veces la gente piensa que no tiene relevancia, pero sí la tiene.

J: ¿Cómo fue la experiencia de trabajar con el Estado y las poblaciones sexo-diversas en aquel entonces?

R: Llevar la información no fue nada fácil, porque como yo le explicaba a la gente, la población con la que nosotros trabajamos siempre ha sido discriminada por las entidades de salud, siempre hemos sido perseguidos, no hay confianza. Creo que eso se ha superado con el tiempo, ahora la gente siente que puede llegar a los establecimientos de salud, lo cual no ocurría antes; y era especialmente por el tema del decreto 149 de 1949, que facultaba a los corregidores y a las autoridades de salud a multar con 3 meses a 1 año de arresto y de 50 a 500 dólares a quienes practicaran la homosexualidad y la prostitución clandestina.



Ricardo Beteta Bond (2003).

J: ¿Cuál fue el detonante para que ocurriera ese avance en Panamá?

R: En aquel entonces, estamos hablando del 2005, el Fondo Mundial, que es un banco financiado por el G8, sacó un fondo para la lucha mundial contra la malaria, la tuberculosis y el VIH, con fabulosas sumas de dinero para atacar estas pandemias. Panamá, desde el principio, estuvo interesado en concursar por estos fondos, pero por los índices económicos que usábamos en ese entonces no calificaba. Sin embargo, con el Proyecto Acción Sida para Centroamérica (Pasca), fuimos los primeros en hacer diagnósticos de VIH en hombres gays y hombres que tienen sexo con hombres, y el resultado fue del 10,6%, lo cual es altísimo, pero en casi 7, 8 o 9 años después ya estábamos en el 16%. Aun así, Panamá buscaba concursar por incentivos monetarios del Fondo Mundial. Las autoridades de Salud estaban claras en lo que estaba ocurriendo y necesitaban algún tipo de ayuda para hacerle frente al tema de desabastecimiento, frente al tema de estigma y discriminación hacia la población.

J: ¿Qué obstáculos tuviste al principio con el Ministerio de Salud?

R: Te puedo decir que yo cuestioné duramente a las autoridades de salud con lo que estaban haciendo a nuestra población. Primeramente, les pregunté: ¿cómo tú me vas a contratar o yo voy a mandar a promotores de salud a la calle si eso era algo ilícito? Si ser homosexual o ser trabajadora sexual es ilícito, entonces yo me estoy convirtiendo en cómplice. Mi organización está haciendo algo al margen de la ley que está prohibido y sancionado. Entonces aquí hay una incongruencia del sistema de salud. De forma similar, en todas las reuniones me llamaba poderosamente la atención que hablábamos de las trabajadoras sexuales: qué era lo que ellas querían, lo que deseaban, el problema de las trabajadoras sexuales, pero no veía a ninguna que representara su colectivo. Por fortuna, Dulce Ana se acercó a mi persona y a los que colaboraban en aquel entonces. Ella nos solicitó ayuda para formar su grupo y se le ofreció. Finalmente, logramos que las trabajadoras sexuales tuvieran una voz dentro del mecanismo coordinador.

J: ¿Qué tan difícil fue el incluir a las trabajadoras sexuales como parte de la organización y darles cortesía de sala en las reuniones con las autoridades de salud?

R: Eso fue muy difícil créeme. Me cuestionaban porque yo traía prostitutas al Ministerio de Salud, pues había ministros, gente de cierto nivel académico que debía sentarse a hablar con prostitutas.

Yo les respondía: “Pero es lo que ustedes deben hacer si le están pidiendo al Fondo Mundial millones de dólares para trabajar con las trabajadoras sexuales: ¿cómo es que ustedes no las están escuchando?, ¿cómo es que no quieren saber lo que ellas piensan, si ellas van a ser las primeras afectadas por todo lo que se va a derivar de estos fabulosos financiamientos que se van a dar?”.

J: ¿Cómo se dio ese cambio en las leyes panameñas si desde 1949 la homosexualidad en el país era sancionada y considerada como un acto de sodomía?

R: En el 2005, cuando nos enteramos de la intención del Gobierno de aplicar para recibir estos fondos, decidimos organizar una campaña en redes en contra del Gobierno por querer presentarse frente al Congreso Mundial de VIH en México y hablar “maravillas” de lo que se había hecho en Panamá con este virus. Entonces, varias organizaciones, tanto suramericanas como mexicanas, se organizaron para hacerle una propuesta a Panamá durante el congreso y denunciar al Estado por tener un decreto que penalizaba el trabajo sexual y la homosexualidad, por considerarlo un acto de sodomía.

A raíz de esto, el Minsa alertó a la Presidencia y el presidente Martín Torrijos (2004-2009), sorprendentemente, porque ni siquiera fuimos invitados al acto, firmó la derogación del decreto y de repente Panamá quedó libre de la demanda.

Esta acción no fue por intereses del gobierno y los políticos de turno de querer ayudar a las personas LGBTIQ+, sino que fue una transacción por egoísmo, por querer obtener dinero. Desafortunadamente, tengo que admitir que fue así.

J: ¿Cómo fue la reacción de ese acuerdo en Panamá?

R: Cuando esto ocurrió, el único medio que publicó la información fue *La Prensa*, con una glosa en la página número 5. Esta decía que Panamá se había convertido en el último país hispanoparlante en derogar la ley anti-sodomía. Recuerdo que los periodistas comentaron que era preocupante que se estuvieran haciendo avances en el tema, pero no hubo mayor comentario.

J: ¿Cómo reaccionó la población LGBTIQ+ en Panamá?

R: Para nosotros era un logro muy importante, porque antes, como colectivo LGBTIQ+, debíamos tolerar que dentro de la legislación panameña existiera este tipo de normas. Si el Estado tiene decretos que te pueden discriminar por tu orientación sexual, eso es discriminación institucionalizada y si el Estado se adjudica el

derecho a discriminarte, también lo puede hacer la empresa privada porque hay un precedente.

La derogación de ese decreto fue una victoria muy grande y lo celebramos. Lamentablemente, mucha gente lo vio como si nosotros fuéramos avanzando hacia el matrimonio igualitario. Muchos piensan que este tema se viene hablando hace dos o tres años atrás, pero viene desde hace mucho tiempo atrás, cuando la iglesia católica y otros gobiernos han buscado la manera de blindar la legislación panameña, para impedir el reconocimiento del matrimonio igualitario. Evitar que este llegue aquí, ha sido una preocupación por décadas en Panamá, pero como ellos sabían que esto tarde o temprano se iba a dar, pensaron que con esto se iba a lograr.

J: ¿Has sido víctima de discriminación o violencia por ser el fundador y líder de la AHMNP?

R: Muchas veces. En una ocasión tuve un problema con unos evangélicos que se encontraban conmigo en el sistema de transporte público. Estando en el autobús, empezaron a predicar la palabra de Dios y me gritaban de que aceptara a Cristo. También, en el 2008 me golpearon por repartir condones. Siempre me he sentido orgulloso de mi dentadura, y como resultado del golpe que me dieron, mi dentadura se ha ido cayendo. Casi pierdo el conocimiento por golpe. Los vecinos de enfrente me gritan a cada rato cucco, maricón, sidoso. Esto es horrible.

J: ¿Has visto cambios en las leyes del Estado en favor de las poblaciones sexo-diversas desde que fundaste la AHMNP?

R: Efectivamente, ya no somos perseguidos por la policía, pero de que hay un tema de homofobia institucionalizada muy fuerte, lo hay. El que en este país haya una prevalencia de casos de infectados por VIH, me indica que algo no hemos hecho bien y que las autoridades se rehúsan a hablar del tema. La peor manera de discriminar a una población es invisibilizarla. Las autoridades hablan de una epidemia generalizada, para no hablar del tema de los hombres *gays*, porque nosotros nos estamos infectando.

Para darle a nuestra población la idea de que esto no es único de los LGBTIQ+, sino que es un tema general. Y eso no es verdad. Nosotros somos el 2,5 % de la población, pero correspondemos al 23% de los infectados. Es algo completamente desproporcionado a nivel de población. Yo te puedo decir cuánto el Estado ha invertido históricamente en nuestra población en campañas de prevención, casi cero. Recuerdo que, estamos hablando del 2005 al 2010, el Ministerio de Salud había invertido como 18 millones de dólares en el

tema del VIH e hicieron un desglose por población. ¿Cuánto crees que habían invertido en población hombres teniendo sexo con hombres (HSH) de 18 millones de dólares? Únicamente 600 dólares en compra de condones.

También sé lo que es ser detenido. En una ocasión la policía me llevó con varios muchachos que estaban colaborando conmigo repartiéndome condones. A todos nos subieron a la patrulla y la razón fue por actos de inmoralidad. En aquel entonces era inmoral repartir condones. Esto sucedió durante la administración de Mireya Moscoso.

J: ¿Cuál crees que es el mayor problema en cuanto al contagio del VIH en nuestra población sexo-diversa?

R: El mayor problema es invisibilizar la problemática del hombre gay, del hombre que tiene sexo con hombre y el VIH. Siento que muchos hombres se infectan por miedo al abandono, a estar solos y no tener una pareja. En un ambiente tan hostil como el de Panamá, el tener a alguien que te respalde es casi imposible. He visto en los chicos que están aquí y en los que ya no están cómo entre nosotros mismos el tema del VIH y el uso del condón son temas tabúes. Nos es más fácil conocer a alguien en cualquier lugar, acordar que quedemos estar juntos, tener un momento sexual y en ningún momento tocamos el tema de nuestro estatus de salud y ni siquiera negociamos el tema del condón. De repente, si no te conozco, lo usamos, o sea, te voy a mostrar que soy responsable, pero dejo de usarlo para demostrar yo te quiero y es allí cuando alguien se infecta. Dentro de nosotros mismos como hombres gays, no hemos desarrollado la cultura de preguntar: “¿Y tú tienes VIH? ¿Tienes condones?”. Esas conversaciones nunca pasan. Y si digo: “soy VIH”, ahí se acabó todo.

J: ¿Qué últimas palabras quisieras dejarnos?

R: La AHMNP tiene más de 25 años trabajando en el país, haciendo esta labor de llevar y alzar la voz, de tener que hacer incidencia ante distintas instancias y ante distintas personalidades; por eso, hoy tenemos que agradecer a todas esas personas que ya no están. Muchos compañeros y compañeras nuestros han fallecido a través de estos años. Varios lucharon por nosotros y con nosotros, dejando un granito de arena, por eso hoy también debemos recordarlos. Todavía tenemos mucho trabajo por hacer. Por ejemplo, la Ley Orgánica de la Policía Nacional es un reto que tenemos como colectivo. Ese órgano del Estado debe eliminar que ser lesbiana o ser homosexual es causa de destitución. Tengo entendido que en los bomberos tienen la misma norma. Eso no lo podemos tolerar.

Debemos luchar para que el Estado panameño reconozca la presencia de hombres y mujeres que vivimos en la diversidad sexual y que somos sujetos de derechos. La discriminación por orientación sexual, identidad y expresión de género en las personas LGBTIQ+ es una realidad. Debemos trabajar en conjunto si queremos tener un mejor Panamá.

J: ¿Qué legado les quisieras dejar a las futuras generaciones LGBTIQ+?

R: Un legado de lucha. Asegurarles que el cambio es posible, que pueden mejorar las cosas, lentamente, pero pueden cambiar, y que no olvide que la discriminación no puede ni debe ser tolerada por nosotros.

TRAER VIDA A UN PROYECTO

Joseph M. Pierce¹

UNA PIEZA DE ARTE relacional puede significar simplemente que hay dos o más personas colaborando hacia la realización de una obra creativa. Pero las relaciones implican más que tiempo y trabajo. Más bien, la imbricación subjetiva, el devenir, más que uno mismo, hace que una obra de este tipo se vuelva relacional. En el contexto de la praxis feminista, cuir, mestiza e indígena, esta forma de relacionarse marca un posicionamiento ético en cuanto a la subjetividad, la política, la estética, la espiritualidad, etc. Esta imbricación mutua, este entretejerse, hace posible que una obra de arte relacional resuene más allá de sí misma.

La conversación siguiente tuvo lugar por vía electrónica entre Elyla y Sierra, durante el verano del 2021 (ha sido abreviada para mayor claridad). Presenció esta conversación, hice un par de preguntas y transcribí el texto. Pero el ímpetu ya estaba allí: el deseo de juntarse. Todxs nosotrxs queríamos compartir los desafíos, las alegrías y los futuros que podrían surgir en la colaboración del performance *San Pedro-Carrera de patos* y en los trajes creados para *Las dos barro mestizas*. Aquí el proceso creativo se pone a la par del simple hecho de escuchar y presenciar en un lugar y tiempo particular.

1 Nación Cherokee.

Algunas de las preguntas que guiaron nuestra discusión son: ¿Qué significa buscar la conexión en medio del aislamiento? ¿Qué pasa si, en vez de marcar la propiedad artística sobre el proceso, los materiales o la propiedad intelectual, buscamos la colaboración? En otras palabras, ¿cuál tipo de ética instiga este proceso en la praxis artística individual y colectiva?

El trabajo de Elyla y Sierra nos permite imaginar cómo la colaboración es crucial para deconstruir los regímenes coloniales del cuerpo, la estética y la cultura, pero también, cómo la construcción de los futuros cuir utópicos comienza con un gesto simple: ¿Podemos encontrarnos? ¿Cómo podemos avivar esto?

PRINCIPIOS

Sierra: Yo soy de Montana. Soy Navajo, Shawnee y blanca. La familia de mi papá es de Arizona y la familia de mi mamá es de Montana. Nací en la reserva Wind River en Wyoming, que es compartida por las tribus Arapaho y Shoshoni. Crecí allí y luego me mudé a Montana y viví en la Reserva Flathead, que es compartida por las tribus Salish y Kootenai. No soy de ninguna de esas tribus, pero esas son las reservas donde me criaron.

Actualmente estoy en Pensilvania, en la Universidad de Bucknell, curso una maestría en Biología. Ahora estudio aves marinas, pero tengo una Licenciatura en Bellas Artes. Trabajé con arcilla y escultura. Decidí que quería investigar animales, además de hacer arte sobre ellos, así es como terminé en el programa de maestría en Bucknell.

Elyla: Yo soy del departamento de Chontales de la nombrada Nicaragua. Sé que es tierra ancestral Chontal, aunque estos, eventualmente, fueron expulsados por los Chorotegas. Chontal proviene del náhuatl *chontalli*, que significa “extranjero” o “extraño”, y se cree que posiblemente son conexos a los pueblos indígenas Maya Chontal Tabasqueño, quienes se autonombraban como “Yoko t’aanob”, que en su idioma significa “hablantes de la lengua verdadera”, o también se cree que los nicaragüenses chontales son descendientes de los Maya Chontales de Oaxaca, ambos provienen de diferentes territorios en México. Con lo poco que sé, parece que a nivel ancestral este cuerpox ya vino marcado como fuera de lugar por otros. En la actualidad, estoy en el proceso de investigar a profundidad mi ancestralidad y mi acceso a ella a través de mi práctica artística principalmente, pero también a través de los pocos registros históricos que tenemos. La borradura mestiza sobre mi linaje indígena habla directamente de mi impulso a iniciar este viaje con barro mestiza. En este momento, me identifico

como un *cochón barro mestiza*, esto podría interpretarse por las políticas identitarias del norte como un individuo no binario latinx queer, pero, por supuesto, eso no significa que debería hacerlo.

Yo estuve en Pensilvania gracias al Fondo de Protección de Artistas (APF-IIE), con el apoyo del Museo de Arte Samek y el Departamento de Arte e Historia del Arte de la Universidad de Bucknell. Tuve que salir de mi país debido a mi participación en el levantamiento civil nicaragüense de 2018 contra la dictadura Ortega-Murillo, por lo que Bucknell se convirtió en mi institución anfitriona. Sierra y yo colaboramos durante la residencia y produjimos dos trajes: el primero fue una reedición para mi performance llamado *San Pedro-Carrera de patos* y el segundo proyecto fue *Las dos barro mestizas*.



Elyla y Sierra Pete PA, USA 2020. Foto: Brian Spies.

ARTE, EXILIO Y ENCUENTRO

Elyla: Cuando llegué a Lewisburg, PA, por mi residencia, pasé como tres meses en la cama porque mi “impulso” como artista/activista se había esfumado. Me preguntaba qué tan honesto sería hacer cualquier tipo de “arte” después de haber experimentado tanto horror y muerte en el levantamiento nicaragüense de 2018. Me preguntaba a mí mismx; ¿Cómo puedo hacer arte sin que sea un cúmulo de traumas

naciendo de mí? ¿Cómo hacer arte sabiendo que volveré a un estado dictatorial y que voy a ver vida arraigada en el miedo? Me decía a mí mismx: “No te rindas, sé resiliente”, y lo decía tanto que la idea de ser resiliente a veces se volvía insoportable.

Tuve dos aprendizajes mientras trataba de encontrarle un significado a mi trabajo “artista” y recuperar mi “impulso”. Uno fue en respuesta al “chiste” común entre los activistas en América Latina: si eres un “artista político” o “activista” y no has recibido amenazas de muerte o no estás siendo perseguido por bandas de la muerte del gobierno local, entonces, no estás haciendo tu trabajo. Aprendí que, en realidad, para mí, si el arte político o el activismo que estaba a punto de crear no estaba creando espacio para acciones radicales que sanaran el trauma (personal y colectivo), incluido el trauma transgeneracional y transhistórico, entonces, realmente no estoy haciendo el trabajo que necesito y quiero crear. Creo que es igual de valioso sanar dolores psicosociales como lo es protestar en las calles; esta es una verdad que necesita ser más difundida, especialmente en nuestros territorios Centroamericanos. Este descubrimiento me permitió ver un camino para la creación artística que implicaba una imagen más amplia, una en la cual mi necesidad de justicia social podría viajar más allá de las fronteras políticas convencionales y las políticas represivas estatales.

También aprendí que la razón por la cual siempre he querido regresar a Nicaragua a pesar de todo, no era ningún sentimiento de nacionalismo arraigado dentro de mí, sino el hecho de que ya había nacido en el exilio. Mi *cochonada* fue mi exilio, el colonialismo fue mi exilio, el capitalismo fue mi exilio, las intervenciones de Estados Unidos en mi país fueron mi exilio, incluso antes de que me obligaran a dejar mi país en 2018. Mi territorio, que entiendo como mi propio cuerpo, no es el problema. El verdadero desafío o problema estructural es el sistema vigente impuesto en mi territorio. Aunque ya sabía esto, lo había olvidado hasta cuando miré directamente el rostro de un estado fascista.

Tengo que compartir todo esto porque solo después de encontrar ese “impulso” de regreso y hacer toda esa autorreflexión fue cuando comencé a salir de mi cama y Sierra entró en mi vida. Yo tenía que hacer la performance *San Pedro-Carrera de patos* como parte de mi programa como artista en residencia, entonces, estaba buscando a alguien en el Departamento de Arte que pudiera ayudarme a hacer un atuendo muy específico. Debía ser un traje que se pudiese desprender fácilmente, para revelar otro traje por debajo. Aunque en el fondo, en ese momento, yo realmente solo necesitaba a alguien que pudiera entenderme o que estuviera abierto a tratar de entender de dónde yo venía, alguien que realmente pudiera hacerme sentir visto y en quien

yo podía hacer lo mismo. Sin embargo, esas razones no suelen ser tomadas en cuenta, especialmente en el contexto de arte institucionalizado. Pero conocer a Sierra era exactamente lo que necesitaba: en definitiva, me ayudó a sentir que no estaba sola, que tenía una confidente, alguien que me hacía sentir segura en un espacio de gente blanca. Rápidamente nos dimos cuenta de que éramos parte de las pocas personas del color de nuestra piel (café, marrón) que había alrededor, y que había pocas personas negras, y encontramos consuelo entre nosotrxs.

Sierra: Fue un poco cómico la manera en que conocí a Elyla. Recibí este correo electrónico para hacer algún tipo de traje para un artista residente y lo primero que pensé fue “oh, tal vez este sea una bailarina de ballet que necesita un disfraz de baile”. Nunca hice ningún tipo de traje de ballet, pero pensé que podría, así que respondí al correo electrónico. Recuerdo tratar de encontrar a Elyla en sala de reuniones y sale al pasillo y le veo, y pensé que debía ser alguien que trabaja aquí en el Departamento de Arte, se ven bien *cool*, pero ¿dónde está la bailarina con la que voy a estar trabajando? Luego me senté y comencé a hablar. Me di cuenta —“¡oh, este es el artista! Esta es Elyla”—. Así que ahí estaba, a 2 000 millas de mi casa en el centro de Pensilvania, el lugar más blanco que he experimentado, y encuentro a Elyla sentada frente a mí, en toda su hermosa singularidad indígena o cochonada mestiza. Fue como conocer a un alma gemela.

Elles (Elyla) eran lo que realmente necesitaba en ese momento. Tanto la emoción como la novedad de mi mudanza y la escuela se habían desvanecido, y se habían convertido en una profunda soledad por la familia, la familiaridad y la cultura. Crecí muy involucrada en mi cultura. He estado bailando y compitiendo en pow wows desde el primer día que pude caminar. Estoy involucrada en mis costumbres ceremoniales y había estado completamente rodeada por una comunidad nativa hasta el momento de mudarme a Pensilvania. Como pueden imaginar, el que Elyla entrara en mi vida fue como que me trajeran un pedazo de casa. Después de esa primera reunión, estaba muy emocionada. Elyla no solo era un cuerpo de apariencia familiar, sino una artista que abría su alma a la exploración de la identidad, la espiritualidad y la indigeneidad, tres conceptos muy profundos que resuenan en mí. Además, me encanta coser. Ese fue el motivo original de la reunión. ¡Resulta que no estaba haciendo un disfraz de ballet después de todo! Fue el inicio de una colaboración que nunca podría haber imaginado.

ACEDIENDO A LA ANCESTRALIDAD, TRADUCIENDO EL MESTIZAJE

Elyla: Yo cargaba mucho conmigo. Así que hubo un momento después de conocernos en el que realmente nos sentamos y escuchamos. Yo decía algo sobre la identidad y mi búsqueda para acceder a la ancestralidad o sobre el mestizaje, y ella lo entendía desde una perspectiva norteamericana, desde su propia experiencia, pero en realidad no estábamos hablando de lo mismo. El mestizaje fue el tema principal que debí explicarle cuando estábamos en el proceso de trabajar juntos y ¿cómo lo traduzco? Se podría decir “una persona de descendencia mixta”, pero ¿qué significa eso realmente para nosotros, la gente de Mesoamérica? ¿O simplemente lo voy a traducir como un aparato colonialista para borrar la historia y la ancestralidad indígena?

Entonces comencé a describirme a mí mismo como construido desde ese espacio (mestizaje) y a explicarle que estoy tratando de descolonizar eso —esa parte de mí— y para comenzar este viaje quería hacer una *cochonización* de los trajes de esta obra teatral de la literatura nicaragüense llamada, *El Güegüense*. Esta obra satírica representa la esencia de la identidad mestiza en Nicaragua, una obra que se cree también es la primera en todas las Américas y ha sido nombrada por la Unesco como Obra Maestra del Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad en 2005.

Estaba trabajando con referencias de los trajes originales que se usan en la obra y preguntando cómo podemos convertir eso en un atuendo *cochonado*, que ayude a explorar una nueva forma de existencia que reconoce la colonialidad en él y al mismo tiempo lo critica al posicionarse en una temporalidad ubicua, ni futuro ni pasado, tal vez presente. Quiero decir: un nuevo traje nacido de la mera expresión *cochona* libertaria. Si bien sé que es una posición muy cuestionable, soy muy consciente de que el espacio del mestizaje me ha dado incluso el privilegio de tener estas conversaciones, las cuales son muy necesarias en mi territorio, y a mí no me importa aventurarme a cometer errores y vulnerarme para empezar a tenerlas.

Honestamente, ni siquiera hubiese podido obtener esta residencia artística y conocer a Sierra, si no se les diera preferencia a los mestizos en mi territorio o si el mestizaje no estuviera ya interpretado como la norma, la cual descarta la posibilidad de que los indígenas puedan vivir libremente en Nicaragua y acceder a una vida digna.

Sierra: Es muy cierto, el concepto de *Mestizaje* fue difícil de comprender al principio, y, sinceramente, nunca lo entenderé del todo porque no es mi experiencia. Elyla llegó con esta compleja realidad y narrativa, recuerdo que al principio me sentí abrumada. Me di cuenta

de que hay un mundo completamente diferente de espiritualidad e indigenidad que no conocía en América Latina o en Nicaragua, específicamente, y era diferente a mi mundo. Me costó entender la idea de que hay una población mixta que es la privilegiada y que también es la mayoritaria. Pensaba en mis propias experiencias sobre cómo crecí en las reservas. Siempre sentí que los nativos americanos “de sangre pura” tenían más privilegios y que los mixtos eran la minoría. Al mismo tiempo, dependiendo de la reserva, “cuánto de nativo” eres tampoco importa tanto, porque todos estamos en la reserva, esa porción de tierra contenida, donde el mundo exterior casi no existe. Esto hizo que me resultara difícil de entender la dinámica de privilegios en Nicaragua. Es una construcción social diferente en América Latina. Incluso, hubo momentos en los cuales me sentí frustrada porque intentaba explicar la indigeneidad desde mi punto de vista. Sin embargo, de esos malentendidos, surgieron estas increíbles conversaciones sobre la creación de nuestro propio camino hacia la identidad y la espiritualidad.

Elyla: Un malentendido muy comprensible, supongo, jajaja. Honestamente, fue difícil para mí entender cuando Sierra me decía “Soy nativa, pero también blanca” dentro de las políticas identitarias norteamericanas. Lo entendía desde mi propia idea de gente mixta o mestizaje. Fue realmente difícil separar estas reflexiones un poco formales sobre la indigenidad, el mestizaje y la ancestralidad, mientras, nos acercamos mucho, emocional y energéticamente.

PRESENCIANDO SAN PEDRO-CARRERA DE PATOS



Elyla durante performance San Pedro-Carrera de patos en el Tustin Studio Theatre, Universidad de Bucknell, 2020. Crédito de la foto: Julie Hagenbuch.

Elyla: Esta fue una pieza en la que traté directamente con el colonialismo, y cómo yo enfrento el mestizaje al crear mi propia práctica espiritual y ritualística desde la performance. Yo estaba emocionad. Antes, había hecho esta performance una vez, pero ahora, tener estas conversaciones con Sierra y que ella estuviera haciendo el traje para la performance/ritual, lo llevó, por completo, a otro nivel. Mucha gente salió del teatro muy conmovida o llorando. Yo le seguía recordando a Sierra cuánto de nosotros estuvo en la performance y cómo lo habíamos hecho juntos. Realmente, creo que esa noche mis antepasados y los de Sierra estuvieron presentes. Este proyecto creó las bases necesarias para que empezáramos a trabajar en nuestro segundo proyecto: *Las Dos Barro-Mestizas*. Sentíamos que ya teníamos una complicidad política y espiritual.

Sierra: Yo estaba haciendo el traje sin saber mucho. Elyla me mostró imágenes y videoclips muy específicos, pero creo que nunca entendí la imagen completa de este proyecto hasta que vi la performance. El vestido era un desafío; era de estilo colonial. Nunca había cosido una forma como esa, así que estaba muy concentrada en ha-

cerlo correctamente. Recuerdo haber pensado en lo irónico que era el que una mujer diné (navajo) del siglo XXI estuviera cosiendo un vestido colonial, para que mi amigx pudiera crear un ritual de performance y explorar cómo descolonizar su propia historia.



Sin embargo, la performance de Elyla... recuerdo haberla visto y haber pensado “esta es una experiencia espiritual”. He estado en muchas ceremonias y hay momentos en los que sientes algo muy profundo dentro de tu propia alma. No solo estaba teniendo ese momento espiritual, sino que vi cómo todo el trabajo que hicimos cobró vida; traer en vivo todo ese otro mundo. Me impresionó mucho el nivel artístico (de Elyla) y cómo encarnaste a esta persona. Creo que en ese momento entendí a Elyla y que estábamos creando algo más que simples trajes.



Desde nuestros momentos para la elaboración del traje de *San Pedro-Carrera de patos* hasta *Las dos barro mestizas*, tuvimos las increíbles conversaciones sobre cómo crear nuestra propia espiritualidad. Esto fue realmente hermoso y poderoso, porque algunas prácticas espirituales se transmiten de generación en generación y continúan de esa manera, sin embargo, gran parte de ellas se reinventan, se adaptan a los tiempos y situaciones. Creo que siempre es personalizado, porque tu relación con el creador o los espíritus (o lo que sea con lo que estés hablando) solo debería importar entre tú y ese poder superior. Hablamos sobre nuestros propios procesos y estas conversaciones se manifestaron a partir de los conceptos de los trajes.

Muchas veces, nos dimos cuenta de que nuestra experiencia e idea de la indigenidad no se alineaban del todo, pero encontramos puntos en común y seguridad al verbalizar la forma como vemos el mundo a través de nuestros lentes espirituales individuales. Realmente eso es lo que los pueblos indígenas han estado haciendo desde el principio de los tiempos: sentarse, trabajar en algo, hablar entre ellos, aprender sobre el mundo espiritual y físico a través de la comunicación.

Elyla: Recuerdo haberle dicho a Sierra que la espiritualidad es cómo imaginaba este mundo. Así es como lo pienso. Recuerdo haberle preguntado cómo practicaba esa espiritualidad. Creo que fue porque estábamos pasando por muchas situaciones emocionales en

Lewisburg cuando nos conocimos, que no teníamos otra opción que dar voz, tiempo y espacio a lo que estábamos sintiendo, y hablar sobre cómo navegamos nuestros sentimientos y emociones a través de la espiritualidad.



Sierra: Una de las razones por las que Elyla se sentía tanto como en casa, para mí, era por la forma en que podía verbalizar su espiritualidad. En casa, eso es algo en lo que los líderes ceremoniales son realmente buenos. Deben serlo porque sus palabras ayudan a guiar a la gente. Elyla estaba y está procesando la espiritualidad. Como lo está haciendo con tanta paciencia y cuidado, es realmente inspirador y sorprendente de presenciar.

Elles fueron muy importantes durante mi tiempo en Pensilvania. Este es un lugar donde un indígena fácilmente puede perderse, salirse de ese camino. Nuestra colaboración devolvió mi espiritualidad a la vida y me mantuvo en este lugar, incluso después de que se fue. Mi padre falleció recientemente y después de lidiar con el dolor sola durante un par de meses, escuché la voz de Elyla en mi cabeza diciéndome que estaba bien buscar ayuda. Este fue el resultado de todo este trabajo: solo amistad real y pura, y dos personas que podían verse en el mismo plano espiritual. Por eso, estaré eternamente agradecida y conectada con Elyla.



EL GÜEGÜENSE Y LA COCHONERÍA

Sierra: Elyla me pidió que me trajera a mí misma y a mis experiencias como artista de telas nativas a este proyecto. He estado cosiendo trajes de baile pow wow desde que tenía 14 años. Esta colaboración fue pura creatividad y muy divertida. Impulsó todas mis habilidades, especialmente las de diseño, a un nuevo nivel. Elyla me decía: “Lo quiero como más brillante, lo quiero como más cochón” Y yo me preguntaba: “¿Qué significa hacer algo más cochón?”. Tuvimos que hablar de eso. Creo que de *Las dos barro mestizas* lo que más me gusta es la existencia de esta hermosa y fuerte narrativa. En mi propio trabajo, siempre quiero ser una narradora o cuenta-cuentos. Quiero conceptos narrativos fuertes; dar vida a las historias a través de la tela. Los diseños que Elyla quería que interviniéramos se alineaban perfectamente con el estilo de trabajo que amo. Fue entonces cuando nuestra discusión y el proyecto se convirtieron en una verdadera colaboración.

Elyla: Para mí, formalmente, esta fue una invitación a reimaginar juntos el vestuario tradicional güegüense a través de un lente utópico lleno de cochonería, para honrar la memoria de los artistas y activistas LGBTIQ + de la historia reciente en Nicaragua. El chaleco del traje de Macho Ratón muestra máscaras de Güegüense y Macho que entrelazan sus lenguas en un beso apasionado, inspirado en la obra

artística del pintor indígena nicaragüense disidente sexual Leoncio Sáenz (1935-2008). El delantal del traje güegüense muestra el primer mural en honor a las sexualidades disidentes en Nicaragua antes de la colonización española, realizado por la Fundación Nimehuatzin, CEP-SIDA (Circa 1990). Este mural fue realizado para responder a las acusaciones del FSLN contra activistas LGBTIQ +, y deja claro que la disidencia sexual no fue una enfermedad burguesa o invención de los internacionalistas estadounidenses, sino una realidad originada en nuestras raíces indígenas mesoamericanas.

Pero las conversaciones más importantes durante este proceso fueron que en colaboración estábamos tratando de crear trajes del Güegüense que rompieran las normas folclóricas tradicionales en Nicaragua, pero ¿qué pasaría si estos reflejaban costuras tradicionales que son específicas de los diseños de regalía de los pow wow de Sierra? ¿Qué conversaciones traería eso a nivel ético? El conjunto de habilidades proviene de la ancestralidad de Sierra y se aplicaron para intervenir los trajes tradicionales de güegüenses con diseños que elegí específicamente porque surgen de mi propio proceso investigativo. Podría reconocerse como la parte más compleja de esta colaboración. Aunque creo que hay muchas conversaciones que Sierra y yo tendremos durante mucho tiempo, dado que este proceso tiene muchas capas.

Entonces, le decía a Sierra: “Espero que, al crear esto, podamos crear un espacio para mí y todos los futuros cochones nicaragüenses, para poder imaginar cómo sería una utopía cochona, una que ponga en primer plano nuestra disidencia sexual y la honre”. Siempre estaré agradecido con Sierra y sus antepasados por ayudarme a iniciar este viaje de descolonización, sabiendo muy bien que, si podemos imaginarlo, entonces es posible y que ahora lo voy a hacer aquí con mi propia gente en Nicaragua.

Sierra: Los trajes que hicimos para *San Pedro – Carrera de patos* y *Las dos barro mestizas* no se parecían a nada que yo hubiera diseñado o cosido antes. Fue realmente emocionante traer mis propios conceptos de diseño de la confección de atuendos pow wow y reimaginarlos como atuendos indígenas o para mestizos cochones diferentes. Y estoy muy orgullosa de nuestra amistad y la comunidad que creamos. Estábamos preservando nuestra cultura y también reinventando la cultura. Fuimos y estamos siendo artistas indígenas y artistas *Barro-Mestiza*, en el caso de Elyla, en tiempo real. Ambos creamos todo eso,

dos almas deacachimbas fuera de lugar, que se encuentran en medio de la nada y dan vida a nuestra amistad a través de estas obras de arte.

Elyla: Así se convirtió en una obra de arte relacional para nosotros. Las piezas que creamos registraron cuál fue en realidad el enfoque principal, la complejidad de nuestra relación, al hablar de las infinitas capas de nuestras identidades como indígenas, mixtos, mestizxs, y de cómo accedemos a la ancestralidad y espiritualidad, además de todos los cuestionamientos que surgen de eso. Sierra hizo posible no solo imaginar juntos esta utopía cochona, sino que me permitió darle vida en Nicaragua en mi exhibición Barro mestiza. Un proyecto descolonizador al cual dedicaré toda mi vida, para mí y la gente cerca de mis montañas.

COCHONA BARRO MESTIZA

Elyla sinvergüenza

A PESAR DE SER una cochona (cuerpo con sexualidad disidente) artista y activista en un proceso de descolonización de mi propia historia, reconozco que crecer en la región del Pacífico de este país y ser racializada desde el paradigma blanco-mestizo ha jugado un papel importante en el acceso a privilegios y oportunidades en mi vida/carrera para construir realidades como esta: mi primera exposición individual. Es decir, este tipo de privilegio mestizo que cargo descansa en las espaldas de los pueblos indígenas oprimidos en Nicaragua. Esa realidad no es impugnabile y es ese mismo camino de una memoria herida que como cuerpos disidentes nos toca navegar, ojalá, para alcanzar justicia, reparación y sanación colectiva. Por eso, les escribo este texto.

Mi intención no es hablar por las comunidades o identidades indígenas de lo que se denomina “territorio nicaragüense”, ya que sus voces hablan por sí mismas, sino enfrentar la construcción del mestizaje en la región pacífica de esta tierra y generar conversaciones con quienes busquen desmantelar el mestizaje como un aparato colonial patriarcal binario. Saludo y honro a todos los pueblos indígenas de Nicaragua, en especial, a los cuerpos indígenas sexualmente disiden-

tes que están aquí resistiendo, viviendo y enseñándonos que otras formas de existir eran y siguen siendo posibles.

Para mí, *Barro Mestiza* no es un viaje hacia la hibridez ni a la borradura, sino al contrario... Es un detener de la fluidez para reconocer los cortes/heridas coloniales y racistas en el devenir de mi cuerpo, es un congelar de las pesadillas que se arrastran dentro del imaginario colonial del tiempo. En otras palabras, la amenaza de la posible negritud en el color de mi piel café sembró en los ojos de mi madre el pánico racista blanco mestizo. La amenaza de cochonería en el vaivén de mis caderas sembró en su pecho el horror del vacío heterosexual. Y una así crece y así también se sobrevive: cargando el peso de la memoria en la cuerpa racializada mestiza y colonizada.

Busco entonces proponer una utopía cochona que explore y tensione el significado del mestizaje, reconozco mi cochoneidad como mi acceso mayor a mi ancestralidad y mi mayor arma anticolonial. Apunto a interrumpir las narrativas culturales hegemónicas coloniales, para reclamar la disidencia sexual como memoria y conocimiento ancestral. Espero que este primer paso en mi aventurar y devenir, que seguro carga errores y contradicciones, siga convirtiéndose en un territorio lleno de barro y lodo moldeable, donde pueda crear nuevos imaginarios y estéticas que se cruzan con el arte, el activismo y la vida misma.

Para terminar, quisiera compartir esta oración/mantra de @kirayem_tiempo_espacio, que me ha sostenido a través de este proceso de creación de *Barro Mestiza*.

“Con amor me inclino ante la historia de mis ancestras, con agradecimiento les pido que vean con buenos ojos que, en su memoria, construya mi propia historia.”

Les abrazo,
Elyla



Las dos barro-mestizas: arte relacional en colaboración con Sierra Pete. Trajes.

Esta pieza es una propuesta de lectura de trajes de Güegüense tradicionales en clave cochona, para honrar la memoria LGBTQ+ artística y activista de la historia reciente en Nicaragua. El chaleco del Traje de Macho Ratón muestra dos máscaras, las de Güegüense y Macho que entrelazan sus lenguas en un beso apasionado, inspiradas por el trabajo artístico del pintor indígena sexo disidente Leoncio Sáenz (1935-2008). El delantal del Traje de Güegüense muestra el primer mural para honrar todas las sexualidades disidentes en Nicaragua antes de la colonización española, hecho por Fundación Nimehuatzin, CEP-SIDA (Circa 1990). Este mural se realizó para responder a las acusaciones del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) a los activistas LGBTQ+, para dejar claro que la disidencia sexual no era una enfermedad burguesa o invento de los internacionalistas de EE. UU., si no que esta era una realidad con origen en nuestras raíces indígenas.

El traje se confeccionó en colaboración con la artista indígena navaja Sierra Pete. Este proyecto colaborativo devino en un proceso de arte relacional durante su creación.



Otros goces son posibles. Instalación, barro, chischil intervenido, lubricante, 2020-2021.



Torita-encuentada. Performance. Edición: Noelia Lacayo - Elyla / Edición y diseño sonoro: Luigi Bridges / Versión corta - Audio y video / Canciones: "Mariquita linda" y "Torita suelta", autorizadas por la artista Susy Shock. 2020-2021.



Pelea de gallos. Instalación. Barro, pintura acrílica, malla de gallina, latón. 2020-2021.

SOBRE LOS EDITORES

AMARAL ARÉVALO

Investigador asociado del Centro Latinoamericano en Sexualidad y Derechos Humanos (CLAM/UERJ). Postdoctorado en el Instituto Fernandes Figueira (IFF/FIOCRUZ), investigando sobre violencias y homicidios contra personas LGBTI+ de El Salvador, financiado por la Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior (CAPES) (2023-2024). Postdoctorado en Salud Colectiva y Especialista en Género y Sexualidad por el Instituto de Medicina Social de la Universidade do Estado do Rio de Janeiro. Doctor y Máster en Estudios Internacionales en Paz, Conflictos y Desarrollo por la Universitat Jaume I; y Licenciado en Ciencias de la Educación por la Universidad de El Salvador. Sus líneas principales de investigación son Estudios para la Paz, Violencias y Estudios LGBTI+ en Centroamérica. Consultor internacional en temáticas de crímenes de odio, género, masculinidades, emergencias en salud, sexualidad, fundamentalismos, derechos sexuales y reproductivos. Perito experto en casos de petición de asilo sobre orientación sexual, expresión de género, VIH, maras y violencias en El Salvador. Autor del libro *Dialogando con el silencio: disidencias sexuales y de género en El Salvador 1765-2020* por Editorial Universitaria (2022). Analista del proyecto comunicacional O Istmo

e investigador internacional del Grupo de Trabajo CLACSO “El Istmo Centroamericano: perspectivas epistemológicas periféricas”. amaral.palevi@gmail.com

DAVID J. ROCHA CORTEZ

Catedrático del Departamento de Comunicaciones y Cultura de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, coordinador de la Escuela de Espectadores de Teatro Luis Poma. Máster en Estudios Culturales por el IHNCA/UCA (Managua, 2016) y Licenciado en Teatología por el Instituto Superior de Arte de La Habana, Cuba (2013). Desde el año 2013 explora las memorias homosexuales de Managua a partir de su trabajo escénico en el Teatro de Títeres Guachipilín. Como académico ha producido diversos ensayos sobre memorias, ciudad, sexualidad, estética, representaciones, arte y homoerotismo en Nicaragua. Sus textos han sido publicados en medios impresos y digitales de Cuba, Nicaragua, El Salvador, Costa Rica, México y Argentina. Ha publicado los libros *Crónicas de la Ciudad: Cochones, lirismos, memorias* por SOMA Fondo Editorial (2019), *Convergencias: una mirada a la poética teatral* de Roberto Salomón por Índole Editores (2021), *Cartografía de espacios en fuga. Managua, 1968-1975* por Anamá Ediciones (2022) y *Edmundo Barbero. Cartografía, memorias, teatro* por Editorial Delgado (2023). davidrocha26@gmail.com / drocha@uca.edu.sv

JUAN RÍOS VEGA

Profesor asociado en el Departamento de Educación, Liderazgo y Consejería de la Universidad Bradley en Peoria, Illinois. Obtuvo su doctorado en Filosofía en Estudios Educativos, Concentración en Estudios Culturales de la Universidad de Carolina del Norte en Greensboro (2014), Certificado de Estudios de Mujeres y Género (2014). Su investigación se centra en estudiantes multilingües, teoría crítica de la raza, epistemologías queers de color y justicia social en educación. Entre sus publicaciones están: *Historias desde el exilio* (2018), el libro infantil *Carlos, El Niño Hada* (2020) y *Testimonios LGBTIQ+ de Panamá* (2022). En 2020, publicó *High School Latinx Counternarratives: Experiences in School and Post-graduation*. Este libro fue seleccionado como uno de los libros de los Critics Choice Awards 2021 por la Asociación Americana de Estudios Educativos (AESA). Actualmente, escribe el libro *Narratives of Gay Men from Panama: Living on the Edge* (2023) y la novela *Karla* (2024). <https://www.jariosvega.com/>

LUIS R. HERRA

Labora como profesional independiente en consultoría de diseño arquitectónico e investigación del paisaje social en LARH donde ha

publicado varios artículos sobre teoría cuir y urbanismo, trabaja como Investigador del Centro de Investigación Cultura y Desarrollo (CICDE) de la Universidad Estatal a Distancia (UNED) Costa Rica, licenciado en Arquitectura de Universidad Veritas, máster en Paisajismo y Diseño de Sitio de la Universidad de Costa Rica (UCR). También labora como docente universitario desde hace más de Siete años. Ganador del segundo lugar en la categoría investigación de la Bienal Centroamericana de Paisaje. Reside en San José, Costa Rica. lorjash@uned.ac.cr

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO

Esta obra reúne expresiones creativas de distint@s miembr@s de la comunidad LGBTI+ centroamericana. Muestra la diversidad tanto de individu@s como de posibilidades artísticas que se han desarrollado en el Istmo, su audacia, su vigencia, y su relevancia política. En una América Central donde las luchas reivindicatorias enfrentan desafíos de todo tipo, incluyendo la violencia, estas piezas nos muestran a una comunidad sin miedo y con una creatividad desbordante.

Uriel Quesada
Loyola University New Orleans



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais
